

*Selecta*

**Priscila Serrano**



*Un beso  
bajo la lluvia*

# Un beso bajo la lluvia

*Priscila Serrano*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prólogo

—Quiero el divorcio —le pidió él a su esposa.

Lara no entendía el motivo que lo había llevado a su marido, después de tres años de matrimonio, a pedirle que se separaran. ¿Por qué? Tenía sus dudas y más después de que, hacía unos meses, él había cambiado su forma de tratarla. Ya no se acordaba de la última vez que la había tocado o que le había hecho el amor. No recordaba el último «Te amo», y todo era muy extraño.

—¿Por qué? Dame una explicación coherente, al menos; es lo mínimo que merezco —exigió entre sollozos—. Hay otra, ¿verdad? ¡Joder, Álvaro! ¿Por qué coño no me hablas? No me miras a los ojos, ¿qué ocultas?

La desesperación estaba llegando a su límite y el silencio de su marido le respondió la pregunta que le había hecho, pero Lara, no muy conforme, quería saber más, quería saber quién era esa mujer que lo había apartado de ella, que había impedido que fueran felices, como un día se habían prometido. Ni siquiera habían llegado a tener hijos, ya que el bebé que esperaba meses atrás lo había perdido espontáneamente. Fue algo muy duro de procesar para ambos. Estaban muy felices y emocionados con la llegada de su primer hijo pero, después de la pérdida, todo cambió, y ahí empezaron los problemas entre ellos.

—Lo siento, Lara, pero esto se ha acabado —se disculpó con la mirada en el suelo—. No te voy a engañar. —Suspiró sin levantar la mirada—. Me enamoré de ella. No me preguntes cuándo... porque no lo sé; solo sé que pasó

y que ya no hay marcha atrás —explicó apenado.

Pero su pena, en ese momento, Lara no se la creía y menos después de haberle confesado lo que ella pensaba desde hacía meses. Lo que no le entraba en la cabeza era quién era ella. Él no salía de noche, siempre estaba con ella; únicamente iban con sus amigas. Lara se acercó a él habiendo descubierto quién era, hizo que levantara la cabeza para así poder ver sus ojos miel por última vez, y lo abofeteó; era lo que sentía y necesitaba.

—Silvia, ¿verdad? —preguntó en un hilo de voz—. ¡¿Verdad?! —volvió a preguntar alzando la voz.

Álvaro asintió y, después de eso, salió de su hogar para siempre. Lara fue hasta la puerta y fuera estaba ella esperándolo. Su mejor amiga Silvia, su amiga desde niñas, le había quitado lo que ella más amaba, le había quitado al amor de su vida, y eso jamás lo perdonaría.

## Capítulo 1

Un día cualquiera y, después de meses, volvía al trabajo. Las vacaciones habían sido las peores que había pasado en mi vida, sin salir de estas cuatro paredes, sin querer ver a nadie y ¿todo por qué? Por culpa de Álvaro y de Silvia. Ella había destrozado la vida que tenía, mi futuro con un buen hombre, o eso pensaba.

Me levanté ese día sin ganas, sin querer quitarme el pijama que llevaba puesto después de una semana. Ya eran tres meses separada del hombre del cual estaba enamorada y todavía no me entraba en la cabeza. ¿Cómo fue que pasó y cuándo? Mis amigas, las de verdad, me llamaban a diario, venían a mi casa para estar conmigo, para animarme y, sobre todo, para hacerme olvidar, pero yo no lo conseguía. ¿Cómo haría eso? Era imposible borrar ese día de mi mente y ver cómo todo mi mundo se desmoronaba y cómo el hombre que había estado a mi lado por años se marchaba a los brazos de otra.

Me fui hasta la ducha; al terminar, me vestí rápidamente, ya que hacía un frío de mil demonios. En Madrid, los inviernos eran helados: o te abriganas o morías de una pulmonía. Luego me calcé mis botas y fui hasta el baño para peinarme y maquillarme, aunque no me sentía con ganas, pero tampoco podía llegar a la escuela y darles a los demás profesores tema de conversación durante todo el semestre. Cuando acabé de arreglarme, cogí mi maletín y salí de casa en dirección a la escuela primaria San Patricio. Iba en mi coche, sin escuchar música como cada día. En ese momento me paré en un semáforo y

aproveché para coger mi móvil, que había sonado; no sabía quién podía ser tan temprano. Abrí los mensajes y tenía dos de Luisa y uno de Belén.

Luisa:

Hola, cari. ¿Cómo estás hoy?

Luisa:

—Llámame cuando acabes, y comemos juntas, ¿vale?

Cuando leí los de Luisa y abrí el de Belén, tuve que reír al ver lo que había hecho.

Belén:

Que sepas que me van a poner una multa por darle un guantazo a Silvia. Llámame y te cuento todo con detalles.

Cuando terminé de leer los mensajes, ya se había puesto el semáforo en verde, y todos los coches me estaban pitando. Arranqué y, unos metros más adelante, un policía en moto me paró. Tuve que hacerlo en pleno atasco y subirme a la vereda para poder dejar circular a los demás conductores.

—¡Joder!, todo me pasa a mí —dije cuando vi cómo el policía se acercaba a mi coche.

Pegó en la ventanilla y la bajé. El policía iba con el casco y las gafas de sol; ni siquiera podía verle la cara porque la llevaba media tapada, pero lo poco que pude contemplar era de mala leche, así que era preferible no ver más de lo que a simple vista se veía.

—Dígame, Sr. agente —hablé nerviosa.

Nunca un policía me había parado por nada, ni nunca había perdido la noción del tiempo en un semáforo pero, desde aquel día, no era la misma, y todo en mí había cambiado. No era yo la que un día había sido; ya no era Lara, la mujer enamorada y feliz. Ahora era la infeliz, cornuda y amargada.

—Papeles del coche —dijo con voz ruda.

Mis ojos se abrieron al oírlo hablar, y no era para menos, si me puso los vellos de punta solo con eso. Si daba miedo con solo pedirme los papeles, no me quiero ni imaginar lo que sería escucharle decir mi nombre.

«Pero ¿qué dices, Lara?», pensé.

Bajé la mirada nerviosa y acerqué mi cuerpo a la guantera para coger los papeles; los saqué y se los extendí al policía, que cada vez tenía más cara de mala leche. Los ojeó y me los devolvió; sacó su libreta y comenzó a apuntar algo; parecía que estaba poniéndome una multa.

—Tiene el *carnet* de conducir caducado —dijo al tiempo que me daba la multa.

La miré, y ponía doscientos euros. Abrí tanto los ojos que se me saldrían de las órbitas en cualquier momento. ¿Cómo se le ocurría ponerme una multa por eso? Sé que tenía que renovarlo, pero tampoco había salido de la casa para nada; si para comprar el pan y todo, lo compraba *online* en la página de Mercadona.

—¿Es en serio? ¿Una multa? Joder, sí que hay días que es mejor no salir de casa. Mierda y más mierda.

—Cuide ese vocabulario, Srta. —me reprendió.

¿Qué se creía? Encima me regañaba como si fuera mi padre. Este tío es un gilipollas, y en su casa no lo sabe nadie. Me quité el cinturón y me bajé del coche para encararlo; nadie me iba a tratar como una niña pequeña. No iba a dejar que un auténtico desconocido, por muy policía que fuera, me tratara como si fuera una niñata que no sabe lo que quiere.

—Encima que me pone una multa, me regaña como si fuera su hija, ¿qué se cree? ¡Es usted un gilipollas, que lo sepa! Y ahora, si quiere, arrésteme. Me da igual, me la suda todo ya y estoy harta de personas como usted, que se creen el culo del mundo solo por tener una placa y una pistola —grité, lo que hizo que todo el mundo parase para mirarnos.

El policía se quitó el casco y las gafas, y me dejó ver lo que escondía bajo ellas. Tragué saliva al otear sus ojos marrones. Eran tan oscuros que no te

enseñaban más allá de lo que él quisiera; no te dejaban ver su interior, resguardado bajo esa oscuridad. Se acercó a mí más de lo permitido y acercó su boca a mi oído para decirme:

—Debería usted mantener la compostura porque puedo detenerla por insultar a un agente de la policía, y no creo que eso se pueda hacer, ¿no cree?  
—Dijo cada palabra en mi oído, lo que me puso la piel de gallina e hizo que quiera escuchar de sus labios mi nombre.

Era tal el erotismo que sentía con solo escuchar su voz que tuve que separarme de él, cosa que, al hacerlo, vi cómo curvaba sus labios en una fina sonrisa, sin dejarme ver su dentadura, pero sí esos hoyuelos marcados en sus mejillas. Tenía que parar de pensar así; tenía la mente calenturienta por todo el tiempo que llevaba sin tener sexo. Me di la vuelta, me subí en mi coche y pegué un portazo tras de mí. Me había excitado demasiado, incluso mucho más de lo que lo había hecho Álvaro, y solo con unas palabras.

—No olvide la multa, Srta. Molina —habló con sarcasmo.

Lo miré con cabreo y arranqué el coche para luego salir de allí como alma que lleva al diablo. No entendía qué me había pasado con él, con un desconocido. Yo no era de esas que, con solo conocer a un hombre guapo, caía rendida a sus pies, pero con este hombre era diferente; él era diferente. Y hubo algo que me hizo replantearme mi vida, como si estuviera perdiéndome muchas cosas buenas que la vida nos regalaba día a día, y una de esas cosas era ponerme encima a un tío como el policía.

«Estoy peor, Luisa», afirmé para mí.

Mientras iba de camino a la escuela, sin parar de pensar en ese pedazo de hombre vestido de uniforme, encendí la música de mi coche. Necesitaba relajarme y qué mejor que con la música que me gustaba tanto. Puse a *mi* Pablo Alboran, «Quién». Me encantaba mucho este cantante, y encima era andaluz; lo tenía todo. Mis padres eran andaluces, concretamente de Almería, pero yo nací aquí, en Madrid. Por motivos de trabajo, mis padres habían venido a vivir aquí y, desde entonces, nos establecimos en este lugar, aunque

ya solo quedábamos mi padre, mi hermano Martín y yo. Martín era mayor que yo por solo un año y, justamente, se iba a casar este año; en unos meses se casaría con mi mejor amiga Belén. Las casualidades de la vida. Gracias a mí, ellos se habían conocido y, gracias a Belén yo había conocido a Álvaro, ya que ellos eran primos y, aunque no podía decir que casarme con Álvaro había sido lo peor que me había pasado en la vida, porque mentiría, sí tenía que decir que no me esperaba lo que me hizo, y menos con una de mis mejores amigas, con una de mis amigas de la infancia. Joder, lo compartíamos todo, pero parecía que se lo había tomado como algo personal, ya que había querido compartir mi marido. Bueno, exmarido.

Mientras seguía escuchando a mi Pablo, me iba acordando de todos los antepasados de Álvaro. Parecía que lo tenía superado, pero no era así, y estos meses fueron los peores que había pasado. Minutos después llegué al colegio, aparqué el coche y salí de él. Me dirigí hasta la entrada rápidamente; no llegaba tarde, pero me gustaba aparecer antes de tiempo, ya que era una posesa del control. Cuando llegué sentí la mirada de algunos alumnos del sexto curso; eran los más grandes y los más bocazas. Algunos me miraban mientras reían y, aunque yo sabía que me esperaba las burlas de muchos, no quería pensar en ello, más que nada porque soy la cornuda del colegio. Caminé con la cabeza gacha, sorteando a cada alumno, y me dirigí a la sala de profesores; busqué al director o jefe de estudios para que me informase de todo. Entonces, cuando llegué, me quedé estática en la puerta; en el interior de la sala, se encontraba Silvia hablando muy animadamente con Yolanda y Lorena, otras dos compañeras. No pensaba encontrarme a Silvia, pues creía que estaba de vacaciones, pero ya veía que no. Quise darme la vuelta para salir de allí, pero escuché la voz de Yolanda llamándome.

—Lara, ¿eres tú? —preguntó con amabilidad fingida.

Me di la vuelta y dibujé en mi cara una sonrisa igual de fingida que su amabilidad. Las tres me observaron y yo solo miré a Silvia; me entraron ganas de darle su merecido, pero entonces recordé el guantazo que le había dado

Belén y se me pasó.

—No sabía que habías vuelto —habló esta vez Lorena.

—Ni yo lo sabía, pero me llamaron, y aquí estoy —respondí con pesadez.

Giré de nuevo sobre mis talones para irme, pero otra vez me pararon, e incluso Yolanda se acercó corriendo para agarrar mi brazo e impedir mi huida, cosa que no me gustó. No quería estar cerca de ella, de la mujer que había acabado con mi matrimonio, con mi vida; encima no podía venir ahora como si fuera mi amiga del alma.

—Pero no te vayas; estamos celebrando el compromiso de Silvia —informó la estúpida.

Me congelé y me tensé al instante. No podía ser cierto, si solo llevaban meses juntos, o al menos eso creía yo. Me di la vuelta y la miré con las cejas levantadas. Estaba impresionada y muy cabreada, pero no se lo dejaría ver; no iba dejar que viera que estaba sufriendo por dentro. Silvia me miraba con una sonrisa marcada en su cara, esa que tenía ganas de romper. Conté hasta diez, luego hasta veinte, y así hasta que llegué a cien. Me enderecé para responder mientras bufaba.

—Ah, ¿sí? Vaya, no me lo esperaba. Pues que seáis muy felices —respondí, pero parecía que no les había servido mi respuesta, pues Yolanda seguía sin dejar que me fuera.

—¿Y tú cómo estás?, ¿te sientes mejor? Yo no podría estar aquí y ver cómo la que te quitó a tu marido está feliz, mientras planean su boda —escupió. Me hirió, pero no me iba a dejar lastimar, y me echarían por esto, pero lo haría. Me acerqué a Silvia con una sonrisa cínica y la cogí del pelo.

—¡Ah!, ¡¿qué haces, loca?! —gritó mientras me miraba con odio.

—Lo que te mereces por puta y caliente pollas —susurré en su oído mientras tiraba con fuerza de su pelo.

Ninguna hizo ni dijo nada aunque, por un momento, pensé que Yolanda venía a ayudarla, pero la miré como una loca, y se alejó despavorida. Eran todas unas cagadas y Silvia, la primera. Me estaba sentando de lujo eso de tener a

esta zorra cogida del pelo, mientras arrancaba las extensiones una a una; verla sufrir me reconfortaba.

—¡Suéltame, loca! —gritó, lo que llamó la atención del director que, cabreado, en ese momento, me cogió del brazo para que la soltara. Lo hice, la solté, pero antes de irme le grité todo lo que llevaba dentro:

—Eres una puta. Lo que tú has hecho no se le hace a la que era tu mejor amiga. «Amigas para siempre», ¿recuerdas? ¡No, cómo te vas a acordar si solo piensas en robarles la polla a otras! —grité y me llevé un regaño del director, pero me dio igual—. No espero que seáis felices, os deseo todo el mal que haya en este mundo para vosotros. Deseo, con toda mi alma, que te haga lo mismo que me hizo a mí, porque el que lo hace una vez lo vuelve a hacer; no lo olvides. —El director seguía con mi brazo cogido—. Que sí, que ya me voy, que no me echas tú... me voy yo. Anda la mierda, que os jodan —insulté a todos los habidos y por haber. Me fui, salí del colegio, con una sonrisa marcada en mi cara, y jamás me sentí tan liberada como en ese instante. Por fin dejaba esta mierda de trabajo, porque estaba siendo explotada.

Me metí en mi coche y grité, mientras me reía; había perdido la cabeza del todo. Mi móvil sonó, y vi que era una llamada de Belén. Le colgué, no tenía ganas de contestarle en este momento, así que sin más arranqué y salí de allí.

## Capítulo 2

Conduje tranquila, suspirando, mientras seguía escuchando a mi Pablo Alboran; era como si me diera igual el haberme quedado en paro. Pegué un frenazo y grité:

—¡Joder, que estoy en paro! ¿Y ahora qué hago? Tonta y más tonta, si es que se me ha ido la cabeza del todo. —Arranqué de nuevo, no quería que me pusieran otra multa. Entonces pensé en el policía y suspiré ¿Cómo podía estar tan bueno? Eso tenía que ser pecado. Me reí por mis ocurrencias.

Cuando llevaba una hora metida en el coche, recordé que Luisa y Belén querían verme, así que conduje hasta el bar de la familia de Luisa; seguro estaría ahí. Media hora después estaba aparcando en la puerta del bar «La Rueda». Belén, al escuchar la música de mi coche —puesto que lo tenía a todo volumen—, salió en mi busca. Me miró, mientras que yo me bajaba, y me sonrió; no sabía por qué, pero me daba la impresión de que le pasaba algo. Belén no era tan risueña, más bien era borde, y que estuviera así no era buena señal.

—¿Hola? —pregunté y luego besé su mejilla.

Ella me apretó en un fuerte abrazo, y me sentí rara. Nunca, pero nunca, Belén abrazaba; bueno, a no ser que fuera un tío bueno.

—¡Por fin le diste su merecido a esa perra! —gritó mientras pegaba saltitos. Mi cara se desencajó. ¿Cómo lo supo? Desde luego que ella se enteraba de todo, pero ¿cómo lo hacía? Para mí que tenía una bola del futuro o algo

parecido porque, si no, no entendía algunas cosas.

Me la quedé mirando y enarqué una ceja. Desde luego que esta mujer cada vez me impresionaba más. Entramos las dos juntas, y Luisa me miró de igual forma, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Le devolví el beso y me senté en un taburete para que me sirviera mi café. Me sentía tan cansada que no podía pasar sin mi dosis de cafeína al día, ya que hoy, con las prisas, ni siquiera me había parado a desayunar. Oteé la hora en el móvil y me di cuenta que ya eran las tres de la tarde. ¿Cuánto tiempo había conducido? No me había cerciorado de eso. Belén y Luisa me observaban expectantes, esperando a que les dijera con detalles todo lo ocurrido en la escuela. Intenté evadir el tema, pues no tenía muchas ganas de contar mis batallitas. Ni que fuera un tío; ellos son los únicos tontos que alardean entre ellos cuando hacen algo como lo que yo había acabado de hacer. Suspiré con pesadez y me incorporé en el taburete.

—Lo siento pero, hasta que no me pongas mi café doble, no abriré esta boquita —insinué y las hice reír. Después miré a Belén—. Ahora, ¿tú cómo te has enterado? De verdad que parece que me estás espiando —hablé señalándola.

—Venga, mujer, me vas a decir ahora que no sabes quién me informa —dijo con una sonrisa pícara. Entonces, recordé que Yolanda era una chivata y que también era amiga de Belén. Agaché la cabeza y me reí, pues a saber lo que le había contado a la loca de mi amiga, pero seguro que no le había dicho que estaba cagada.

Mientras Luisa me preparaba mi café, Belén y yo hablábamos animadamente. Y en ese momento llegó mi hermano, que primero fue a su prometida, le dio un beso y luego me abrazó a mí. Nos llevábamos muy bien y teníamos mucha confianza el uno en el otro; no creía que hubiera hermanos que se llevaran igual que nosotros. Martín se sentó al lado de Belén, y Luisa volvió a preparar otro café; en cambio, este, era para él. Después de que ya estuviéramos servidos, el padre de Luisa le dio su media hora de descanso y nos fuimos a la terraza. Hacía fresco, pero en el sol se estaba muy bien.

Cuando nos sentamos, Luisa esperaba a que le contara todo, y así lo hice: les conté a los tres cómo habían sucedido las cosas, y se rieron, pues yo no era agresiva, pero también sabían que necesitaba mi venganza y, aunque lo que había hecho hoy no me sirvió de mucho, por lo menos me sentía mejor.

—¿Qué piensas hacer ahora? Digo: estás en paro y eso —preguntó mi hermano, y Belén le dio una colleja.

—Pero qué tonto eres. No hurgues en la llaga, hombre —criticó esta enfurruñada.

—Oye, pero no me pegues, psicópata —respondió mi hermano con una sonrisa bobalicona.

Mientras ellos discutían, yo pensaba y mucho, cosa que no se me daba bien, pues de ahí sacaba las ideas de mierda. Miré a mi hermano con una sonrisita, de esas a las que debes tener miedo, y mi hermano sabía que, cuando yo lo hacía, era porque necesitaba algo de él o, en su defecto, porque haría una pequeña gran locura. Este negó y rio, pues tenía miedo de preguntarme.

—¿Qué quieres, pequeña? —preguntó al tiempo que cogía a mi cuñada y la obligaba a sentarse en sus piernas. Yo me reí, pues me encantaba verlos así; eran tal para cual.

—Acabo de tener una idea, pero necesito tu ayuda o tu opinión, aunque ya sabes que me la pela lo que me digas —informé nerviosa, y él enarcó una ceja—. Voy a opositar a la policía —afirmé, lo que obligó a mi hermano a escupir el café que estaba a punto de tragar. Por cierto, lo hizo encima de mi cuñada, y esta le volvió a dar otra colleja. Se levantó como un resorte y me escrutó con la mirada, cosa que hicieron también Belén y Luisa, pero unos segundos después soltaron una carcajada porque pensaban que era una broma. Me puse seria pues, si no lo hacía, no me tomarían en serio y no se creerían ni una palabra.

—¿Te has vuelto loca?! ¡Te crees que eso es ir y besar el santo! —gritó, y me hizo reír. ¿Por qué mi hermano tenía esa facilidad de hacerme reír? Era como mi payaso particular.

—Desde luego que, cuando Belén te dice tonto, tiene mucha razón —respondí—. Claro que sé que es difícil; ahí es cuando te digo que necesito tu ayuda, pardillo.

Mi hermano se fue hacia el interior del bar y me dejó sola con las locas de mis amigas. Sabía que me harían todo un interrogatorio, con manipulación incluida; eran de las que a cada cosa que yo decía o hacía le atribuían algún motivo, pues yo soy la tonta del grupo, la que nunca comete locuras, la que siempre vive en paz y armonía. Pero eso se acabó: ya era hora de coger al toro por los cuernos. Joder, qué penosa soy.

—Ya estás largando por esa boquita —habló Luisa.

—Sí, porque tú, perdona que te diga, no eres tan decidida. ¿Qué te ha pasado para querer hacer eso? Porque oponer a la policía son palabras mayores —afirmó Belén, y yo suspiré al recordar a mi amigo el policía. Joder que me ha dejado huella, y solo lo he visto unos minutos, aunque han sido los minutos más calientes de toda mi existencia.

—Uy, aquí pasa algo —le dijo Luisa a Belén—. Nunca suspiras, Lara, no así, y eso me lleva a pensar en algo. —Me miró a mí.

—Sí, o estás desesperada o conociste a alguien, aunque también puede que estés desesperada por tirarte a ese alguien. ¿Me equivoco? —respondió Belén. Yo me reí, pero era de esas risas nerviosas; me pillaron y ahora sí que me harían el tercer grado. Si hasta pensaba como un policía; esto es el destino.

Me levanté y las miré a las dos negando. No les iba a decir nada, no hoy, no ahora. Entré en el bar y me dirigí al baño; me estaban agotando y era mejor dejarlas con la miel en los labios antes de que quisieran trincharme como a un pavo para conseguir lo que querían conmigo. Cuando acabé, volví a la mesa y Luisa ya estaba de nuevo trabajando, pero Belén seguía ahí, esperándome —menos mal que sin Luisa—; ella no me preguntaba nada, y tenía un poco más de tiempo para poder inventarme cualquier excusa, cualquiera cosa, antes de contarles que me había obsesionado con escuchar mi nombre de la boca de un policía. Uf, me sofocaba de solo pensarlo. Me senté y, nada más hacerlo,

Belén me soltó:

—Da gracias a que Luisa está de curro hasta arriba, pero nada más que salga tenemos una conversación pendiente... y una salida. Por cierto, ¿esta noche vamos a tomar algo? Bueno, para qué te pregunto si eres la niña del *no*. Irás y punto pelota. —Dijo todo seguido, sin dejarme responder a nada ni mucho menos a pensar. Le sonreí y afirmé ojeando algo en el móvil.

—¿Dónde está mi hermanito? —pregunté mirando hacia ambos lados, pero no lo veía por ninguna parte.

—Se ha ido. Lo llamó su inspector para no sé qué cosa, o sea, que lo necesitaban en comisaría —respondió encogiéndose de hombros.

Belén me miró y por un momento me puse nerviosa. Sabía que no iba a aguantar a la noche para hacerme el interrogatorio; la conocía tan bien que me extrañaría demasiado que no lo hiciera. Justo en ese momento, Luisa salió del bar y, al vernos, se sentó un segundo con nosotras, pues ella pensaba que ya nos habíamos ido. Ambas me miraron y tuve que sonreír; eran tan pesadas.

—¿Qué? De verdad, qué pesada. —Hablé con desgana. A veces llegaba al límite con ellas, pero no podía vivir en una vida donde no estuvieran dándome el coñazo a diario.

—¿Qué de qué?, habla de una vez. Desde que has llegado, no paras de sonreír, y encima está el hecho de que quieres ser policía —afirmó Belén mirándome a mí y a Luisa—. Digo yo que tendrás algo que contarnos, ¿no?

Negué y me levanté. No les diría nada, más que nada porque recordé que tenía que ir a casa de mi padre; me había pedido que lo acompañara a hacer las compras y no lo podía dejar tirado. Me excusé con las dos y me escabullí como pude, pero me amenazaron con cortarme a cachitos si por la noche no les decía qué era eso que me pasaba para estar así de risueña, aunque ni yo misma lo sabía; únicamente sabía que, cuando me acordaba del policía, se me ponía una cara de tonta que no podía con ella. ¿Qué me pasaba? Yo no era así; bueno, nunca lo había sido, pero la cosa estaba en que hacía tiempo que no era la misma, y todo se lo debía a mi exmarido. Cabrón. Me metí en mi coche y

arranqué. Mi padre no vivía muy lejos del bar de Luisa, pero cogí el coche porque teníamos que ir al a comprar súper y, claro, como que no iríamos a pie ya que, conociendo a mi padre, se llevaría el supermercado completo. Era un bruto a la hora de llenar la alacena, se creía que el mundo se iba a acabar pronto, y el pobre solo era precavido.

Minutos después, llegué al portal del edificio donde vivía mi padre, y este ya me esperaba en la puerta. Vi que venía con cara de pocos amigos, pues seguro que llevaba esperándome unos minutos de más, y al caballero no le gustaba la impuntualidad.

—Ahora seguro que me cae la charlita —susurré antes de que entrara en el coche.

Mi padre entró y cerró la puerta de un portazo. «Ole, el carácter andaluz», pensé. Me miró con el ceño fruncido, y le sonreí como solía hacer cuando me peleaba con mi hermano y —cómo no— yo tenía la culpa. Menos mal que mi padre siempre había tenido devoción por mí y no me regañaba tanto, pero eso fue hasta que me pilló en una de las mías, pues había aprovechado que mi hermano estaba dormido y le corté un buen trozo de pelo. Se me había caído la máscara, y ya no confiaba en mí como lo hacía.

—Llevo diez minutos esperando. ¿Se puede saber dónde estabas? Si lo hubiera sabido, le hubiera pedido el favor a tu hermano; seguro que él vendría diez minutos antes —escupió cabreado.

Yo asentía mientras arrancaba el coche, ni siquiera le respondía. ¿Para qué?, si no me iba a escuchar. Él solo escuchaba a mi querido hermanito, al orgullo de la familia, al policía de la familia. Siempre él, él y más él. Estaba harta y por eso quería hacer una locura, y eso mismo era lo que haría, pues me haré policía aunque se me vaya la vida en ello.

## Capítulo 3

**D**os horas comprando con mi padre y, como yo decía, se llevaba más de la cuenta. Joder, que él vive solo. ¿Para qué compra tanta comida?; eso era algo que le preguntaría, porque no era normal, parecía que estaba dando de comer a un regimiento. Íbamos en el vehículo con todos los bultos hasta arriba; claro, a mí no me cabía todo en el coche, puesto que tenía un Nissan Micra, cosa que también había criticado mi padre —porque tendría que haberme comprado el coche que tenía mi hermanito Martín—, y siempre le respondía lo mismo: «Mi hermano es policía y gana más que yo, papá». Pero, oye, que al hombre no le entraba en la cabeza. Total, el supermercado tenía que llevar la mitad de la compra a casa, porque habíamos llamado a mi hermano y el caballero estaba ocupado. Yo no me lo creí, puesto que estaba de descanso, aunque después recordé que lo habían llamado de comisaría, así que el día de descanso al traste y por el váter. Una hora después de haber comprado, llegamos a la casa y ahí estaban, en la puerta, mi hermano y otro chico que ¡joder si estaba bueno! Aparqué el coche justo delante de ellos y me bajé; mi padre hizo la misma acción y este fue decidido a saludar al chico que acompañaba a mi hermano. Me acerqué a ellos y besé la mejilla de mi hermano. El guaperas, como ya lo apodé, me miraba con una sonrisita de «Aquí tengo presa fácil». Iba listo conmigo aunque, por otro lado, me hacía falta un buen revolcón para quitarme la amargura del cuerpo.

—Hola, hermanita. Te presento a mi compañero Cristian —dijo señalando

al guaperas, que ya tenía nombre. Me acerqué y le di dos besos, después de decirle mi nombre, ya que mi hermano no se lo había dicho.

Cristian me sonrió y dijo «Hola» de forma sensual, y a mí me iba a dar algo, pues parecía que el chico quería tema. Claro estaba que yo no era una facilona; a mí, primero que nada, me tenían que respetar, pues yo así lo hacía. Me separé de ambos y mi padre me estaba mirando con el ceño fruncido, al igual que mi hermano; los dos se habían dado cuenta de cómo estaba babeando por Cristian.

—¿Qué?, ¿tengo monos en la cara? —pregunté e hice que los tres soltaran una carcajada. Desde luego que, en este momento, parecía yo el mono de feria; los tres tenían la mirada puesta en mí.

Bufé y me dirigí a mi coche para abrir el maletero; tenía que sacar toda la comida que mi padre había comprado. Mi hermano se acercó para ayudarme, al igual que Cristian, y estos, al ver todo lo que tenía en el maletero, miraron a mi padre y luego a mí, como si yo tuviera algo que ver en todo eso de llevarse el súper entero a casa.

—A mí no me miréis. Aquí, el caballero que se cree que el mundo acabará mañana —susurré para que mi padre no lo oyera, pues me daba la sensación de que esto olía a gato encerrado, porque no era normal la cantidad de comida que mi padre compraba.

Mi hermano me apartó a un lado para hablar conmigo, y yo ya sabía de qué quería hablar; el tema de mi padre lo tenía tan preocupado como a mí. No quería pensar mal, pero parecía que a mi padre se le estaba yendo la cabeza ya, y me daba pena, ya que vivía solo. Mi hermano y yo nos habíamos emancipado muy jóvenes, y mi madre... bueno, ese era otro tema, del cual no me quería ni acordar, así que mejor borrarlo de mi mente. Esa había sido una de las malas etapas de mi vida, y mira que el haber sido engañada por mi exmarido había sido lo peor que me había pasado, pero no se comparaba con el dolor de perder a una madre, aunque esa madre no estuviera muerta.

—¿Tú sabes lo que le pasa? —preguntó Martín, y yo negué; no tenía ni idea

del motivo de tanta compra.

—No sé, pero lleva así tres meses. Lo que pasa que tú estás tan ocupado en tu trabajo que no te enteras, pero papá y yo hemos estado comprando una descomunal cantidad de comida y, encima, no le digas nada, que te come —respondí y mi hermano me miró mal.

Le jodía que le dijera las cosas en la cara, pero era verdad; él solo miraba por su vida, su trabajo y todo lo referente a él. Que, oye, yo lo veía bien, pero debía recordar que teníamos un padre y que el pobre pasaba mucho tiempo solo —a saber, lo que hace tantas y tantas horas, pues me parecía que no tenía ni amigos—. Martín, sin responderme, se fue con mi padre para arriba, y Cristian se quedó abajo conmigo. Me puse nerviosa, pues el chico estaba bastante bien, aunque no como mi policía favorito. Dios, ¿por qué pensaba en él ahora? De verdad, no tenía remedio.

—Bueeeno... ¿y tú en qué trabajas? —preguntó Cristian mirándome con una sonrisa marcada.

—Trabajaba, me he despedido esta mañana. Pero soy profesora de primaria —respondí devolviéndole la sonrisa—, aunque estoy pensando seriamente en hacer algo que, por lo visto, a mi hermano no le ha hecho mucha gracia.

—Ya, ya, si me lo ha dicho. ¿Por qué te crees que he venido con él? Quería conocerte, pues tienes que tener bastantes ovarios para hacer eso —afirmó y yo fruncí el ceño. Este no sabía quién era yo, se creía que era una princesita de reino. Era un gilipollas; ya me caía mal.

Me acerqué a él lo máximo posible para que solo él pudiera escucharme, pues estábamos en un barrio un tanto cotilla y las vecinas de mi padre eran las típicas que, después, lo publicaban todo en el periódico.

—Qué sabrás tú lo que yo tengo. Tengo que volver a decirte que soy profesora de primaria y que los niños son muy porculeros, incluso más que gilipollas como tú —respondí y me sonrió sarcástico, aunque sin quitar la expresión de guardia civil que quería demostrar.

Justo en el momento en el que pensaba responderme, mi hermano llegó hasta

nosotros y se extrañó al vernos tan pegados, pues casi lo estaba intimidando. Mi hermano nos sonrió y apartó a su compañero-gilipollas de mí, y este me sonrió de nuevo. ¿Por qué no borraba la sonrisa? A este paso, no se me iba a quitar de la cabeza lo de opositar a la policía. Con cada espécimen que estaba viendo, entre el rudo y uniformado de esta mañana y ahora este, uf, me hacía policía fijo.

—Lara, ¿esta noche salís? Me lo dijo Belén —mencionó mi hermano de pronto, y yo asentí, aunque no muy conforme, pues me daba la sensación de que vendría al mismo lugar con todo un cuerpo de policía.

—Sí, pero no vengas a vigilarnos, que ya somos mayorcitas, ¿no te parece? —hablé fingiendo cabreo.

—Yo a ti no te vigilo, yo vigilo a mi novia. Lo que hagas con tu vida es cosa tuya, hermanita —respondió mirando a Cristian y luego a mí.

Abrí los ojos impresionada por su respuesta, no me esperaba que mi hermano quisiera emparejarme con alguien; todo esto tenía que ser culpa de mi cuñadita. Vería, cuando la cogiera, que se iba a acordar de todos mis antepasados. Yo no era mujer de pelear; a la vista estaba que me había vengado de Silvia a los meses y no en el momento en que veía cómo la muy zorra esperaba a Álvaro en la puerta. Pero cuando me cabreaba, tenían que temerme, pues me parecía a la niña de *El exorcista*, y pobre de ella, como fuera lo que estaba pensando. Joder, que yo sola sabía ligar, aunque hubiera perdido un poco de facultades y me costara.

—Hombre, gracias. O sea que, si un imbécil se me acerca más de la cuenta, ¿a ti te da igual? —pregunté mirando a Cristian, y este se rio. Ya comenzábamos a llevarnos bien; creía que esta noche sería divertida.

Mi hermano negó y, después de unos minutos más, soltándonos puyitas, él y su amigo —el guaperas— se fueron por donde habían venido, y yo me volví a meter en mi coche. Tenía que llegar a mi casa, ducharme, cenar y arreglarme: todo eso en solo dos horas. No sabía cómo haría todo eso y, encima, había atasco. Después de media hora, llegué a mi casa y Luisa me esperaba en mi

puerta. «¿Qué hace aquí?», me pregunté.

Aparqué y, una vez tenía todas mis cosas, salí del coche y me dirigí hasta ella; esta me dio dos besos y nos fuimos hasta mi casa. Abrí la puerta y ambas entramos; solté el bolso y las llaves en la entrada y, antes de encender las luces, salí de nuevo y cogí las cartas del buzón. Me di cuenta de que tenía una notificación del juzgado, algo que no me asustaba, pero sí me preocupaba. Entré de nuevo y me dirigí hasta el salón; me senté y Luisa hizo exactamente lo mismo.

—¿Qué gusto! —dije echando la espalda—. ¿Qué haces aquí? No me dijiste que venías.

Me miró y la vi un poco triste. No sabía qué era lo que le pasaba pero, cuando Luisa estaba así, era porque era grave, pues ella se tomaba las cosas mejor que yo o, incluso, que Belén, aunque esa era para echarle de comer aparte. Esa sí que sabía vivir. Se la pelaba todo y vivía de puta madre sin tener que darle explicaciones a nadie y, sobre todo, hacía y decía lo que quería, cuando quería. Por eso mi hermano y ella se llevaban tan bien, pues mi hermano era una balsa de aceite, y era como mezclar al fuego la cebolla y el aceite: juntos hacían la pareja perfecta. De pronto comenzó a llorar y no pude evitar acercarme a ella y abrazarla; ella y Belén habían estado y estarían conmigo en los malos momentos de mi vida, al igual que en los buenos, y yo estaría también para ellas.

—Eh, eh, ¿qué te pasa? —pregunté mientras sobaba su espalda, pero no me podía responder, pues lloraba a mares—. Luisa, sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —Asintió y se incorporó de nuevo, al tiempo que soltaba hipidos y se sorbía los mocos. Desde luego estaba fatal.

Me levanté un momento y fui a la cocina para poner una cafetera; nos hacía falta nuestra dosis de cafeína. Cuando ya estuvo el café hecho, volví al salón y me senté a su lado; le extendí su taza, y le dio un sorbo antes de comenzar a contarme.

—¿Te acuerdas del chico con el que me estaba viendo? —preguntó y yo

fruncí el ceño mientras intentaba recordármelo, pues hacía tiempo que no nos contaba nada de él.

—Sí, Elliot. ¿Qué pasa con el friki? Lo siento, no quería decirle eso...

—¡Friki y también gilipollas y cabrón! Lo tiene todo —vociferó sin dejarme terminar.

Yo abrí tanto los ojos que se me saldrían de las órbitas en cualquier momento. No era normal todo lo que estaba pasando en solo un día, pero ¿qué pasaba? El karma se estaba vengando de nosotras por algo que habíamos hecho y no nos habíamos dado cuenta.

—Eh, para, leona, ¿qué pasó?, ¿por qué hablas así? Se supone que tú y yo somos las cuerdas, aunque ya no tanto —respondí y las dos soltamos una carcajada. Menos mal que nos entendíamos a la perfección.

Entre sorbo y sorbo, me contó que el friki llevaba sin llamarla un mes, y todo porque se estaba revolcando con otra, y lo peor de todo era que se suponía que el muchacho estaba en Granada, visitando a sus padres, y que por eso no la veía. No era que Luisa estuviera enamorada, pero algo estaba empezando a sentir por el chico, aunque no sabía por qué, porque era feo pero feo, y ella —no porque fuera mi amiga— era muy guapa, guapísima, la más guapa de las tres. Después de despotricar al granadino, nos fuimos hasta mi cuarto; ella se fue al baño que había para invitados, para poder ducharse, y yo me fui al mío. Una vez que nos duchamos, ella volvió a mi habitación y comenzamos a arreglarnos para salir, y todo eso sin cenar. Menos mal que la cafeína ayudaba, pero ya sabíamos que esta noche cogeríamos una buena cogorza. Una vez listas, bajamos y, antes de irnos, Luisa cogió la carta del juzgado y me la dio.

—¿No piensas leerla? —preguntó.

—La verdad, no tenía intención. Sea lo que sea, ya me llamará mi abogado cuando lo crea oportuno.

—Yo, que tú, lo leería, ¿Qué vas a perder?

La cogí y la abrí; comencé a leer la notificación y arrugué el papel con

fuerza. No podía ser cierto, no era capaz de hacerme esto después de todo, después de que él había tenido la culpa. Pero ¿qué se había creído? Luisa me miró y unas lágrimas de cabreo salieron de mis ojos.

—Mi casa, eso es lo que tengo que perder.

## Capítulo 4

Luisa me miró y se acercó a mí; se agachó y cogió la carta; la leyó y abrió los ojos. Yo no podía decir nada, únicamente pensaba en cómo joderle la vida al hombre que me había hecho feliz por algunos años y al mismo que ahora quería hundirme; pero no lo iba a conseguir y menos sabiendo que la culpa de todo la tenía Silvia, ya que él no tenía suficiente mente para poder pensar en hacer algo de eso. Cuando él se hubo ido, unos días después, me había llamado y dicho que no quería nada, que la casa me la quedara yo, que él no me la reclamaría, pero parecía que pensó las cosas mejor y ahora quería su parte. Bufé desesperada y salí por la puerta de la que todavía era mi casa; Luisa me siguió y la cerró de un portazo. Entramos en mi coche y nos fuimos hasta la discoteca «Palace»; allí nos esperaba Belén y seguro que ya estaría cabreadísima de esperar, pues llegábamos tarde por media hora. Pero ¿qué otra cosa haríamos si, con todo lo que estaba pasando, no tenía ganas de nada? Bueno de una cosa sí: de beber hasta olvidarme de todo. Hoy bebería hasta perder el control; mañana me lamentaría de todo lo que hiciera.

Cuando llegamos, conduje hasta los aparcamientos privados que había para la discoteca, pues era una de las más selectas de todo Madrid. Aquí solo venían los «pijos», como yo los llamaba a los adinerados, y es que no podía ni verlos, con eso de que se sentían superiores a uno que tenía menos que ellos; menos mal que no todos eran así y los había más humildes. Luisa y yo íbamos completamente en silencio, ninguna decíamos nada, y es que ¿cómo hacerlo?

Dios, si cada vez que pensaba en la carta del juzgado, me cagaba en todos los antepasados de mi exmarido. ¿Se podía ser más gilipollas? Yo creo que no. Y es que todavía no me entraba en la cabeza cómo era que se le había ocurrido hacer semejante tontería, sabiendo que, si a mi me daba la gana, se quedaba sin nada; pues podía demostrar que él había abandonado el hogar, aun estando casados.

—Será imbecil —susurré a regañadientes y Luisa me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué dijiste? —preguntó preocupada.

La miré, pero no respondí, ya que nos estábamos acercando a nuestra muy cabreada amiga, que nos esperaba en la puerta de la discoteca. ¡Y joder si había gente! Desde luego era la primera y última vez que venía a este sitio. Llegamos y nos pusimos frente a Belén; esta nos miraba mal, y las dos no le dijimos nada, simplemente la ignoramos y entramos en la discoteca, pues teníamos pases porque, hasta para estar en este sitio, había que tener invitación. No te jodía, desde luego que no vendría más. Cuando entramos, después de que el gorila de la puerta nos cogiera los pases, las tres miramos el interior, inspeccionando cada rincón, aunque era tan grande que costaba ver todo. Belén nos dijo que la siguiéramos con la mano, ya que la música estaba tan alta que no escuchábamos ni nuestra respiración. Caminamos sorteando a los bailongos, los borrachos y, sobre todo, a las que venían a zorrear, aunque ¿para qué nos vamos a engañar? Todas lo hacíamos, sobre todo, las solteras, una más que otras, pero todas lo hacíamos y la que decía que no mentía.

Después de terminar de sortear a toda esa gente en la pista, llegamos a unos reservados, nos sentamos, y menos mal que la música aquí no se escuchaba tan fuerte; eran salas aparte y más bien sentíamos murmullos, para lo que era. Nos sentamos y un chico se acercó a nosotras para que pidiéramos las bebidas, algo que me dejó boquiabierto, pues se suponía que, en las discotecas, tenías que mover tu culo hasta la barra para perdite algo de beber. Belén pidió vodka y Luisa la imitó; ambas me miraron a mí para que pidiera, pues pensaron que

querría lo mismo, pero no, yo pedí tequila. Comenzaría fuerte, necesitaba unos cuantos chupitos para entonar la noche.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Qué quieres?, ¿un coma étlico hoy? —preguntó Belén y yo asentí, cosa que no pasó desapercibida, pues yo no era de beber y menos así de fuerte. Yo era de las que se tiraba dos horas con un mojito y ya casi que me lo bebía calentorro; eso parecía el caldo del puchero cuando me lo terminaba.

—Hoy lo necesito, pero no me preguntes porque no te responderé. Únicamente quiero olvidarme de todo, de lo que pasa en mi vida y del hijo de puta de Álvaro, ¿¿puedo?! —respondí alzando la voz y me di cuenta al instante —. Lo siento, no pretendía gritarte, pero estoy muy agobiada. Mañana te cuento, ¿sí?

Belén asintió y, justo en ese momento, llegó el camarero con nuestras bebidas. Pero no venía solo, pues tras él venía mi hermano, Cristian —el guaperas— y espera... No, no podía ser; esto era imposible. Me levanté como un resorte y él me vio. Me miró y sonrió; casi me caía de bruces, por un traspiés, y él me agarró con sus fuertes brazos. Al sentir sus manos en mi espalda, una corriente eléctrica me cruzó toda entera y no podía ni respirar, pero también se cruzó por mi cabeza la multa que el energúmeno que me está agarrando en este momento me había puesto esta mañana. Me separé de él y le pegué un guantazo que hizo que mi hermano me cogiera del brazo; él no se inmutó y, en cambio, me sonrió abiertamente, marcando unos hoyuelos en su cara.

«Joder, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?», pensé mientras que mi hermano me cogía del codo y me llevaba a una esquina del reservado. Estaba tan impresionado como lo estaban mis amigas, e incluso yo no me creía lo que había acabado de hacer, pero me enervó la seguridad con la que me miraba, como si se sintiera superior a mí, y eso no lo iba a permitir.

—¿¿Pero qué coño haces?! ¿Por qué le has pegado? ¡Él solo intentaba ayudarte! —gritó mi hermano, cabreado, pero no iba a dejar que me tratara

como a una niña pequeña, y menos delante del estúpido policía, que me tenía cardíaca desde que lo había visto por la mañana.

« ¿Por qué tiene que ser tan malditamente sexi?, pensé sin responder a mi hermano.

Este seguía regañándome y yo seguía observándolo, pues no apartaba la mirada de mí, y yo no lo haría de él; a ver quién se cansaba antes. Luisa y Belén nos miraban como si estuvieran en un partido de tenis; me hacía gracia y no podía evitar sonreír. Cuando lo hice, vi cómo mi amigo, el policía, tragaba fuerte. Ignoré a mi hermano y me acerqué a mis chupitos, tres chupitos que me esperaban en la mesa. Cogí uno y me lo bebí sin pensar; hice la misma acción con los otros dos, y todo sin apartar la mirada de él. Entonces, me senté y me crucé de piernas; llevaba un vestido corto, en color negro. Se me había metido una idea en la cabeza y, cómo no, era una idea de mierda aunque, si salía como yo esperaba, a lo mejor no sería tan mala idea. Lo calentaría tanto que me rogaría hacerlo en los baños o, en su defecto, que se fuera con un gran calentón que solo podría calmar masturbándose. Claro estaba que lo haría pensando en mí.

Belén, que estaba sentada a mi lado, se acercó a mí y me dijo al oído:

—¿Lo conoces? Joder, cómo está el culito —habló en mi oído y no pude evitar reír cuando me dijo el apodo que le habíamos puesto a los tíos buenos que nos habíamos encontrado.

—Puede. Y sí, es verdad: está que, uf... no sé cómo expresar lo que ese hombre me hace sentir —respondí sin miramientos y creía que ya el tequila me estaba haciendo efecto, pues no quería decirle eso a Belén.

Entonces, en ese momento, se me acercó Cristian y me saludó con dos besos; este chico me iba a ayudar a cabrearlo. ¿Por qué sería tan mala? Creía que sí, que los chupitos me habían sentado un poco mal, pero me daba igual y le volví a pedir otros tres chupitos al camarero. Cogí a Cristian de la mano y tiré de él hacia la pista; estaba sonando una canción bastante pegadiza, aunque ni siquiera sabía quién la cantaba. Hice que el guaperas me pusiera sus

grandes manos en la cintura, y comenzamos a bailar pegados, muy pegados. Todo lo hacía mirándolo a él, como si nos importara lo que hacíamos cada uno. Pues no debería ser así, ya que no nos conocíamos de nada; ni siquiera sabía su nombre, aunque él sí sabía el mío.

—¿Piensas utilizarme para darle celos a mi mejor amigo? —susurró en mi oído, y eso hizo que lo mirara y sonriera maliciosamente.

—¿Te importa que lo haga? —pregunté arqueando una ceja.

—No, pero solo si me presentas a tu amiga.

Fruncí el ceño, pues no creía que se refería a Belén. Entonces, me di cuenta de que no le quitaba ojo a Luisa. Lo miré de nuevo y le sonreía mientras asentaba. Acababa de hacer un trato con este hombre sin conocerlo; no sabía a dónde me llevaría, pero esperaba no estar haciendo el pacto con el diablo.

Seguíamos bailando y Cristian, por petición mía, comenzó a acercarse más a mí, y rozamos nuestros cuerpos en un baile sensual. Mi hermano ni se enteró, pues estaba comiéndose la boca con mi cuñada, aunque no me importaba lo que mi hermano dijera o hiciera. Al único que quería joder era al hombre que tenía en frente, el mismo que por la mañana me había hablado muy cerca de mí; al único que —por motivos que desconozco— me hacía sentir como si estuviera quemándose viva. Cristian seguía en su juego; cuando miré al desconocido —al cual lo apodé «el hombretón»— y vi su cara de cabreo, besé a Cristian y este no se lo esperó, pero tampoco me rechazó. Entonces, sentí unas fuertes manos agarrar mi cintura y cogermme en brazos y posarme en su hombro; ese acto me cabreó, y vi cómo Cristian se reía mientras caminaba en dirección al reservado. El estúpido que me tenía cual saco de patatas me metió dentro de los baños y cerró con pestillo la puerta. Cuando lo hizo, se abalanzó sobre mí y me besó; metió su lengua en mi boca cual juego salvaje. Era todo un placer sentir cómo su lengua jugaba con la mía, mientras que sus manos tocaba todo mi cuerpo.

El juego del deseo se estaba convirtiendo en algo oscuro, y yo estaba ardiendo bajo sus manos. Me cogió de la cintura cual pluma de ángel, y

enrosqué las piernas en su cintura. No hablábamos, no nos mirábamos; únicamente podíamos besarnos, comernos y disfrutar. Entonces, haciendo que me equivocara, me miró con esos ojos oscuros; luego lo hizo con mi cuerpo menudo y sonrió. Esa sonrisa de malote que tenía era lo que me ponía a cien por hora. Bajó la sus ojos hasta mis piernas y comenzó a tocarlas; se adentraba poco a poco en mi intimidad. Entonces, y sin esperármelo, me arrancó la tanga de un tirón, lo que me hizo gemir de sorpresa. Jamás había sentido esto que sentía; nunca, pero nunca, había hecho lo que estaba haciendo, y menos con un desconocido.

Su mirada, clavada en la mía, mientras me tocaba mi humedad; solo con eso podía conseguir llevarme al infierno y abrasarme. Sacó su mano y comenzó a quitarse la correa del pantalón; se bajó la cremallera y, por consiguiente, el pantalón, junto con su bóxer. Sacó un preservativo del bolsillo trasero, lo rasgó y se lo puso enseguida, al igual que, rápidamente y sin pensarlo, me penetró. Grité por la intrusión, pero más me hacía gritar cuando sus embestidas eran fuertes y certeras. Gemíamos al unísono y nos comíamos la boca mientras tanto; era una locura lo que estábamos haciendo, lo que estaba haciendo, pero era la locura más placentera que había hecho en mi vida y de la cual no me iba a arrepentir, seguro.

## Capítulo 5

Cuando acabamos, bajé al suelo y cogí papel para limpiarme; él hizo lo mismo y después ambos comenzamos a vestirnos y a arreglarnos. No sabía por qué, pero me sentía fatal después de haberlo hecho. Yo no estaba acostumbrada a hacer estas cosas y tampoco me había acostado antes con un hombre que no fuera Álvaro. ¿Por qué tenía que pensar en él ahora? Él me miraba como si estuviera esperando a que yo le dijera algo, pero no podía siquiera verlo a la cara; me sentía avergonzada, no era yo la que en ese momento estaba frente a un desconocido que, por otro lado, cada vez que lo veía, mi cuerpo ardía por tenerlo dentro de mí y ahora, que lo hube tenido, me sentía mal.

«Desde luego que no tengo remedio», pensé.

Después de unos minutos mirándome, ya no podía más. Levanté la cabeza y lo empujé para que me dejara salir, pues me estaba agobiando, y no era buena compañía cuando me ponía así. Pero el caballero ni se inmutó; él era un tiarrón de esos que ni con un huracán se movían del sitio. Imagínate, con lo renacuaja que era a su lado, ¿cómo lo haría? Cogió mi brazo con fuerza pero, al ver mis ojos clavados en su mano, cosa que volvió a hacer que mi cuerpo temblara, con solo contemplar sus venas marcadas en sus manos y brazos... Dios, era frustrante cómo un hombre, al cual no conocía de nada, podía hacer que me sintiera de esa manera. Me soltó despacio y se disculpó, pero poco le duró cuando mi pequeña mano chocó con su mejilla, lo que hizo que sonara en

el baño por el eco, al estar solos. Su cara de desconcierto no me pasó desapercibida, pero el cambio en su mirada hizo que mi cuerpo se pegara a la pared, no por miedo, porque no le tenía miedo, pero sí daba un poco de respeto; pues sus ojos marrones se oscurecieron aún más por el cabreo que tenía, aunque no me iba a dejar amedrentar por muy policía que fuera y menos después de haberlo tenido dentro de mí hacía unos instantes.

—¿Qué haces?, ¿estás loca? O sea que primero te abres de piernas y luego me golpeas. ¿Qué pasa?, ¿no te gustó?, ¿quieres repetir? —preguntó con sarcasmo y cabreado.

Alcé las cejas y no pude evitar soltar una carcajada. Desde luego que este tío era gilipollas, no sabía con quién estaba hablando. Me acerqué a él, con el dedo clavado en su pecho, y le grité:

—Desde luego que sí, que estoy loca porque, para haberme dejado follar por ti, tenía que estar muy loca... Y mejor no, no repitas, porque con uno ya tengo para darme cuenta —respondí y bufé cabreado.

—¿Cuenta de qué? Por tus gritos, parecía que lo pasabas muy bien, ¿no crees?

No pude más y salí del cubículo. Ya me estaba ahogando, no podía estar cerca de él y aparentar que no me importaba lo que habíamos hecho, y menos después de haberle dicho lo que acababa de soltar por mi boca. Me dejó salir. Me acerqué al lavabo y me eché agua en la nuca; me dio calor, un calor abrasador, un calor que ni con tres duchas frías se me quitaría. Vino tras de mí y sentí su aliento chocar con mi nuca; mi cuerpo se erizó al instante y él se dio cuenta, pues vi su cara reflejada en el espejo y sonreía satisfecho. Pero yo no quería que se sintiera el rey del mambo, así que, sin más, me di la vuelta y lo escruté con la mirada, cosa que pareció darle igual.

—Será mejor que esto lo olvidemos, ¿vale? Por lo menos, para mí, no fue nada —afirmé seriamente, intentando parecer serena y tranquila, pero se acercó a mí, agarró mi cintura y sentí como si dejara sus huellas marcadas en mi cuerpo, abrasando todo a su paso. Intenté safarme, pero no me dejó; me

tenía bien agarrada.

Entonces, acercó su boca a la mía y me besó con lujuria y pasión, una pasión que nos acabó abrasando como una hoguera. No sabía qué me pasaba, no lo lograba entender, pero no podía volver a verlo. No estaba en mis facultades para tener algo con nadie aunque, por otro lado, no tendríamos nada jamás, ya que solo había sido un polvo de una noche, así que lo que haría sería disfrutar el momento y nada más. Nuestros labios seguían dándose ese placer que sabía que ambos sentíamos. Ya podía notar su excitación en el pantalón y cómo mi intimidad se mojaba de nuevo; eso era increíble. Nos separamos y nos miramos fijamente; pasó su mano por mi mejilla, acto que no sabía a qué venía, pues eso solo se le hacía a alguien que realmente te gustaba. Le iba a responder, pero entraron en el baño y nos sobresaltamos. La chica nos miró con la ceja alzada, y ambos nos reímos, así que, sin más, salimos del baño y buscamos a nuestros amigos, pero antes nos decimos que esto no podía saberlo nadie y que llegásemos por separado, como si cada uno viniese de diferente lugar. Entendía lo que me pedía, pero algo en mí se resentía y me cogía un pequeño pellizco, pero en seguida sonreí y olvidé lo que fuera que había pasado en el interior del baño. Lo único era... ¿podría olvidarlo? No lo creía.

Mientras él iba al reservado, yo me fui a la barra para pedir algo de beber. Tenía la boca seca y no era para menos: nunca había tenido sexo en los baños de una discoteca ni con un hombre como él. El mismo camarero que había venido a la mesa antes, me vio y me puso un chupito de tequila. Me lo bebí de un sorbo y le pedí otro para llevármelo; cuando me lo dio, me fui para el reservado y, como si fuera la protagonista de una película, todos me miraron con una sonrisa. No entendía a qué venía todo, pero ahí estaba yo, en medio de todos, como si fuera un payaso de circo.

—¿Pasó algo y no me he enterado? —pregunté con una sonrisa socarrona.

Luisa y Belén me miraron y alzaron una ceja como si les estuviera haciendo una pregunta a la que yo tuviera la respuesta, como si estuviera loca. Entonces, me di cuenta de que algo se nos había pasado por alto. Cristian nos había visto

cuando el policía desconocido me echó en su hombro, cual saco de patatas, y nos metimos en el baño. Y decía «desconocido» porque nadie me lo había presentado; ni siquiera sabía el nombre del hombre con el que había tenido un sexo brutal hacía unos escasos minutos. Me senté con ellas y mi hermano no paraba de escrutarme con la mirada, como si hubiera cometido un delito. Pero ¿qué se creían?; ya no era una niña pequeña.

—Cuenta —susurró Luisa y la miré de reojo mientras esta negaba con la cabeza.

El hombre que me quemaba con solo una mirada lo seguía haciendo, no apartaba la sus ojos de mí, y eso me hacía removerme nerviosa en el sitio, como si con solo una mirada consiguiera excitarme. Aunque, en cierto modo, eso era lo que hacía, y lo peor de todo era que él lo sabía y se valdría de eso para volver a tenerme. Mi hermano se levantó y lo cogió cabreado del brazo. No entendía nada, así que, sin más, los ignoré; no era mi problema.

—¿Te lo has tirado, Lara? —preguntó Belén, pero esta vez más seria de lo normal, cosa que me extrañó, y me preocupé.

Era un asesino en serie o tenía una enfermedad venérea, y yo no me había enterado de ello. ¿Qué coño pasaba? Asentí temerosa por saber, como si lo que me fueran a contar fuera a hacerme daño. ¡Qué ocurrente!; no tendría que molestarme ni, mucho menos, hacerme daño.

—¿Qué coño pasa? ¿Por qué tanto secretismo? Ni que estuviera casado —dije y parecía que había dado en el clavo, pues se miraron y cambiaron su cara.

«¿Casado? Joder, Lara, vaya vista tienes para uno que coges», me regañé.

—¿Está casado? —pregunté, pues no me habían respondido y ya me estaba alterando.

—Aún no, pero está a punto de hacerlo. Vaya que fuiste su despedida de soltero —ironizó Luisa y la miré mal.

Yo no era la despedida de nadie y menos de ese gilipollas, al cual le iba a cantar las cuarenta, como que me llamaba Lara Molina. Me levanté, bajo la

atenta mirada de mis amigas, aunque poco tardaron en seguirme, pues mi hermano y Cristian se lo habían llevado para la calle. Y ese era otro... Ya le diría algo, pues había dejado que me acostara con su mejor amigo, y que no me jodiera diciéndome que él no lo sabía. Salimos a la calle y, efectivamente, los vimos discutiendo en los aparcamientos. Corrimos hasta ellos y me acerqué al hombre al que me había tirado en los baños y el que ya me estaba dando dolores de cabeza. Le di un puñetazo en los morros con todas mis fuerzas.

—¡Eso por gilipollas y capullo! ¡Eres un cabrón y ahora ponme otra puta multa! —grité eufórica.

Todos me miraban perplejos, pero ninguno dijo nada, ni siquiera él. Los miré a todos y me fui hasta mi coche para largarme; no podía estar más cerca de ellos, de ninguno, estaba muy cabreada y, seguramente, lo iba a pagar con quien no se lo merecía. Escuché las voces de mis amigas llamándome, pero las ignoré y arranqué el coche; salí del aparcamiento a toda leche, como si estuviera huyendo de algo que no tenía ni pies ni cabeza, porque solo había sido un polvo, únicamente había sido eso. Conduje cabreada, pero conmigo misma, por haber sido tan estúpida y haber dejado que un hombre así se aprovechara de mí. Unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos y marcaron mis mejillas con el corrido del rímel, y grité mientras pegaba fuertemente en el volante. Podrían pensar que estaba teniendo una pataleta, pero no era eso; simplemente me sentía como cuando me había enterado del engaño de Álvaro, algo que aún no superaba. Mi marido me había dejado por otra, y yo lo celebraba acostándome con un hombre comprometido.

«Bien por ti, Lara, así acaba un Molina su día. Pero qué tonta eres, por Dios. Odio parecerme tanto a ella», susurré en el aparcamiento de mi casa

Había llegado ya hacía unos largos minutos, pero aún no salía del coche. Me estaba cobijando —escondiendo, más bien—, como si tuviera miedo de encontrarme con alguien y, conociendo a mis amigas, no tardarían en llegar y consolarme, como hacían siempre. Pero la pregunta era la siguiente:

¿consolarme por qué? Ese hombre no significaba nada para mí, pero sí había dejado huella. Con solo un día, había dejado huella en mi piel y en mi mente; solo ahí, no en otro lugar. Y nunca, jamás, nadie dejaría huella donde me habían hecho daño: en mi corazón.

Salí del coche, después de pensarlo por más de media hora; además, el tequila ya estaba haciendo estragos en mí, así que caminé hasta mi casa y entré cerrando de un portazo. Y una vez dentro, me volví a encontrar con la carta del juzgado tirada en el suelo; la cogí y la rompí. Nadie me iba a echar de mi casa, de mi hogar. Primero muerta que dejar que me la quitaran. Después de todo lo que había pasado, después de que él fuera quien me había engañado, él fue quien había abandonado su hogar por una puta que... que solo quería sacarle los cuartos. Pero allá él; suponía que se tenía merecido todo lo que le pasara. Fui hasta la cocina y me serví un vaso de leche; eso me serviría para limpiar el organismo. Después me fui despojando de la ropa y, por cada prenda caída, un recuerdo de ese baño me inundaba, lo que calentaba mi cuerpo. Intentaba borrarlo de mi mente, pero me era imposible y no creía que pudiera hacerlo en mucho tiempo.

Cuando entré en mi habitación, ya estaba semidesnuda. Fui hasta el baño; mi cuerpo necesitaba una ducha, así que, sin más, me metí en el interior y abrí el grifo del agua fría, pues tenía mi cuerpo ardiendo y todo por su culpa. ¿Por qué tenía que ser tan sexi? Bufé desesperada y me enjaboné. Cuando acabé, salí del baño y me puse el pijama, el mismo que no me había quitado en una semana cuando Álvaro se fue, y no sabía por qué debía ponérmelo, pero sentía la necesidad de hacerlo. Me lo puse y me acosté. Dando vueltas por horas, por fin me quedé dormida, aunque ya estaba amaneciendo, pero eso no evitó que mis ojos se cerraran y en mi mente se metieran él y nuestro encuentro.

## Capítulo 6

Me desperté por el calor sofocante y por la luz del sol que entraba por mi ventana abierta. Al llegar no había cerrado la persiana y fue lo que no me había dejado dormir. Me desperecé y me levanté de la cama; fui al baño para aseoarme, aunque solo me lavé los dientes pues, cuando hube llegado, me había duchado y, como no tenía pensado quitarme el pijama hasta que mi cuerpo me pidiera a gritos otro baño, no me importaba lo que pasara. Bajé las escaleras y fui a la cocina para prepararme algo de comer; me había levantado hambrienta. Mientras bajaba iba recogiendo toda la ropa que había ido quitándome cuando llegué anoche. Entré en la cocina y me sobresalté; no podía creerlo.

—¿Álvaro? —pregunté y se dio la vuelta—. ¿Qué coño haces aquí? —volví a preguntar insistente.

Me miraba, pero no decía nada. Comenzó a acercarse y pude ver, en sus ojos, esa luz que un día había visto en él, como si el Álvaro del que yo me había enamorado estuviera de vuelta. Pero no dejé que me alcanzara y cerré los ojos con fuerza, para así evitar mirarlo, porque sabía que, como dejase que llegara hasta mí, con esa mirada y esa sonrisa, caería —seguro que caería— y no, no lo iba a permitir.

—Hola, cariño —dijo y abrí los ojos desorbitados.

¿Cariño? ¿En serio? No sabía qué cojones quería, pero que me dijera «cariño» después de cómo me había dejado y de cómo había pasado todo, era

como si se estuviera burlando de mí. No daba crédito a lo que estaba pasando, no lo podía creer tras varios meses de dolorosa realidad, en los cuales tuve que pensar y sacármelo de la mente para poder ser feliz, sin resultado alguno, pues no lo tenía superado del todo. Álvaro caminó en mi dirección y ya casi lo tenía encima, así que lo rodeé y me volví a separar; teníamos que mantener las distancias.

—No vuelvas a decirme «cariño», perdiste ese derecho el día que saliste por esa puerta por irte con la puta de Silvia —escupí cabreada—. Y ahora dime: ¿qué haces aquí? Que yo sepa, no vives aquí y no sé cómo es que tienes llave para entrar —sentencié y él cambió su expresión a una más ¿triste?

Se sentó en la silla y me miró con los ojos aguados, de verdad no entendía nada. No podía llegar aquí, después de tres meses, y esperar a que yo lo aceptara o lo perdonara. No, eso sería imposible; mi corazón y mi alma estaban heridos, muy heridos, casi muertos, y él —solo él— era el culpable de todo. Mató todo entre nosotros: lo que teníamos, lo que habíamos construido. Y todo ¿por qué?; por alguien que no merecía la pena, por alguien que no lo quería ni lo haría jamás, porque ella lo único que quería era joderme a mí, porque ansiaba todo lo que era mío. Siempre lo quiso, siempre había sido así.

—Lo siento, perdóname. Yo... yo sigo queriéndote —balbuceó y mi corazón se paró.

—No, ¡no! —grité y se sobresaltó—. Eres un jodido embustero. Ya sé para qué estás aquí... Quieres la casa, ¿verdad? ¡Pues toda para ti, yo la odio! —seguí gritando y él negaba—. Cada paso que doy es un golpe en mi corazón, cada maldito recuerdo hace que la odie más. Por eso, si la quieres, toda para ti y... y esa... Aquí podréis ser felices, pero solo hasta que aparezca otra y lo jorobe todo.

Me di la vuelta para darle la espalda. No podía más, no podía mirarlo siquiera a la cara. Escuché cómo arrastraba la silla y se levantaba; lo que no me imaginé fue sentirlo tras de mí... Sentí su aliento, olí su colonia, y fue como si el tiempo no hubiera pasado; cerré los ojos y los recuerdos me inundaron

llenando todos mis sentidos, llenando de aire mi corazón asfixiado. Álvaro pasó sus brazos por mi cintura y me abrazó como hacía antes, como cuando llegaba del trabajo y yo lo esperaba en la cocina preparando la cena. Me dio un beso en el cuello y... no sentí nada. Mi corazón no aleteó, mi alma no brincó de alegría. ¿Qué me pasaba? Entonces, sus ojos, su voz, su aliento —que chocaba contra mi espalda—: ese hombre, ese maldito policía entró en mi mente. Me separé de él y bufé cabreada. ¿Por qué?, ¿por qué tenía que pensar en él? No era nadie para mí, solo un hombre más con el que sufrir, porque ninguno merecía la pena: con todos sufriría.

—Lara, cariño, no huyas. ¿Por qué no puedes creerme? Lo que te digo es verdad...

—¿Verdad? Esa palabra no existe para ti. Tú no sabes qué es eso y, por favor, deja de llamarme «cariño». Yo no soy tu cariño.

—Hay otro, ¿verdad? ¿Conociste a alguien? —susurró.

—Y si así fuera, ¿qué? No debería importarte; es mi vida y hago lo que me da la gana —escupí sin pensarlo.

Me estaba metiendo en un berenjenal, pero me daba igual si así me lo quitaba de encima, así que le diría que sí, que había conocido a alguien y que ese alguien sí sabía hacer que vibrara bajo su piel y no como él, que ni siquiera sabía moverse en la cama. Quería que sufriera, que llorara como lo había hecho yo, si es que era verdad que le importaba yo y no era una mentira como tantas.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero sí, conocí a un hombre, porque él sí es un hombre de verdad, de esos que, con solo mirarte, te derriten; con solo tocarte, te desarman; con solo susurrar una palabra, te enamoran. A ese hombre conocí y estará a punto de llegar así que, si no te importa, lárgate —afirmé y él se quedó callado, aunque no dejaba de mirarme, como si no quisiera creer cada una de mis palabras.

Su mirada entraba en mí como si quisiera leer mi pensamiento, como si él supiera que todo lo que le había dicho era mentira, así que lo escruté con una

ceja alzada y tuve que poner la cara más seria, pues solo así él me dejaría en paz; solo así, se creería todo lo que mi boca le acababa de soltar. Álvaro se dio la vuelta y caminó hasta la entrada; yo, por instinto, lo seguí, pero solo para comprobar cómo se iba de nuevo, cómo volvía a desaparecer de mi vista y —esperaba que también así fuera— de mi vida. No lo quería cerca de mí, no quería verlo nunca más.

—Espero que ese hombre te valore como yo no lo hice. Te deseo lo mejor, que seas feliz —susurró en la puerta antes de abrirla.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, pero no se dio cuenta, porque abrió la puerta y se marchó. ¿Por qué todo me pasaba a mí? ¿Qué había hecho yo en esta vida para merecerlo? No podía negar que aún lo quería, que todavía sentía algo por él, pero no de la misma forma. No lo amaba como antes; ahí no había amor, ahí solo había cariño por un recuerdo, por los recuerdos de la familia que íbamos a tener. Entonces, recordé el embarazo y toqué mi vientre, pues esa parte de mi vida había sido reemplazada por su amor. Y ahora, que tampoco lo tenía, ¿quién me ayudaría a olvidarme de todo? Me fui hasta el salón y me recosté en el sofá; no quería saber nada de nadie, no quería ver a nadie. Cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio de la noche anterior, que me había llevado a un sueño en el que mi policía favorito era el protagonista.

Después de dos horas, seguía dormida, pero los aporreos en la puerta me sobresaltaron y me levanté de mala leche, ¿Quién será? Camino hasta la puerta y suspiro antes de abrirla, pues seguro eran mis amigas y no quería discutir con ellas. Abrí la puerta y casi me da un ataque, ¿Qué hace está aquí? Desde luego que hoy es el día de las malas visitas. Me mira esperando a que la deje pasar, pero no, no va entrar en mi casa, nunca más entrará en mi casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cabreada, y mucho.

Silvia tenía el descaro de venir hasta mi casa —Dios sabría para qué—. Estaba loca si pretendía que fuera amable con ella, estaba loca si yo no intentaba hacer lo mismo que había hecho ayer en la escuela, porque no me iba

a temblar la mano, y muchos menos se me habían quitado las ganas de partirle la cara de «niña buena» que, según ella, tenía.

—Vengo para echarte de esta casa —respondió y mi boca se abrió desencajada. ¿Había dicho lo que había oído?

—¿Cómo? Tú estás loca si piensas que me echarás de mi casa, estás loca si piensas que voy a dejar que me toques.

Silvia, sin ser invitada, entró en la casa y la agarré del brazo; no iba a entrar, no era bien recibida. La empujé hasta la salida, pero ella se resistía y, en una de ellas, me dio un guantazo que no me lo esperaba, y mi mano subió hasta mi mejilla, caliente por el golpe. Arrugué la frente y me abalancé sobre ella, la agarré del pelo, la tiré al suelo y yo me puse encima; ambas nos golpeamos cual fieras salvajes. Entonces, escuchamos una voz ruda, esa voz; paramos y mis ojos se clavaron en los suyos.

«¿Qué hace aquí?», pensé.

Su presencia hizo que paremos, y Silvia se lo comió con la mirada, cosa que no me hizo ni pizca de gracia, así que me levanté del suelo, quitándome de encima de ella, y me acerqué al hombre que inundaba mis sueños. Clavé mi mirada en la suya; no sabía a qué había venido y muchos menos por qué. Silvia se acercó a la puerta y, antes de irse, me miró y me dijo:

—Tienes hasta mañana para largarte de aquí, o vendré con una orden del juzgado y te echarán ellos por las malas. —Una vez dicho eso, se dio la vuelta, le echó una mirada de loba al hombre que teníamos delante, y se fue pegando un portazo. Eso hizo que me sobresaltara y me diera cuenta de que lo había presenciado algo que no debió haber ocurrido.

Llevábamos a solas unos minutos, pero ninguno había dicho nada; únicamente nos mirábamos, nos comíamos con los ojos, y tenía que obligarme a mí misma a mirar hacia otro lado para no abalanzarme sobre él. Porque no podía ser; él era un hombre comprometido y lo que había pasado anoche no debió haber pasado, y eso sería algo que siempre le recriminaría, si es que seguíamos en contacto.

—Creo que no he venido en buen momento —susurró y negué al darme cuenta pues, estando en silencio y solo mirándonos, era como si estuviéramos en trance.

—La verdad, no, aunque no sé para qué has venido. Además, ¿cómo me has encontrado? —pregunté.

—Olvidas de que soy policía y puedo ver tus datos... cosa que no he hecho nunca, pero...

Se calló. ¿Qué había querido decir con eso?, ¿que era la primera vez que buscaba a alguien, que era la primera vez que estaba interesado? No creía; esto debía ser una broma de mal gusto, y ya empezaba a sacarme de mis casillas.

—Será mejor que te vayas; no tengo ganas de hablar y mucho menos contigo —sentenció y me di la vuelta, pero él me cogió del brazo y me acercó a su cuerpo, encendido, como si con solo sentir sus dedos mi cuerpo ardiera. Negaba con la cabeza. Esto no podía ser, esto era una locura. No lo conocía de nada y encima estaba a punto de casarse.

## Capítulo 7

Seguíamos mirándonos, seguía rodeando mi cuerpo con sus brazos, y me sentía flotar, perdida en sus oscuros ojos. ¿Cómo podía hacerme sentir así con solo una mirada? ¿Cómo un hombre que no conocía podía llegar a tanto? Sus dedos acariciaban mi espalda, y deseaba no tenerla tapada con la tela del pijama para poder sentirlos en mi piel, percibir sus manos recorrer todo mi cuerpo y tatuar cada parte de él. No quería estar así, no quería que ese hombre llegara a más, no quería sufrir más por nadie y, si él no se iba, me estaría viendo —en unos meses— peor de lo que me había dejado Álvaro.

—¿Me dejas ir a la cocina? Necesito beber agua —pregunté de pronto y él sonrió asintiendo.

—No me había dado cuenta de que te tenía agarrada. Lo siento —se disculpó y me soltó.

Caminé con las piernas temblorosas hasta la cocina, saqué la botella de agua de la nevera y me serví. Sentí su presencia y miré hasta la puerta, y me dejó ver su cuerpo, apoyado en el quicio; sus ojos achinados intentaban averiguar algo más sobre mí y no sabía por qué, pero me sentía con la necesidad y las ganas de hacer lo mismo y saber cosas de él.

—Esto es de locos —susurré para mí, pero me escuchó y se acercó un poco más.

Quería salir corriendo, pero mis pies no se movían del sitio; mi cuerpo parecía anclado al suelo y el suyo estaba casi rozando el mío. Su aliento

mentolado chocó con mi cara, y fue acercándose, poco a poco, hasta que sus labios chocaron con los míos, y en ese momento sentí cómo mi cuerpo entero se estremecía. Solo bastaba un roce de sus labios para conseguir que cayera rendida. Por eso decía que esto era de locos: porque lo que comenzó como un calentón se estaba convirtiendo en un juego peligroso en donde yo sería la única que sufriría, porque él —después de aquí— se iría con su prometida y se olvidaría de mí. Pensar en ella fue la clave para separarme de él y darle su bofetada, pero seguía sin borrar esa sonrisa que me mataba, porque le daba igual que le pegara mil cachetadas, si después conseguía que mis labios y los suyos se pegaran de nuevo; porque le daba igual que le gritara, si después de eso, podría llegar a desnudarme y hacerme suya. No sabía si era eso lo que pensaba, pero sí lo parecía, o era lo que pensaba yo.

—Estás cogiendo una costumbre muy fea, Lara —habló con la voz ronca y, cuando oí de su boca mi nombre y cómo lo había dicho, me perdí y me abalancé sobre él, sobre su boca, y se la comí como ansiaba: mordiendo esos labios carnosos que tanto sonreían, queriendo dejarlos hinchados por mis besos.

Sus manos, en mis mejillas, acariciándolas, mientras que nuestros labios seguían dándose calor, y sentí un pinchazo donde no debía, en el sitio menos indicado, en ese sitio prohibido para mí. Quise coger fuerzas para separarme de él, pero no podía; el calor me abrasaba y sus manos ya volaban por todo mi cuerpo y me despojaban del pijama estúpido que había vuelto a ponerme como segunda piel. Él se hizo cargo de hacer que este pijama odioso se separase de mí, dejándome en ropa interior, pero poco duré así, y con maestría me quitó el sujetador y de un tirón hizo trizas mis bragas. Se separó de mí un momento y contempló mi cuerpo con deseo, deleitándose con lo que observaba. Entonces, dejé que lo hiciera y comencé a desvestirlo yo a él, quitándole primero la camiseta —lo que dejó su duro pecho a mi vista—; mis dedos rozaron su piel y vi cómo su vello se erizaba por mi contacto. Me hizo sentir satisfecha y sonreí complacida, pues ya no era él el único que conseguía eso; yo también lo

hacía.

—Esto no está bien —susurré con nuestros labios pegados, pero él hizo caso omiso y seguimos el beso, profundizándolo.

Me cogió en brazos y enrosqué mis piernas en su cintura; sus manos agarraron mis nalgas y las apretaba, a veces, y acariciaba, otras tantas. Así, en esa posición, nos dirigimos hasta las escaleras y las subió rápidamente.

—¿Cuál es tu habitación?

—La primera puerta.

Todo eran susurros, entre besos y lamidas, porque ya nuestras lenguas habían entrado al juego. Abrió la puerta de una patada, caminó despacio, sin parar de tocarme y besarme, hasta que caímos en la cama, con su cuerpo encima del mío. En esta posición, era mucho más placentero que anoche pues, de esta manera, podía sentirlo al completo, piel con piel. Su cuerpo desnudo... acariciaba el mío; sus besos, por todo mi cuerpo, me volvían loca y me hacían gemir desesperada por tenerlo dentro de mí de una vez por todas.

—Di... dime tu nombre, por favor. —Gemí y sentí su sonrisa. Estaba en mi estómago, bajando con su lengua, hasta que llegó a mi intimidad.

—Rubén —respondió y luego hizo que gritara de placer. Su lengua, ahí abajo, lamía mi clítoris, lo que me volvía completamente loca.

—Para, por favor, o terminaré antes —supliqué temblorosa, pues mi cuerpo ya estaba sintiendo los espasmos que el orgasmo experimentaba, pero Rubén no lo hizo, no paró y siguió con su tortura, con esa deliciosa tortura, hasta que grité de placer al llegar al clímax.

Subió e hizo que abriera mis piernas; de un empujón entró en mí y me llenó por completo. Decir que antes me sentía vacía era una locura, pero así era: antes de que Rubén llegara a mi vida, me sentía vacía. Y por eso mismo sentía miedo: porque no era normal, pues solo lo conocía del día anterior. Pero los dos encuentros que habíamos tenido ayer fueron tan intensos que me estaban haciendo delirar, y no podía negar que ese delirio era el que me estaba ayudando a enfrentar la situación que estaba a punto de vivir. Su cuerpo se

balanceaba y no paraba de entrar y salir a un ritmo dulce y precioso. Y yo no quería eso, yo quería que esto solo fuera sexo, únicamente un polvo de «si te he visto, no me acuerdo», no el ritmo que esto estaba cogiendo. Después de haber terminado, su cuerpo seguía encima del mío; nuestras respiraciones seguían agitadas, y así nos tiramos segundos, o quizá fueron minutos —no lo sabía con exactitud—. Se tiró a mi derecha y, sosteniéndose en su codo, se puso de lado, me miró y me hice la dormida; tenía los ojos cerrados, no quería mirarlo, no después de haber hecho lo mismo que anoche, después de haber cometido de nuevo la locura con un hombre que no era mío, que tenía dueña. Me sentía mal, muy mal; me sentía como si estuviera rompiendo una pareja, y no quería sentirme así.

—No te hagas la dormida, Lara. Sé que estás despierta —susurró en mi oído—. Si quieres que me vaya, solo tienes que pedírmelo, y me iré.

Abrí los ojos y lo vi sonreír: de nuevo se había salido con la suya. Mis ojos se clavaron en los suyos; me perdía en ellos de tal forma que su oscuridad me cobijaba como si fuera mi escondite, el que se convertía en mi favorito. Moví mi cabeza, con los ojos cerrados. No podía ser, esto no podía seguir, yo no era así. Lo de anoche había tenido un pase; yo estaba borracha y no sabía que tenía a alguien que se iba a casar. Pero lo de hoy no estaba bien: sabiéndolo y sin estar borracha, volví hacerlo.

—Rubén, esto no puede volver a pasar. Por favor, no vuelvas a buscarme —dije mirando hacia otro lado—. No me conoces de nada, no sabes nada de mí, y lo que yo sé de ti es que te vas a casar y que estás aquí conmigo mientras tu prometida te espera en su casa. —Se carcajeó y eso hizo que lo mirase con los ojos bien abiertos y con la mandíbula desencajada. ¿Qué se creía? Encima se iba a reír de mí.

—¿Qué te hace pensar que no te conozco de nada? —preguntó y fruncí el ceño—. Sí te conozco y más de lo que piensas. Sé que eres profesora y que, aunque te gusta tu trabajo, no te llena lo suficiente. Sé que adoras a Pablo Alboran, que es tu cantante favorito. Sé que tienes tu carácter; el carácter

andaluz corre por tus venas. Sé que no bebes, aunque anoche te pasaste... Sé muchas cosas de ti, Lara —expresó y yo no me lo podía creer—. También sé qué quieres ser policía y, aunque me consta que tienes ovarios para serlo, no me gustaría. No quiero que te hagan daño.

—¿Cómo sabes tantas cosas de mí? Solo nos conocemos de un día ¿y ya sabes tanto? ¿Me has investigado? ¿Acaso usas tus influencias de policía para ello?

—No, pero tu hermano habla mucho de ti, y el saber tanto hizo que mi curiosidad se incrementara —respondió nervioso.

No entendía nada. Esto no me estaba pasando a mí, esto no podía seguir. Este hombre debía salir de mi vida ya; no podía volver a verlo, no podíamos seguir con este juego peligroso.

—Yo también sé cosas de ti —hablé y llamé su atención, que en este momento recorría mi cuerpo de nuevo—. Sé que eres un pretencioso y un gilipollas que se cree que, con solo una sonrisa y con bonitas palabras, cualquier chica caerá a tus pies. También sé que te vas a casar y que seguro tu novia está loca por ti, pero eres tan cabrón que no puedes ver más allá de tu culo —sentencié e hice que su cara cambiara a una de cabreo.

—¿Todo eso te lo dijo tu hermano?

—No me hizo falta, yo sola me he dado cuenta. Es lo que pienso yo.

Alzó las cejas y se levantó como un resorte de mi cama; comenzó a coger su ropa y a vestirse. Lo había cabreado y, aunque no quería que acabáramos así, era lo mejor; él tenía que seguir su camino y yo, el mío. Cuando ya estuvo vestido, se paró por unos minutos, mirándome expectante, como si esperase que yo lo detuviese, que no lo dejara que se fuera. Pero no hice nada, solo quería que se marchara de mi casa, de mi vida, para siempre, porque esto no se podía repetir nunca más.

—Solo quiero pedirte disculpas por lo de anoche. Debí decirte que tenía novia, pero... pero no sé qué me pasó. Lo siento. —Y después de esas palabras, se fue. Salió de mi habitación y segundos después escuché el portazo

de la puerta de la casa. Se había ido, lo había echado, pero era lo mejor. Era lo mejor para todos, incluso para mí.

Me levanté de la cama y me fui al baño; necesitaba una ducha, necesitaba relajarme, pero no sabía si eso conseguiría algo, pues no lograba olvidarme de él ni de su mirada de decepción al decirle lo que pensaba. La cuestión era si lo consideraba de verdad o no. No lo sabía, no sabía si realmente pensaba eso de él, o si simplemente había sido mi subconsciente el que hizo que le dijera eso para que la coraza de mi corazón no se rompiera.

Cuando terminé de ducharme, salí del baño y me dirigí al armario. Iría a ver a mis amigas, les debía una disculpa por lo de anoche; me había ido y no las había dejado ni siquiera hablarme. Me vestí y salí de mi habitación; bajé las escaleras, cogí mis cosas y salí al frío de Madrid. Hoy hacía bastante frío y era de esos días en los que, con pijama y la manta, ver una película me gustaba más, pero no podía hacerlo. Tenía que ir a ver a las chicas, así que, sin más, me metí en mi Micra y arranqué en dirección a la casa de mis locas amigas, ya que estas vivían juntas. Compartían piso desde hacía más de dos años y, a veces, me entraban ganas de irme con ellas. Y creo que al final acabaré con ellas.

## Capítulo 8

Llevaba bastantes minutos en el coche, aparcada delante del apartamento de mis amigas, pero algo me decía que no debía entrar aún y, por loco que pareciera, era la primera vez que le hacía caso a mi subconsciente, así que por eso estaba sentada en el coche. Puse la radio para entretenerme mientras, y la música de Carlos Rivera inundó mis sentidos. Era de esos cantantes que, con solo oír la primera palabra, te llevaba a otro mundo; por eso él, junto con mi Pablo Alboran, eran mis cantantes favoritos. La canción «Otras vidas» sonaba y, por instinto, o no sé muy bien por qué, los ojos oscuros de Rubén entraron en mi mente para volverme loca. No sabía qué me pasaba con él, no sabía qué sentía cuando escuchaba de sus labios mi nombre, no sabía qué sentí cuando se hubo ido de mi habitación y hube visto cómo lo hacía, mirando sus ojos tristes. Pero ¿por qué?, ¿por qué un hombre como él había aparecido en mi vida?, ¿por qué con solo un día la había puesto patas arriba?

En ese momento, mi vista se clavó en el portal del edificio, y Silvia salía de ahí. No podía creerlo. ¿Qué hacía Silvia en casa de mis amigas?, ¿qué quería esa individua ahora? Las cosas se estaban complicando demasiado, y ya me estaba viendo de patitas en la calle. Después de todo, ¿acaso era yo la culpable de todo? Parecía ser que sí, puesto que, si me hubiera dado cuenta antes de las intenciones de mi amiga, no la habría metido en mi casa, en mi hogar y, por consiguiente, en mi cama.

«Pero qué estúpida eres, Lara Molina. ¿Cómo pudiste dejar que pasara?»,

me regañé a mí misma.

Cuando vi cómo Silvia desaparecía de mi vista, me bajé del coche y me encaminé hasta el portal de mis amigas. Subí las escaleras, pues estas vivían en la primera planta, así que no entraría en el ascensor. Llegué a su puerta y toqué el timbre; esta se abrió a los tres segundos. Belén estaba delante de mí, mirándome con cara de mala leche, y ya me imaginaba lo peor —a saber: lo que la tonta de Silvia les había contado—. Me observaba, pero no me invitaba a pasar, y ya me estaba desesperando. Luisa vino a mi rescate: me cogió del brazo, me metió en el interior del apartamento, y todo bajo la atenta mirada de Belén.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Belén de mala manera.

—Hola a ti también, cuñadita —respondí con el mismo tono.

—Parar las dos, y tengamos la fiesta en paz —habló neutral Luisa.

Nos matábamos con la mirada, y lo peor era que no sabía por qué pero, si ella lo hacía, yo no me iba a dejar amedrentar por ella, ni por nadie. Ya estaba harta de ser la tonta del grupo, estaba harta de que me trataran como si fuera estúpida: estaba harta de todo. Y si Silvia lo quería separarme de mis amigas y de mi familia, esperaba que no lo consiguiera, porque entonces sí que me iba a conocer.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo? —pregunté algo más cabreada. No quería sonar así, pero parecía que había sido por instinto.

—Encima eres tú la cabreada. Manda cojones, Lara, ¿cómo puedes tener el descaro de estar así? Después de lo que pasó anoche... ¡Joder, Lara! ¡Te acostaste con un tío comprometido! ¿Es que perdiste la cabeza? Desde luego es que los cuernos te han sentado fatal... —terminó por decir, pero se calló de pronto al saber que había metido la pata hasta el fondo. Yo no le respondí, únicamente me acerqué al sofá y me senté. Ni siquiera la miraba, solo resoplaba, cabreada conmigo, con todos, con el mundo, y no debía estar así, puesto que yo solo era una estúpida que se había enamorado del hombre equivocado, del muchacho que no había sabido valorarme y que se había ido

con la primera fulana que se puso por delante. Y después apareció Rubén, ese estúpido policía con voz sensual que... que me ponía cardíaca cada vez que me miraba y que, sin saberlo, me había follado anoche —y bueno, esta mañana, ya sabiéndolo—, pero es que era débil. Estaba débil y falta de cariño.

—Lo siento, Lara, no quise decir eso —se disculpó, pero yo ya estaba a moco tendido.

—No lo hagas. Tienes razón en todo lo que has dicho y sé que lo hice mal, que estuvo mal, pero te juro que no lo sabía, no sabía que Rubén está comprometido, aunque...

—Aunque ¿qué? Además, ¿ya sabes cómo se llama? Anoche no tenías ni idea —soltó de pronto Luisa que, hasta el momento, estaba al margen de todo.

Me quedé mirándola, luego a Belén, pero mi boca no articulaba palabra; parecía que me había comido la lengua el gato o que me la había arrancado y la había tirado a la basura junto con mi orgullo de mujer cornuda... Joder, si era que yo misma me decía las cosas, si era yo la patética, tan patética que me dejaba llevar por un desconocido.

—Lo has vuelto a ver, ¿verdad? —afirmó Belén y yo asentí con la mirada en el suelo—. ¿Cuándo?

—Al mediodía, aunque antes recibí dos visitas más, y estoy en apuros, chicas. El policía no es ahora el mayor de mis problemas, creedme —respondí haciendo una mueca de disgusto.

Mis amigas se sentaron a mi lado y me cogieron de las manos. Yo sabía que ellas estarían para mí y que, si estaban enfadadas, no les duraría mucho, pues a mí con ellas me pasaba lo mismo. Nos queríamos demasiado para que alguien nos separara por gusto propio; éramos familia, éramos hermanas.

—Silvia estuvo aquí... antes de que tú llegaras —declaró Belén—. Vino a darnos esto y a ponerte a caldo también, pero sobre todo para esto —afirmó al tiempo que me entregaba un sobre.

Lo cogí con manos temblorosas y le di la vuelta para leer lo que tenía grabado. Unas lágrimas estúpidas salieron de mis ojos; yo ya sabía que eso

pasaría, pero algo en mí no quería creerlo. Pero ahí estaba, lo tenía en mis manos: su invitación de bodas.

Nos complace invitarlos a nuestro enlace matrimonial. Tendrá lugar en la iglesia de San Jerónimo, el día 22 de abril, a las cinco de la tarde...  
Álvaro y Silvia.

No quise leer más, no quería saber más sobre ese «enlace de mentira». No quería hablar más de ellos y de cómo habían jugado conmigo. Belén cogió mi cara y limpió mis mejillas con sus pulgares; no me iba a dejar caer. Ellas estarían para ayudarme a superar todos los baches que la vida me estaba poniendo; sin ellas no sabía qué sería de mí, ni dónde o con quién estaría.

—No llores más, no se lo merecen... Ninguno de los dos merece que estés así. Tú vales mucho, Lara, y eso es algo que tienes que ver por ti misma y, por lo visto, alguien más lo vio —expuso con picardía.

—No tienes remedio, Belén, y yo menos. ¡Joder! Me he acostado con él dos veces y es un gilipollas, pero un gilipollas que hace que mi cuerpo le pida a gritos sus atenciones —afirmé respondiendo a su comentario—. Creo que me volví loca después de lo del gilipollas de mi ex.

Las tres soltamos una carcajada y nos abrazamos. Me sentía mejor ahora, que lo había soltado todo. Me quité un gran peso de encima y todo gracias a ellas, que eran las mejores amigas que me pude haber cruzado en el camino, y no las cambiaba por nada ni por nadie. Después de eso, llegó la hora de cenar y yo, desde ayer, no comía nada, así que Belén pidió unas pizzas y me quedé con ellas; también me obligaron a quedarme a dormir. Un rato después de haber pedido las pizzas, llegó el repartidor y no las entregó. Cenamos tranquilas, hablando de todo un poco. Era una noche de chicas y me sentía tranquila; me estaban ayudando a olvidar el tema «casa y Rubén» y tenía que agradecerse a ambas ya que, si no hubiera venido hacía unas horas, ahora estaría recogiendo mis cosas para irme de mi casa, algo a lo que se negaron en rotundo, diciéndome que me ayudarían a conseguir quedarme con mi casa.

Porque era eso, mi casa, y de ahí no me podía echar nadie y menos mi exmarido, después de revolcarse con otra.

—Lara, ¿qué piensas hacer con lo del trabajo? ¿De verdad quieres ser policía, o solo es porque conociste a Rubén? —preguntó Luisa, lo que hizo que me lo piense, pues no lo sabía. No sabía si era porque quería hacerlo o porque había conocido a Rubén.

—No lo sé, no sé nada desde ayer... Me siento perdida, como si ese hombre hubiera entrado en mi organismo y no quisiera salir. Es... es como cuando coges un virus; lo único es que él es un virus agradable y también hace que caiga en la cama —respondí, por un momento, sería, pero después quise quitarle un poco de hierro al asunto, ya que mis amigas me estaban mirando raro, como si yo estuviera loca, y lo que les decía era una auténtica locura.

—Lara, a nosotras no nos engañas. ¿Lo sabes, verdad? —preguntó Belén y asentí al sentirme ridícula—. ¿Te gusta ese hombre?

—Más que el chocolate —respondí y las hice reír—, pero es extraño. Él es rudo, un hombre de esos que te sacan de quicio, pero tiene la maldita maña de hacer que me guste así, tal y como es... Diréis que estoy como una puta cabra, pero solo lo conozco de dos días y ya pienso en él a todas horas. No sé qué coño me hizo; ¿será que me hizo brujería? —afirmé burlándome.

Me levanté y fui hasta la nevera. Tenía la boca seca y era que, cada vez que pensaba en él, se me secaba, como si llevara días sin beber nada. Era increíble lo que provocaba en mí solo con pensarlo, solo con ver su mirada. ¿Por qué yo?, ¿por qué a mí? ¿Es que no había más mujeres en este mundo? Porque, para un revolcón, servía cualquiera, pero yo... yo era de las que querían relaciones largas, con tres hijos y con una casa en la playa. Sí, en la playa, porque quería vivir en Almería, y no creía que demorara mucho más en hacerlo; incluso podría llegar a un acuerdo con Álvaro, vendiéndole mi parte y comprándome un apartamento allí, aunque también podría vivir con mi nona. Ella era mi abuela, pero se llamaba Magnolia y no le gustaba y, como tampoco quería que le dijéramos «abuela», empezamos a decirle «nona». Volví a

sentarme con las chicas, con una cerveza en la mano, y la miré a ambas.

—Quiero vivir en Almería —dije y ambas me miraron como si ya hubiera perdido la cabeza del todo.

—¿Qué dices?, ¿te has vuelto loca? —Negué, por primera vez tenía algo claro en la vida: me iría a Almería y cogería allí una plaza de profesora en otro colegio. Sabía que las cosas estaban mal, pero a lo mejor tenía suerte o, si no, también podía hacer las oposiciones a policía. Pero lejos, lejos de todos, de mi pasado, de él. Era lo único que quería: separarme de la tentación. Porque Rubén, para mí, era una tentación y no quería que esto se convirtiera en un juego, en el cual solo él se divertiría, porque sabía que yo acabaría enamorada y tirada como un trapo sucio, y no estaba dispuesta a pasar por lo mismo otra vez. Eso nunca.

## Capítulo 9

Las dos me miraban, esperaban una respuesta clara que las convenciera, pero es que no tenía que convencer a nadie, simplemente quería irme, pasar página y esperar... esperar a la segunda oportunidad que la vida siempre te regala después de un fracaso; esa oportunidad no me había llegado todavía y, si no la conseguía aquí, lo haría en Almería. Antes de responderles, se escuchó el timbre de la casa, y Belén fue a abrir la puerta; no sabía quién era, pues no esperaba a nadie, ya que mi hermano estaba trabajando. Tras abrir, entró mi hermano, Cristian y él; los tres venían uniformados y, cuando sus ojos y los míos se encontraron, mi corazón se paralizó. ¿Por qué me ponía así? Su mirada era de preocupación y vi la intención en su cuerpo; quería acercarse a mí, pero no podía. Entonces, mi hermano corrió hasta a mí e hizo que me levantara para supuestamente comprobar que estaba bien; no entendía nada.

—Eh, ¿qué pasa? Estoy bien —hablé nerviosa mientras cogía la cara de mi hermano. Tenía la mirada perdida y los ojos aguados; me estaba asustando—. Martín, me estás asustando, en serio. Dime que pasó, ¿por qué estáis aquí? —pregunté, lo que hizo que me mirara.

—Estás bien, estás aquí...

—Martín, por favor, habla de una vez.

—Lara —intervino Rubén y lo miré—. Creímos que estabas muerta —expresó y frunció el ceño.

—¿Muerta? Pero ¿por qué habéis pensado eso? Llevo aquí toda la tarde, y

esta mañana... —callé, no quería que mi hermano y su mejor amigo supieran que habíamos estado juntos.

Belén fue a la cocina a preparar una tila para mi hermano. Este estaba tan nervioso que no podía siquiera hablar conmigo, ni mirarme; estaba temblando de miedo y no me gustó verlo así, y menos por algo que no había pasado. ¿Muerta?; no me lo podía creer. ¿Cómo habían pensado eso y por qué? Mi cuñada llegó con la tila en las manos y se la dio a mi hermano; este la cogió y se sentó en el sofá, pero prácticamente tiró de mí para que me sentara junto a él.

—Rubén, explícame qué ha pasado, por favor —pedí con la voz temblorosa.

Mi hermano tenía agarrada mi mano derecha y la apretaba tanto que tuve que pegarle para que reaccionara; estaba totalmente ido y de verdad que estaba muy asustada. Entonces, me miró y rompió a llorar, todo esto antes de que Rubén me hubiera contado todo.

—Tuvimos un aviso. Por lo visto, hallaron tu coche envuelto en llamas, en un descampado; como no te encontramos por ninguna parte y os llamamos a las tres y nada, pues nos temimos lo peor —explicó y no lo podía creer. ¿Quién podría haber hecho eso? Robaron mi coche y le metieron fuego. ¿Cuál era su cometido?, ¿acabar conmigo? Me estaba asustando y Rubén se dio cuenta, ya parecía saber mis estados de ánimos, pues con él había tenido varios.

—Perdónanos; las tres apagamos el móvil. Necesitábamos una tarde de chicas, sin novios pesados, amigos babosos y policía tentadores —respondió Belén y, cuando lo hizo, Rubén me miró con un aire de picardía, me sonrió, y sentí que moriría de verdad, pues era la sonrisa más perfecta que había visto en mi vida—. ¿Ves lo que te digo? —preguntó mirándolo a él, al policía de mis sueños. Este negó y se dio la vuelta para irse.

Salió de la casa y Belén me hizo una señal con la cabeza, instándome a buscarlo, pues el pobre parecía preocupado por mí de verdad. Me levanté bajo la atenta mirada de mi hermano, pero mi cuñada se sentó a su lado para

que no pensara en mí. Escapé del apartamento y bajé las escaleras; salí a la calle, y el frío y la lluvia me dieron de pleno. Ni siquiera sabíamos que estaba lloviendo. Al salir, lo busqué con la mirada, hasta que lo vi caminado hasta el coche patrulla. Corrí hasta él y le grité para que esperara; no quería que se fuera así y no sabía por qué, pero necesitaba besarlo, necesitaba cobijarme entre sus fuertes brazos, que me librara de tanto demonio suelto que pretendía hacerme daño.

—¡Rubén espera! —grité varias veces, hasta que me escuchó y paró en seco, justo antes de arrancar el coche. Se bajó del vehículo y corrí hasta él.

Cuando lo alcancé, me aferré a él, a su cuerpo; me aferré y no quería salir de entre sus brazos. Me estaba volviendo loca, pues no debía estar sintiendo eso, no tan pronto, no así, pero había sido un flechazo, ¿o qué había sido? No lo sabía, solo sabía que lo necesitaba y que no quería que se casara. Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron. Su mirada estaba clavada en la mía; sus labios buscaban los míos, y me besó. Me besó dulcemente y, de todos los besos que me había dado en tan poco tiempo, este, sin duda, era el mejor, y no quería que acabara nunca. Pero esto era una locura, una auténtica y tentadora locura que acabaría con mi cordura y me perdería totalmente, sin saber ni quién era ni lo que era. Solo sabía lo que quería hoy; ya veríamos qué pasaba mañana.

Al separarnos, nos miramos y me sonrió; me mataba más si podía. Entonces, en ese momento, pensé que no debía seguir con el juego, que no debía sentir nada por él, que iba a sufrir demasiado viendo cómo se casaba con otra, viendo cómo unía su vida a otra mujer. Y yo me quedaría sola y hundida del todo, porque no lo soportaría, así que esto me hizo dar cuenta de que irme a Almería sería una buena idea; irme por un tiempo, hasta que se me quitara la tontería de pensar en él, hasta que me olvidara de su sonrisa y de sus besos, los pocos besos que en dos días me había dado y que tanto me habían llenado. ¿Era posible? Hay quien dice que el amor a primera vista no existe, pero yo creo que sí, y aquí estaba la prueba de ello.

—No sé qué me pasa contigo —susurró con nuestros labios pegados—. No es posible que, con solo verte una vez, una sola vez en mi vida, ya no pueda apartarte de mi mente.

—A mí me pasa lo mismo, pero...

—¿Pero? —preguntó—. Ya... lo sé y lo siento. ¡Joder!, de verdad que no contaba con esto, no contaba con conocerte algún día, no contaba con que al verte me pasaría esto —expresó y yo sentí desfallecer.

—Lo siento, Rubén, pero hoy será la última vez que me veas —hablé nerviosa y me miró con el ceño fruncido mientras negaba—. Me voy, ya lo tengo decidido, y me acabo de dar cuenta de que es lo mejor para los dos, para mí. Porque tú te casarás y yo... yo pasaré a segundo plano en tu vida, y no quiero sufrir, no más. Lo siento. —Me separé de él y me di la vuelta para regresar a casa de mis amigas; necesitaba que Belén o Luisa me llevaran a mi casa para coger mi ropa. Mañana, a primera hora, me iría, y nada ni nadie me haría cambiar de parecer.

Entré en el apartamento y mi hermano estaba en el mismo sitio, desde que salí a la calle. Las chicas, al verme empapada, vinieron hasta mí, aunque no solo por eso, sino porque había entrado con la cabeza gacha y apenada; incluso podría jurar que tenía alguna que otra lágrima rodando por mi mejilla, pero no lo sabía, pues —si era así— se mezclaban con las gotas de lluvia. Mi hermano se levantó para hablar conmigo, pero mi cuñada lo paró.

—No es el momento cariño. Déjala que descanse y mañana veremos todo con más claridad ¿sí? —dijo Belén.

—Pero necesito hablar con ella.

—Pero nada, Martín. Por favor, deja que ella misma hable contigo; hoy necesita estar sola. Iros. Si pasa algo, os aviso, ¿vale? —sentenció y echó a mi hermano y a Cristian, que no habló desde que llegaron, y lo agradecí. La verdad no me interesaba lo que él dijera.

Cuando por fin consiguieron echarlos, ellas me ayudaron a sentarme y a secarme, pues yo estaba totalmente ida. No lo entendía, no podía llegar a

entender cómo fue que había pasado todo esto en solo cuarenta y ocho horas. Y es que... ¿en qué momento comenzamos a sentir lo que sentimos? Yo creía que, desde que lo hube visto por la mañana y me puso la multa, ya no pude apartarlo de mi mente y luego sentirlo dentro de mí, mientras acariciaba mi piel. Después de estar un rato mirando a la nada, me levanté como si nada y cogí algo de ropa del ropero de Luisa, ya que ella y yo teníamos más o menos la misma talla. En cambio, Belén era mucho más delgada. Sin decir nada, no podía ni quería hablar, y ellas me entendían y respetaban, algo que agradecí, aunque también sabía que no iba a durar mucho el silencio que compartíamos las tres.

—¿Podéis llevarme a mi casa a recoger mis cosas? —pregunté e hice que ambas se sobresaltaran, pues no me habían visto salir de la habitación.

Belén se levantó y se acercó a mí; agarró mis manos, y luego me abrazó. Yo no quería que sintieran pena por mí; no tenían por qué. No se había muerto nadie; lo único que pasaba era que el hombre que me gustaba estaba comprometido y se iba a casar. Solo eso.

—Lara, podemos ir mañana; no hace falta que salgas hoy. Almería no se va a mover de Andalucía, cariño —respondió Belén con dulzura, pero negué. Yo quería escapar hoy mismo.

—Lo siento, pero necesito irme ya, necesito salir de aquí.

—Estás huyendo y eso es de cobardes —rebatí de nuevo.

Me encogí de hombros y comencé a coger mi bolso para irme yo misma. Si no me llevaba, cogería un taxi, y todo arreglado. Si no podían entender mi necesidad de huir, de escapar de lo que se me presentaba de pronto, era porque realmente no me conocían. Me acerqué a la puerta y Belén me cogió del brazo y tiró de mí.

—¡Joder, Lara! Espera, ya vamos. ¡Qué pesada eres!, no puedes aguantar hasta mañana, como todo el mundo. Tiene que ser ahora, enseguida.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —respondí con un poco de pena. No se merecían que las tratase mal, pero me salía solo. Estaba un

poco desganada, y la culpa era mía por fijarme en quien no debía.

El amor es el sentimiento que todos buscan, pero es tan bipolar que, a veces, queremos que se vaya, que se largue y que no vuelva más... Pero eso se te olvida cuando te enamoras de esa persona, de la que estabas esperando, y yo no sabía por qué, pero tenía la sensación de haberla encontrado, aunque en un momento negativo para ambos, así que lo mejor era desaparecer por un tiempo, solo hasta que las cosas se calmaran, solo hasta que pudiera volver a mirarlo y no sintiera la tentación de correr hasta sus brazos y besarlo.

—Está bien, vamos, pero hoy no te irás: primero tienes que hablar con tu hermano y despedirte de tu padre. No creo que le haga mucha gracia que te vayas sin despedirte, y mucho menos sin decirle el motivo —habló Luisa y asentí. Tenía razón: eso sí que lo haría.

—Pues vamos a mi casa, cogemos mis cosas y luego me dejáis en casa de mi padre. Dormiré esta noche allí y, si mi hermano quiere, que venga también, así mato dos pájaros de un tiro. —Después de eso, salimos del apartamento y, en el coche de Luisa, fuimos hasta mi casa para poder recoger mi ropa.

Al llegar, aparcó y las tres salimos del coche; caminamos hasta mi casa, y abrí la puerta. Todo estaba en silencio, todo a oscuras: así estaba mi hogar desde hacía meses. Y esa etapa de mi vida aún no la tenía superada. Yo creo que por eso sentía cosas por Rubén, pues me había pillado bastante vulnerable, y eso había facilitado las cosas. Aunque tampoco podía echarle la culpa a eso por mi falta de cabeza, pues tenía que haber estado más atenta y no estaría ahora así, triste y a punto de irme, a punto de dejar mi hogar para siempre, a punto de dejar mi vida atrás por un buen tiempo.

## Capítulo 10

Mis amigas entraron tras de mí y Luisa encendió la luz, ya que no se veía nada; ya era de noche. Al hacerlo, subí las escaleras y fui hasta mi habitación para meter el máximo posible de mis cosas en una maleta, pues esta noche ya no dormiría aquí y tampoco volvería, así que ya tenía que llevarme todo. La cogí del altillo y comencé a vaciar el armario y metí la ropa sin doblar. Sabía que así no me iba a caber nada, pero estaba tan agobiada y desesperada que me daba igual que las prendas llegasen arrugadas o que tuviera que coger tres bultos más; de igual forma, me iría en coche a Almería. Menos mal que Luisa me había dejado el suyo, ya que el mío estaba calcinado. Cada vez que lo pensaba, me cabreaba, pues ese coche me había costado mucho esfuerzo y trabajo duro durante bastante tiempo.

En ese momento Belén entró en la habitación. Al ver mi desesperación, se acercó a mí y me abrazó por la espalda; quise zafarme de su abrazo, pero me lo impidió.

—Para, Lara, tienes que tranquilizarte. Nunca te había visto así, ¿qué te ocurre? ¿Es por él?, ¿por el policía? —preguntó una vez me di la vuelta para mirarla.

La ignoré y seguí en mi tarea. Ya no aguantaba más estar entre esas cuatro paredes; la casa me asfixiaba, y todo por los recuerdos porque, entre estas cuatro paredes, había sido feliz con Álvaro por mucho tiempo y, después, también había estado con Rubén, hecho que me martirizaba aún más.

—Déjame, Belén. Tengo que recogerlo todo, tengo que irme lo antes posible de aquí —respondí sin mirarla.

Ella quiso pararme, quiso que le dijera qué me pasaba, pero es que ni yo misma sabía qué me pasaba, no me entendía ni yo. Tampoco podía decir que me había enamorado de un desconocido; eso era totalmente imposible. Pero por algo huía, ¿no? Yo no era una cobarde, ni siquiera le tenía miedo a Silvia, ya que me había amenazado con sacarme de mi casa con una orden del juez. Todo eso me jodía, pero me daba igual pues, si un juez dictaminaba que tenía que abandonar mi hogar, lo haría; no podía quedarme en esta casa, en donde tantos recuerdos me martirizaban día a día. Porque, aunque había sido muy feliz aquí, también había sido desdichada, también había sido testigo del hundimiento de mi matrimonio, y eso era algo que nunca iba a olvidar y, si me quedaba en esta casa, menos.

—Lara, tranquila, por favor. Yo te ayudaré en lo que haga falta, pero no tienes por qué irte de aquí... Estamos nosotras, tu familia. Joder, ¿no te vale eso para quedarte? —propuso y asentí.

—Belén... No me voy porque esté mal con vosotros, me voy porque lo necesito, necesito pasar página, necesito vivir otra vida. Aquí me ahogo —respondí tranquila—. No te preocupes, solo me iré por una temporada. No te creas que te voy a dejar sola con todos los preparativos de la boda; ¿estás loca? Además, mi hermano es muy cansino, así que tampoco dejaré que lidies con él tú sola, cariño —expuse y sonrió.

Por fin le hacía ver las cosas como yo las veía, únicamente necesitaba un voto de confianza, aunque solo fuera por su parte, ya que sabía que mi padre se iba a oponer a que me fuera con mi nona. Pero me daba igual, ya era mayorcita para estar pidiendo permiso y, sí o sí, me iría.

Después de media hora, en las que casi eché a mis amigas de mi casa, se fueron. No querían dejarme sola ni a sol ni a sombra, pero al final conseguí que se fueran y me dejaran sola para recoger lo poco que me quedaba; aunque se fueron obligándome a prometerles que me iría a dormir a la casa de mi

padre, ya que no se fiaban de Silvia. Pero no les haría caso pues, siendo mi última noche, la pasaría en la que había sido mi casa durante cinco largos años, en los que había compartido muy bellos momentos con mi ex y en los que había sufrido también. Creía que dejar la casa era lo mejor que iba hacer, después de todo, pues sabía que, si me quedaba y luchaba por ella, iba a sufrir aún más, y mi cuerpo y mi corazón no estaban preparados para eso. Necesitaba descansar de una vez y por un tiempo.

Cuando terminé de guardar todo en varias maletas y dos cajas, comencé a bajarlas al salón para después meterlas en mi coche. Salí para comprobar que ya no llovía; menos mal que ya había escampado. Iba con dos bultos en mis manos y me acerqué al coche de Luisa; lo abrí y las guardé en el maletero. Este coche era más grande que mi Micra, y me cabría todo. Volví a entrar en la casa para coger las otras maletas y, al salir, una mujer rubia y embarazadísima estaba echada en el capó del vehículo. Algo me dio mala espina pues, aunque no la conocía, no me inspiraba confianza. Me acerqué ignorándola y volví a meter las maletas en el maletero; una vez guardadas, me la quedé mirando, pues no se iba y no entendía qué quería, ya que ni nos conocíamos.

—Perdona, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunté mientras me acercaba a ella.

—¿Eres Lara Molina? —respondió preguntándome. Asentí—. Soy Lucía, la novia de Rubén.

Cuando dijo su nombre, paré en seco. Nunca me habría imaginado recibir la visita de esta mujer, ya que se suponía que ella no sabía nada de lo que había pasado entre su prometido y yo. Y si se enteró, puede que se lo hubiera dicho la misma persona que había quemado mi coche, o ella misma podría haberlo quemado cabreada. Estaba echa un lío y, en vez de estar tranquila, estaba a punto de explotar y no quería pagarlo con ella, pues el último culpable era él. Bueno, yo también lo era, pero solo por muy poco. Él me sedujo, yo no hice nada. Yo soy soltera y no le debo cuentas a nadie; en cambio, él era un cabrón que, aun estando comprometido con una mujer un poco embarazada, la había

engañado conmigo y se había aprovechado de mi vulnerabilidad para volver a conseguirlo.

—¿A qué debo su visita? —pregunté un poco intrigada.

Me sonrió con malicia, y eso me hizo ver sus malas intenciones en la visita. Al ver que no respondía, me di la vuelta para volver al interior de la casa; tenía que sacar las cajas y ya lo tendría todo guardado. Cuando iba entrar, me llamó.

—Quiero que dejes de verlo... por tu bien. Deberías hacerme caso —escupió cabreada.

Me di la vuelta y la miré con el ceño fruncido. ¿Qué se creía? No iba a venir a darme órdenes, ella no era nadie, y el dejar de ver a Rubén era algo que ya tenía más que decidido, pero lo hice por mí, no por ella. Caminé en su dirección y me acerqué lo más posible para que me escuchara; no me iba a dejar vacilar por nadie y menos por ella.

—¿Quién te crees que eres para venir aquí y darme órdenes? Será mejor que te vayas. Yo, que tú, me haría caso —respondí con el mismo tono que ella.

—Te sientes importante, ¿verdad? No eres nadie para él, únicamente un polvo de una noche y nada más. Pero, después, siempre volverá a mí, siempre lo hace, ¿y sabes por qué? —preguntó y yo negué, aunque no tenía ganas de oír nada más—. Porque él está atado a mí y siempre lo estará; porque este hijo es suyo y será su orgullo y no va a dejar atrás por lo que ha luchado por estar con alguien como tú, alguien que no consiguió retener ni a su propio marido. ¿Tú crees que alguien tan insignificante puede arrebatarme lo que es mío?

—Veo que te lo tienes muy creído y que muy pronto te caerás de esa nube de algodón en la que seguro tu familia de ricachones te tiene alzada. No esperes que haga las cosas por ti; si yo decido dejar de ver a alguien es porque a mí me da la gana, no porque una niña consentida me lo diga —suspiré—. Ahora, si no te importa, tengo cosas más importantes que hacer que estar perdiendo mi valioso tiempo contigo. Adiós —sentenció y me despedí para luego darme la vuelta y volver a mis quehaceres.

Al entrar en casa, cerré de un portazo y pegué mi espalda a la puerta. Me sentía humillada, más que cuando me había enterado del engaño de Álvaro. Lo único que no entendía era por qué me sentía así. No debía, no tenía derecho a esto.

—Está embarazada, encima está embarazada. Será cabrón. ¿Cómo se le ocurre jugar así conmigo? —susurré en la misma posición.

Me fui hasta la cocina y cogí una lata de Coca Cola; sería la última que me bebería en mi casa. Caminé hasta el salón y me tumbé en mi sofá, ese que tanto me había gustado el día que había redecorado la casa. Podía ver cada momento que guardaban estas cuatro paredes, como si estuviera viendo una película en directo. Cerré los ojos y recordé... Era lo único que no me había quitado nadie y que no dejaría que me quitaran.

*—Cariño, acabo de ver en una revista un sofá que ¡uf! —dije suspirando. Álvaro cogió la revista y me miró a mí; sonrió y ya sabía yo lo que esa sonrisa significaba.*

*Habíamos terminado las obras, pues la casa estaba bastante anticuada y, al casarnos, decidimos hacerlo para vivir más cómodamente. Además, preparamos una habitación cerca de la nuestra, ya que nuestra mayor ilusión era ser padres. Ese día, después de haber almorzado, decidimos ir a comprar el sofá que tanto me había gustado; aunque yo sabía que a él también le gustaba, realmente lo compraba por mí, pues siempre decía que —con solo ver mi sonrisa— haría lo que fuera que me hiciera sonreír así y poder verlo él día a día. Estábamos muy enamorados y muy felices y, la verdad, el habernos casado— después de dos años de noviazgo— lo que hizo fue afianzar la relación entre nosotros. Todo el mundo decía —incluida mi mejor amiga Silvia— que, una vez casados, se perdería la magia de cuando éramos novios, que ya no se comerían las mismas locuras por amor, ya no más detalles porque sí, ya no más «Te amo» y besos de buenas noches. Esas cosas — que supuestamente solo se hace de novios—, con el matrimonio, se pierden, y creo que por eso yo seguía feliz, pues a nosotros esas tonterías*

*que decían no nos había pasado: seguíamos siendo igual de pegajosos y empalagosos.*

Recordar ese día hizo que unas lágrimas traicioneras salieran, pero me las limpié de inmediato. No iba a llorar más por alguien que no merecía la pena, por alguien al que no le había importado dejarme tirada después de todo lo que habíamos pasado. Porque no había tenido los cojones de seguir adelante, porque se había ido por la vía fácil, dejándome pisoteada y hundida. Pero algo tenía muy claro: no iba a dejar que viera cómo me sentía, no iba a dejar ver mi dolor. Yo sería feliz y, si no era en Madrid, pues sería en Almería con mi nona.

## Capítulo 11

Esa noche dormí ahí, en el sofá, mi sofá preferido, y era la primera noche, desde meses, que dormía de verdad. A la mañana siguiente, me levanté muy temprano, tenía que ir a casa de mi padre para poder despedirme de él y de mi hermano. Menos mal que de las chicas me despediría en el bar de Luisa; allí había quedado con ellas para almorzar, para luego, por la tarde, emprender camino a Almería, camino hacia la libertad y, a lo mejor, incluso, hacia la felicidad, algo que no se sabía, pero que se intentaría. Cuando terminé de desayunar, caminé hasta las escaleras que daban a las habitaciones; iría a ducharme antes de salir, pues sería la última ducha que me iba a dar en mi casa. Pero, antes de subir el primer escalón, llamaron a la puerta y bufé desesperada, pues podría ser Silvia de nuevo, para echarme, y no tenía ganas de discutir. Me acerqué a la puerta y la abrí. No me lo podía creer, no podía creer que estuviera, frente a mí, el dueño de mis dolores de cabeza. ¿Qué querría otra vez? Yo lo único que quería era irme y pasar página, olvidarme de todos y de todo.

—¿Qué haces aquí? No deberías de haber venido; tu novia podría verte y...

No me dejó terminar, pues sus labios ya estaban tapando los míos, besándome con pasión, llenando mi alma de remordimientos, unos remordimientos placenteros y que me llevaban al mismo cielo. No podía descifrar lo que mi cuerpo sentía cuando sus manos me tocaban; no podía decir con exactitud lo que mi pecho sentía cuando sus labios me besaban, y —

lo peor de todo— no quería saberlo pues, de hacerlo, sufriría y eso era lo que menos quería. Nuestros labios no se separaban, solo querían estar unidos, y nuestros cuerpos ya estaban deseosos por estar igual, unidos en uno, como si solo existieran ellos, excitados, latiendo a mil por hora. Me cogió en brazos y me subió hasta mi habitación. Por más que yo quería parar, no podía. ¿Por qué no podía?, ¿qué me pasaba con este hombre?, ¿qué tan loca me estaba volviendo por él? Esto se estaba convirtiendo en un juego muy peligroso y lo único que yo quería era desaparecer, pero algo dentro de mí me decía que me quedara, que no me alejara de él, pero no podía. Eso lo pedía mi cuerpo, pero no mi cabeza.

—No te vayas, por favor —susurró en mi oído al separar nuestros labios.

Mi corazón latió desbocado y nunca, nunca me había latido de tal manera. No lo podía permitir. Nuestros encuentros habían sido solo sexuales y en solo pocos días, y no debía permitir que mi corazón latiera así por una simple petición que, después de todo, me haría sufrir a mí. Me separé de él para poder poner distancia entre ambos; eso hizo que me mirase incrédulo porque lo hiciera, como si pensara que caería a sus pies por unas pocas palabras bonitas. Yo no era así, hacía tiempo que no permitía que nadie me manipulara ni, mucho menos, me engañara.

—No puedes pedirme eso, no tienes derecho —hablé suspirando mientras caminaba de un lado al otro de mi habitación.

Rubén miraba con atención todos mis pasos, hasta que se puso en pie y me paró colocándose justo delante de mí. Levantó mi cara agarrando mis mejillas, y ese acto me puso las cosas más difíciles. ¿Por qué tenía que ser tan débil? No debía pensar en él de otra manera, no debía pensar en él ni sentir nada por él. Por Dios, era un desconocido que en pocos días se estaba metiendo en mi organismo; habrá sido que me pilló con las defensas bajas, porque no lo veía normal. No era una mujer enamoradiza, nunca me había enamorado así tan rápido, aunque realmente no sabía qué significaba esa palabra. ¿Amor?, ¿qué es eso? Si una persona te ama, no te hace lo que a mí me había hecho Álvaro,

lo que Rubén le estaba haciendo a su prometida, a no ser que no estuviera enamorado de ella.

—Vale, no tengo derecho, pero... no quiero que te vayas así. Lara, ¿sabes una cosa? Desde que tu hermano me comenzó a hablar de ti, quise conocerte —habló nervioso y yo me alejé de nuevo—. No te alejes... Por favor, solo dame tiempo, y veremos qué pasa.

Comencé a negar, no podía darle lo que me pedía. Era como poner mi corazón en bandeja de plata, y no lo iba a permitir. Así que sí, lo tenía decidido y me iría un tiempo largo; no sabía cuánto, pero me tomaría todo el que necesitara para poder olvidar estos días de locos y para poder olvidar, de una vez, el fracaso de mi matrimonio.

—Lo siento, pero ya lo tengo decidido, y tú... tú deberías irte con tu prometida y con tu futuro hijo —declaré y me miró sorprendido; parecía que no sabía que supiera lo del embarazo—. ¿Creías que no lo sabía? Pues sí, lo sé, y únicamente eso me hizo planteármelo todo, porque yo podría pensar que no quieres estar con ella, pero con un bebé de por medio... Lo siento, pero no me quedaré aquí para verlo —expliqué nerviosa—. Será mejor que te vayas y te olvides de mí y, sobre todo, de esto —dije señalándonos a ambos y él negó—. En realidad, me da igual lo que quieras hacer tú. Yo lo haré por los dos, olvidando todo.

Me puse en la puerta de mi habitación y se la señalé para que saliera. Cuando lo hizo, yo también bajé con él para acompañarlo hasta la puerta. En esta se paró y se dio la vuelta; me miró con súplica y le volví la cara. No quería mirarlo porque sabía que, si lo hacía, me costaría mucho trabajo alejarme de él. Se acercó a mí y agarró mis mejillas para que lo mirase; lo hice y pegó nuestros labios. No me alejé, no pude hacerlo y ya lo tenía de nuevo con sus labios, que besaban los míos. Pero sería una despedida, una dulce y excitante despedida. Me cogió y me pegó en la pared; sus manos volaban por todo mi cuerpo, desnudándome, dejándome completamente expuesta ante él. Cuando lo consiguió, tocó mis pechos con sus dedos,

acariciando los pezones con una dulzura aplastante y, aunque este encuentro era otro de esos pasionales que habíamos tenido, tenía que decir que también era dulce, muy dulce. Besó mi cuello, lamió mis pechos con ansias, devorándolos, mientras yo gemía loca de placer. Me cogía cual muñeca de trapo, pues yo era muy pequeña ante él; su cuerpo, grande y fibroso, me agarraba con fuerza para no dejarme caer. Comencé a levantarle la camiseta y dejé su pecho al descubierto; los músculos de sus brazos se tensaban al cogerme con más fuerza, pues estaba maniobrando para poder quitarse los pantalones y poder llenarme por completo. Cuando lo consiguió, me penetró con una fuerza brutal y grité, grité de mil maneras posibles, loca de deseo, loca por él.

—No te vayas —insistió.

Cerré los ojos, solo quería deleitarme con lo que ese momento me regalaba, sin querer pensar en nada más que en eso. Sus manos recorrían toda mi piel, mientras entraba y salía con rapidez dentro de mí. Sus embestidas eran duras y llenas de locura, una locura que ambos teníamos y que solo se nos quitaba así, de la manera más rebelde, de la manera más apasionante. De pronto me miró y vi algo en sus ojos, un brillo especial que en esos días no había visto; acercó su boca a la mía y, con movimientos suaves, me besó. Me hizo el amor; sí, el amor, ese sentimiento que hacía tiempo no conocía y que, por culpa de este hombre rudo, estaba volviendo a sentir.

Cuando terminamos en un monumental orgasmo, caímos al suelo. Yo seguía encima de él y con su miembro duro como una piedra dentro de mí. No podía creer que aún siguiera duro y excitado. Nuestros ojos se encontraron y no quería hablar; no había necesidad de decirle nada más que un «Adiós y gracias por todo el sexo que me has regalado» y, sobre todo, por los dolores de cabeza que me llevaría por su culpa.

—Te vas, ¿verdad? —preguntó y asentí cabreada.

—¿Creíste que, por tener sexo conmigo, me iba a quedar? —Sabía que esa pregunta había sonado dura, pero eso mismo quería que pensara: que lo había

utilizado—. Dices conocerme, pero realmente no me conoces de nada, Rubén.

Salió de mi interior y ambos nos levantamos. Su cara se estaba tensando por el cabreo que le estaba ocasionando, pero, aunque me doliera, era lo mejor para los dos, sobre todo, para su futuro hijo.

—Creo que estás mintiendo, Lara —respondió sarcástico—. Siempre me tratas así cuando terminamos de follar, pero creo que solo es una máscara que te pones para no demostrarme que realmente te encanta tener mi polla dentro de ti —habló cabreado y le pegué una bofetada.

Ahora la cabreada era yo, pues me estaba tratando como a una puta, y sería muchas cosas, pero eso no. Siempre me negué a verlo, por eso mismo me iba: porque no podía seguir viéndolo, siendo egoísta conmigo misma. Porque, si yo quisiera, me quedaría para divertirme y mucho, pero sabía que no lo haría y que, en su defecto, sufriría.

—Vaya, hasta que por fin demuestras cómo eres en realidad —escupí.

—¿Y cómo se supone que soy, según tú? —preguntó, pero no me dejó hablar—. Espera, que yo te lo digo. Piensas que soy un capullo que, con solo una sonrisita, hago que caigas a mis pies, ¿verdad? O no, espera... Soy un hijo de puta que está colado por ti y que, por culpa de sus padres, tiene que casarse con una energúmena que me hace la vida imposible. Pero no te preocupes: ¡cumpliré mi promesa y me casaré con ella para olvidarme de ti! —gritó y se fue pegando un portazo después de vestirse.

Me quedé estática, no sabía qué hacer: si salir corriendo en su busca después de lo que me había dicho, o dejarlo pasar. Bufé desesperada, pues me picaban las piernas por ir tras él. Mi corazón estaba latiendo a mil por hora, así que, una vez que terminé de colocarme la blusa, salí corriendo; no podía dejar que se fuera así. Al salir me di cuenta de que estaba lloviendo.

—Joder, parece una señal: cada vez que salgo en su busca, llueve —dije mirando hacia ambos lados, y no lo veía.

Entonces, a lo largo de la calle, lo vi caminando con la cabeza gacha. Me importó muy poco la lluvia, y salí a toda prisa para alcanzarlo. Grité su

nombre lo más que pude, no debía dejar que se fuera sin poder decirle que yo también estaba colada por él, pero que las cosas serían complicadas.

—¡Rubén, espera! —grité a pleno pulmón, y los pocos caminantes que había en la calle me miraron como si estuviera loca, especialmente un señor mayor, que me observaba como si hubiera perdido la cabeza. Lo miré de vuelta—. ¿Qué pasa?, ¿nunca ha visto a una mujer corriendo bajo la lluvia? —pregunté cabreada al hombre mayor y, cuando me iba a responder, él se puso delante de mí.

—Yo sí que la he visto y dos veces ya. Creo que está loca de remate —dijo mirando al anciano y yo sonreí nerviosa.

¿Nerviosa?, ¿por qué? Este hombre me estaba haciendo cometer locuras que en mi vida anterior no hubiera sido capaz de hacer. Se dio la vuelta y se acercó a mí; su respiración me llenó los pulmones de aire, un aire que había perdido cuando se hubo ido después de decirme todo eso. Agachó la cabeza y me besó dulcemente.

«Esto no acabará bien; lo estoy viendo venir», pensé.

Nos separamos y ambos sonreímos. Parecíamos dos locos enamorados en plena lluvia, pero ¿de verdad estábamos enamorados? Creo que esa palabra es algo muy importante y que no se puede saber con certeza, y menos afirmarlo tan a la ligera. No sabía si estaba enamorada de él; lo único que sabía era que me gustaba y mucho, y que irme a Almería era algo que haría. Pero no me tiraría todo el tiempo que tenía pensado, sino que, por lo menos, estaría un par de semanas para poder aclarar las ideas; lo necesitaba.

## Capítulo 12

Cuando estábamos bajo techo, resguardados de la lluvia, Rubén me abrazó, apretándome entre sus brazos, como si no quisiera dejarme escapar. Pero eso era algo inevitable, pues yo me iría de igual modo, aunque le dejaría la esperanza de que volvería después de unos largos días de descanso. Al separarnos, Rubén me miraba de diferente manera y me ponía nerviosa, porque todo iba tan deprisa que me abrumaba; me llenaba de incertidumbre todo lo que estaba pasando y lo que faltaba por pasar, porque no podía olvidar que él estaba comprometido y que sería padre dentro de muy poco.

—¿Por qué saliste a buscarme? Ya es la segunda vez que lo haces. Me buscas y luego huyes de mí... Dime, Lara: ¿qué sientes por mí? —preguntó con la mirada puesta en mí.

Me quedé pensando, no sabía qué responder a eso. ¿Qué sentía por él? No lo tenía claro. Únicamente sabía que me gustaba, que me atraía de una manera que no conocía que existía, que me llenaba el alma con solo tocarme, pero ¿amor? ¿De verdad estábamos hablando de eso? No sé y no creo que lo sepa, aún no. Rubén seguía mirándome expectante, intentando descifrar lo que mi mente pensaba, pero es que ni yo misma lo sabía ¿Cómo le respondería a algo de lo que no tenía respuesta?

—Si te lo tienes que pensar tanto, mejor no respondas.

—No es eso, es que todo ha pasado tan rápido. Apenas nos conocemos de varios días y no... no sé qué siento por ti —bufé desesperada—. Te diré una

cosa: cuando me tocas siento cómo mi alma se llena despacio y, en realidad, no sé de qué se está llenando. Si de aire, si de a...

—Mor. ¿Ibas a decir «amor»? ¿En serio, Lara?, ¿eso es lo que sientes?

—Son muchas preguntas, Rubén —respondí y lo hice callar con un beso.

De nuevo besándonos: se estaba convirtiendo en una adicción. Sus besos me encantaban, me excitaban y saber cómo habíamos acabado todas las veces me ponía nerviosa. Me separé de él y fui a mirar la hora, pues había quedado en almorzar con las chicas y aún no había ido a despedirme de mi padre y mi hermano. Rubén vino detrás de mí y me abrazó por la espalda; eché mi cabeza en su pecho y sentí sus latidos. Era relajante estar así y, por un momento, sentí cómo el tiempo se paraba, como si solo viviéramos en ese instante y no quisiéramos salir de ahí.

—¿Todavía quieres irte? —preguntó en un hilo de voz y yo asentí.

—Lo necesito. No es por huir de ti, es por todo lo que me ha pasado en tan poco tiempo... Estoy abrumada y cabreada. —Me dio la vuelta y me miró comprensivo; acercó sus labios a los míos, y sentí ese sabor a despedida que llevaba horas queriendo sentir y no podía, pero que él me estaba dando.

—Está bien... lo entiendo. Necesitas tiempo y te daré todo el que necesites —respondió.

En ese momento me sonó el móvil; eran mensajes. Fui a la entrada y lo cogí para leerlos. Seguro que eran de Luisa y de Belén; ya me estarían esperando desde hacía rato. Por lo menos no se habían presentado en casa sin avisar, ni descubierto todo el pastel que teníamos montado Rubén y yo.

Belén:

Lara, ¿dónde estás? Como te vayas sin despedirte, te mato, ¿te enteras?  
Te MATO.

Ese mensaje era de Belén; era la única que, si te decía de matarte sin cumplir una promesa, lo hacía. Sonreí nostálgica, pues me iba a costar mucho irme y dejarlos a todos atrás.

Luisa:

Lara, por favor, ven ya. Belén está que muerde, y no tengo puesta la vacuna para la rabia. Por favor... no te vayas sin decirnos «Adiós». Te echaré de menos. Te quiero.

Con el mensaje de Luisa, se me saltaron las lágrimas, y Rubén vino a abrazarme. Me estaba ahogando. Tantas lágrimas que luchaban por salir y tantas que yo retenía a la vez... No quería llorar, pero sabía que era algo inevitable. Rubén me besó y secó una lágrima que apenas había notado que estaba ahí.

—Tranquila, sé que debe ser doloroso dejar atrás a toda tu familia, pero también sé que, si no lo haces, te arrepentirás, y no quiero que te quedes y no seas todo lo feliz que te mereces ser —expresó nervioso—. No sé qué pasará, ni sé si me casaré o no, aunque, si por mí fuera, no lo haría, pero...

—No tienes que darme explicaciones, Rubén. Eres libre de hacer con tu vida lo que te plazca; no estás atado a nadie y mucho menos a mí —repuse y frunció el ceño—. Veras, yo... siento algo por ti, no sé qué, pero algo siento, y quedarme para ver cómo te casas no me va a ayudar a aclararme; por eso he decidido irme. No te diré que me esperes, pues no sé cuándo volveré; solo sé que volveré, aunque cuando tenga las cosas claras —expliqué y él agachó la cabeza, mirándose los zapatos.

Después de esa aclaración, había llegado la hora de despedirnos. No quería llorar, no delante de él. Rubén me abrazó fuerte en la puerta de mi casa; ya no llovía y, aunque había varias nubes cubriendo todo el cielo, no caía ni una gota. Era la despedida más dolorosa que había tenido en toda mi vida y realmente seguía sin poder afirmar el porqué de ese sentimiento que emanaba mi interior. No quería pensar en amor, no quería decir siquiera la palabra. Al separarnos, me besó y, antes de irse, me dijo:

—Te esperaré, Lara, aunque tardes mil años. Nos quedan muchos besos bajo la lluvia; recuérdalo siempre. —Después de decir eso, se marchó y solo así pude llorar en paz; únicamente en soledad, me permitía derramar todas las

lágrimas que necesitaba sacar.

Me tiré un rato echada en la puerta de la casa, llorando a moco tendido como si se me hubiera muerto alguien, y solo eso me hacía pensar que, a lo mejor, mis sentimientos por Rubén eran más fuertes de lo que yo creía. Pero no quería, no podía sentir nada por él, no me podía permitir ese lujo, no si él estaba comprometido. Me espabilé y subí a mi habitación; me metí en el baño y me di una ducha rápida. Ya llegaba demasiado tarde y, con la tontería, iba a llegar de madrugada a Almería. Al terminar de vestirme, cogí mi bolso y, sin mirar atrás, salí de mi casa; salí de allí para siempre y digo «sin mirar atrás» porque no quería llorar de nuevo. Me monté en el coche y arranqué en dirección al bar. Media hora después, estaba delante de ese bar que tantos desayunos y borracheras me había dado, tantas alegrías y desgracias vividas entre esas cuatro paredes. Eran muchos los recuerdos que mi mente y mi corazón guardaban y que me llevaría para siempre. No lo entendía, pero algo dentro de mí me decía que era la última despedida. Me bajé del coche y caminé despacio hasta que llegué al interior, que se encontraba ¿vacío? ¿Dónde estaban todos?

Cuando me disponía a sacar el móvil para llamar a mis amigas asesinas, pues se habían dedicado casi toda una media hora a mandarme mensajes con amenazas de muerte si no aparecía por el bar en diez minutos y, cuando por fin llegaba, no estaban. Me di la vuelta y en la puerta las vi. Estaban detrás de mí y no me había dado cuenta, pero era todo tan extraño.

—¿Dónde estabais? —pregunté confundida.

—Lara, date la vuelta —dijo Belén y le hice caso.

Al darme la vuelta, vi a mi padre, a mi hermano y a Cristian, pero me faltaba alguien. Ya me había despedido de él. Hacía solo media hora que no lo veía y ya tenía la necesidad de ir corriendo hasta sus brazos; en cambio, corrí a los brazos de mi padre. Él me cobijó como si fuera su pequeña princesa, como su trasto, así me llamaba de pequeña... «Mi trasto, sí, pero mi princesa a la vez», decía siempre, y no había cosa que me hiciera reír más que eso.

Después de separarme de mi padre, me abracé a mi hermano y este me apretujó.

—¿De verdad quieres irte? —susurró en mi oído y yo asentí—. ¿Te vas por él?, ¿por Rubén? —volvió a preguntar y no sabía qué contestarle—. No me respondas si no quieres, pero me da la sensación de que di en el clavo. Bueno, no pasa nada, ¿vale?

—Te voy a echar de menos, Martín. Te quiero mucho, hermanito —dije y lo abracé aún más fuerte. De verdad que lo quería mucho y me costaba horrores separarme de ellos, pero las cosas habían salido así y ya no había vuelta atrás.

Cuando me separé de mi hermano, Cristian se acercó a mí con esa sonrisa tan sarcástica que tenía y que tanto coraje me daba, pero al final no me caía tan mal después de todo. Lo abracé y me dio un beso en la mejilla; parecía triste por mi partida, cosa que no entendía, ya que prácticamente no nos conocíamos mucho. Pero, claro, eso era algo que, en cierto modo, tampoco entendía de él, de Rubén.

«Joder, ya estoy pensando en él otra vez», pensé cabreada conmigo misma.

—Vaya, que se nos va nuestra nueva recluta —habló con sorna. Yo lo miré alzando una ceja—. ¿Qué? No me mires así, eres tú la que querías meterte en la policía. ¿Qué pasa?, ¿ya no quieres? ¿Te ha dado miedo, canija? —Siguió con su burla y ya le iba a dar una patada en las pelotas por ser tan gracioso, pero al final no lo hice y me reí de sus ocurrencias.

Negué, pues realmente quería meterme en la policía por Rubén y, después de todo lo que había pasado, creía que lo único que necesitaba era un buen descanso. Ya me plantearía la vida más adelante, ahora solo iba a disfrutar de unas minis vacaciones en la ciudad natal de mi padre y me lo pasaría con mi nona y con mis amigas de Almería. Tenía ganas de ver a Marisa y a Genoveva, aunque también estaba David. Ellas eran mis amigas de cuando vivíamos allí; estábamos en la misma escuela y, gracias a que mi padre y mi nona se ponían de acuerdo, me iba en verano con mi nona y me la pasaba con ellas de arriba para abajo. Con David era otro cantar: él siempre había estado colado por mí

y yo le daba un poco de coba, pero no estaba enamorada. Así que, cuando vi que la cosa se había puesto seria, dejé de ir allí y ya llevaba siete años sin ver a nadie; ni siquiera sabía si mis amigas o David seguían viviendo en el mismo sitio.

Cuando le di besos a todos, mi padre volvió a abrazarme; el pobre la estaba pasando mal y, en cierto modo, yo también, pues irme había sido la decisión más difícil que había tomado, pero tenía que hacerlo.

—Ten cuidado en la carretera, cariño, y llama cuando llegues, por favor. No me quedaré tranquilo hasta no saber si has llegado con la nona —dijo mi padre, apenado por mi partida, y yo le di un beso en la mejilla.

Una vez hechas todas las despedidas, salimos y me fui hasta el coche. Las chicas me miraban con los ojos llorosos, y yo la estaba pasando mal, así que volví a acercarme a ellas y nos abrazamos con cariño. De verdad las echaría mucho de menos, a todos los echaría de menos.

—Te esperamos dentro de cinco meses para la boda —me recordó Belén mientras caminaba de nuevo hasta el coche—. ¡Pobre de ti como no aparezcas, Lara! —gritó y les mandé un beso volado; luego entré en el coche y arranqué.

Eché una última mirada y salí de allí, dejando mi corazón resquebrajado y quedándome con una sensación de vacío que no sabía cómo llenar. Puse la música y tenía que cambiar el chip así que, sin más, comencé a recordar a mi nona y lo bien que me lo pasaría. Pensando en eso, ya me estaba entrando ganas de llegar y aún no había salido de Madrid.

## Capítulo 13

Media hora después, ya estaba en la autopista en dirección a la libertad, o por lo menos eso era lo que yo esperaba encontrar en ese lugar. Encendí la radio en el coche e iba a poner Pablo Alboran, pero no me apetecía escuchar esa clase de música, ya que cada letra de esas canciones me recordaba a él. Justo en ese momento, en la radio comenzó a sonar «Recuérdame», de Pablo Alboran.

—Joder, ¿en serio? Esto es el colmo —hablé mirando para la radio. Y aunque me dieron ganas de quitarla, no lo hice y me tragué la cancioncita entera, mientras me sorbía las lágrimas.

Una vez que la canción terminó, cambié de sintonía. Lo único que esperaba era que no me salieran más canciones del Alboran, o no lo iba a poder soportar.

Después de dos horas conduciendo, me sentía cansada y hambrienta, así que paré en una cafetería que había por Valdepeñas; esta se llamaba «Bar Las Peñas». Aparqué el coche y salí al exterior. Hacía bastante frío por esa zona: me abroché el chaquetón hasta la boca y me encaminé hasta el interior del bar. Al entrar sentí el calor que desprendía la calefacción; me acerqué a una de las mesas y me senté a la espera de un camarero. Mientras tanto, cogí el móvil pues, desde que hube salido, ni siquiera lo había mirado y, aunque no sabía si me había llegado algún mensaje porque lo había puesto en silencio, tenía la esperanza de que alguien me dijera algo. Al deslizar la pantalla, comprobé que

tenía varios mensajes, pero no quise saber de quién eran así que, sin más, apagué el móvil; ya lo encendería más tarde o al siguiente día. Lo guardé en el bolso en el mismo momento en el que venía un camarero hasta mi mesa. Me preguntó lo que quería tomar y, cuando se lo dije, se fue. En menos de cinco minutos, ya tenía mi café y un donut blanco; no me apetecía comer nada más y menos después de recordar que con mi nona siempre cogía algún que otro kilo, pues era de las que te metían la comida con un embudo, y pobre de ti como te levantarás sin terminarte todo, incluyendo rebañar el plato con un pedazo de pan. Sonreí al recordar esos momentos de mi vida, sin darme cuenta, siendo tan inocente y no saber lo que me esperaba en la vida. Una vez que descansé lo suficiente y pagué lo que me había tomado, volví a salir y entré en el coche; arranqué y volví a meterme en la carretera. Ya tenía ganas de llegar.

Cuatro horas después, ya veía cerca la tierra de mi padre: Almería. ¡Qué ganas tenía de ver a mi nona! Minutos después ya estaba en el paseo marítimo de Retamar. Busqué un aparcamiento y, una vez que lo conseguí, después de diez minutos, me bajé del coche y, como ya era un poco tarde, fui directo hasta el portal de mi nona; ya por la mañana sacaría las maletas. Antes de subir, miré la playa y comprobé que todo seguía en su sitio, como el chiringuito de Manuel, el padre de Genoveva. Me moría de ganas por ver a mis amigas del instituto. Pegué en el porterillo y la voz cansada de mi nona sonó al otro lado. Cuando le dije quién era, se volvió loca y me abrió de prisa. Entre y subí hasta el tercer piso por las escaleras y, aunque había ascensor, estaba tan cansada de estar sentada durante tantas horas que me dio igual y subí caminando.

Mi nona me esperaba en la puerta y, cuando llegué hasta ella, me abrazó, me estrechó fuerte entre sus brazos y me sentí feliz. Fue como si el tiempo no hubiera pasado para ambas y como si llegara del instituto; siempre me esperaba en la puerta y me daba un beso en la frente. Una vez que nos dimos besos y abrazos, entramos en la casa y fuimos directo a la cocina, ya que mi nona se había empeñado en hacerme un bocadillo o algo que pudiera comer.

—Nona, no tengo hambre —hablé riéndome.

—Pero, hija, tienes que comer. Estás muy canija, pareces un saco de huesos —respondió y me reí aún más—. Me encanta que estés aquí, pero ahora dime: ¿a qué se debe la visita? Ya sabes que puedes contarme cualquier cosa. — Asentí y colocó un plato con una tortilla francesa, junto con un trozo de pan. Después me sirvió un vaso de zumo de naranja, y se sentó a mi lado.

—¿Vas a estar todo el rato mirándome, nona? —pregunté y asintió. Ya me estaba poniendo nerviosa y yo no tenía ganas de comer ni de hablar ni de mucho menos contarle todo lo que me había pasado, porque ella aún creía que seguía felizmente casada con Alvarito, como ella lo llamaba.

—No dejaré de mirarte hasta que te comas todo y me digas por qué estás aquí. No digo que no quisieras venir a verme, pero son muchos años los que llevas sin hacerlo, cariño, y esta visita tiene que ser por algo, ¿no?

Cuánta razón tenía mi nona y qué sabia era. Siempre sabía que me pasaba algo, siempre se daba cuenta de mi estado de ánimo y, si aún no sabe que estoy divorciada, es porque llevaba ocho o nueve meses sin llamarla y me sentía mal por ello. Me comí la tortilla bajo su atenta mirada y bebí sorbitos de zumo para no atragantarme con el pan. Pensé que, una vez que me lo comiera, me dejaría acostarme para descansar, pero no: ella tenía ganas de hablar y recuperar el tiempo perdido. No obstante, sobre todo, quería saber qué me pasaba.

—Bueno, ¿y cómo es que viniste sola? Tu marido tendría que haber venido contigo, ¿no? —comenzó a preguntar y yo no sabía qué contestarle.

Estuve pensando cómo contarle todo, pero en parte me avergonzaba, pues se suponía que yo tenía una gran vida: un marido que me quería, una casa de ensueño y un buen trabajo. Todo eso era perfecto, pero era una mentira, una perfecta mentira que yo me había creído durante tanto tiempo y que había hecho que cometiera todos los errores que llevaba a lo largo de la semana anterior. En ese momento Rubén inundó mi mente y me moría de ganas de verlo, besarlo y sentir su cuerpo desnudo junto al mío o sobre el mío. Me estaba volviendo una descarada.

—Nona, Álvaro y yo nos divorciamos, hace unos meses que ya no estamos juntos —comunicué y puso toda su atención en mí.

—Pero ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿cómo pasó? —Formuló tres preguntas rápidamente y sonreí. Mi abuela y yo éramos tan parecidas, las dos tan cotillas.

—Te responderé a todas las preguntas, pero ¿puedo dormir antes?, estoy muy cansada. El viaje ha sido largo, nona —respondí mientras me levantaba de la silla.

Me acerqué a ella, le di un beso, y me fui a mi antigua habitación. Al abrir la puerta, muchos recuerdos vinieron como un soplo, como si me transportara a algunos de los momentos vividos entre esas cuatro paredes.

—Lara, de verdad, tienes que salir con él, porfa. Ya sabes que, si tú no vas, mi madre no me dejará ir —suplicó Marisa.

*Esa noche había una fiesta en la playa, y Marisa había quedado con Daniel. Él era primo de Marcos, «mi amigo» y, si yo no iba, su madre no la dejaría ir pues, al ser yo más mayor, pensaba que era más madura. Pero ¡qué equivocada estaba su madre, pues yo era peor que su hija!*

—Misa, ya sabes que Marcos y yo, esta noche, teníamos otros planes. No sé si me entiendes y, con lo de la fiestecita, me lo estás estropeando todo —respondí y me miró cual perro enjaulado. Sabía que haciendo eso me ablandaba, y terminaba haciendo lo que ella quería—. No me pongas esa cara... Misa, por favor, no. Joder, ¿por qué tienes ese poder conmigo?

—¿Solo contigo? Tengo que recordarte que, gracias a esta carita, mis padres me dejaron ir contigo a la fiesta de la primavera del año pasado —dijo y ambas soltamos una carcajada.

*Estábamos sentadas en mi cama y Marisa se levantó para coger un vestido para mí ya que, supuestamente, ella decía que iba a tirarme a Marcos al fin. Me reí al ver cómo rebuscaba entre mi ropa, como si fuera a encontrar algo atractivo.*

—¿De verdad vas a buscar un vestido en mi armario? No tengo esa clase

*de ropa. Ya sabes que yo no visto así —expuse al tiempo que me levantaba de la cama para acercarme a ella.*

*—¿Por qué no miras la ropa de tu madre? Puede que ella tenga algún vestido bonito. Tiene un cuerpo espectacular. —Asentí por su gran idea y salimos de mi habitación para ir a la de mis padres. Esa noche estábamos solas en mi casa. Mi padre trabajaba, mi hermano estaba con sus colegas en la fiesta, mi nona ayudaba en el chiringuito y mi madre, seguramente, estaba con mi tía Lidia. Caminamos en dirección la habitación de mis padres y escuchamos ruido. Nos extrañó a la par de asustarnos, pues no había nadie.*

*—Joder, joder... ¿quién estará? Puede que sea un ladrón —habló Marisa asustada.*

*Pensamos en llamar a la policía o en coger el mazo que mi padre guardaba en un cajón de la cocina, pero no lo hicimos ya que, desde la habitación, lo único que se escuchaba eran gemidos. Marisa y yo abrimos los ojos desencajadas y llegamos a pensar que serían mis padres los que estaban ahí, pero no.*

*—Así, Marcos, así. Dame más duro —escuchamos y mi corazón comenzó a latir con fuerza.*

*Caminé decidida y pegué un portazo en la puerta de la habitación; la abrí de golpe y me quedé completamente congelada. Mi madre y Marcos, mi Marcos, estaban follando en la cama que compartía con mi padre. Los dos se levantaron como un resorte, y miré a mi madre con odio.*

Fue ese día cuando hube comenzado a odiarla con todas mis fuerzas y cuando se hubo ido de nuestro lado para siempre, pues yo la había echado de nuestras vidas, cosa que no sabía nadie. Bueno, sí: Marisa era la única que sabía que yo había echado a mi madre y que la había obligado a escribir una carta, como si hubiera sido ella la que nos había abandonado. No podía decirles a mi padre y a mi hermano el motivo por el que se había ido, pues me odiarían para siempre, pero lo hice por ellos, por el dolor inmenso que

sufrirían al saber el engaño de esa mujer que tanto odio me había generado. Para mí estaba muerta, y no quería saber nada de ella; se había convertido en un mal sueño, en un sueño que había enterrado hacía tiempo y que, con la vuelta, recordé, como si estuviera viviéndolo de nuevo, como si el tiempo no hubiera pasado.

Después de recordar eso, me acerqué a la cama y abrí el cajón de la mesilla para buscar algo que había guardado por todos estos años. Al encontrarlo, lo saqué del cajón y, con lágrimas en los ojos, comencé a romperlo, como si quisiera borrar todo rastro de nosotras y la felicidad que nos unía y que ella misma se había encargado de matar con su engaño. Cuando la rompí, saqué el mechero del bolso y quemé los pedazos, pedazos de esa foto —en la que mi madre y yo salíamos abrazadas y muy sonrientes—, pedazos que no volvería a ver.

## Capítulo 14

A la mañana siguiente, mi nona me despertó con el desayuno en la cama. Vino diciendo que tenía que cuidarme después de todo el tiempo que llevaba sin hacerlo. Quise levantarme, pero no me dejó y se trajo el suyo a mi habitación para que desayunáramos juntas, como hacíamos muchas veces. Mientras comíamos, miró a la papelera que había en la habitación y se dio cuenta de la foto quemada arrugó la frente y me miró de vuelta.

—¿Por qué quemaste la foto? Era tu favorita, cariño —preguntó y yo eché la mirada a la ventana.

Sinceramente sí, esa foto era mi favorita y también la única que me quedaba con ella, pero no quería recordar, y el haber vuelto a Almería me hizo recordar muchas cosas, y una de ellas fue la noche que se había marchado, la noche que la había echado de nuestras vidas para siempre. A veces me arrepentía porque, al fin y al cabo, seguía siendo mi madre, pero el odio que sentía por ella era más grande y no creía que nunca dejara de hacerlo. Por eso prefería no pensar nunca más en ella, y quemar el único recuerdo que tenía me lo ponía fácil.

—Sé que hablar de ella no es algo que quieras hacer y menos después de lo que hizo, pero, Lara, ella es mi hija y no sé si sabrás que hablo con ella de vez en cuando... Me pregunta por vosotros siempre —explicó mi nona y abrí los ojos impresionada. Ella sería otra de las que me iban a odiar cuando se enterara de que yo fui la que había decidido el futuro de mi madre.

No sabía si lo había hecho bien o mal, pero tenía que hacerlo. No podía dejar que mintiera a mi padre, a nosotros y tampoco entendía cómo era que vivía con la conciencia tranquila después de todo. Ella se había ido cuando yo tenía quince años y ahora, con mis veintiséis, entiendo que debí haber contado lo que había visto. Pero ya no había marcha atrás, ya no se podía hacer nada; era tarde para eso y tampoco tenía intención de hacerlo. Yo no quería volver a verla jamás, nunca más en mi vida, y mucho menos en la de mi padre.

Sin responderle, me levanté y me metí en el baño para ducharme; de verdad que esa conversación la aplazaría mucho más. Cuando entré y cerré la puerta con pestillo, suspiré tranquila, pues estaba a salvo de sus preguntas. Mi nona era muy persuasiva y siempre conseguía lo que quería y, en ese momento, quería hablar de mi madre, de su hija. ¿Cómo era posible que siguiera hablando con ella? No lo entendía y tampoco me gustaba, pero mi nona era libre de hacer lo que quisiera; de igual forma, era su hija, y siempre estaría de su parte. Me desnudé y me metí en la ducha; el agua caliente comenzó a caer por mi espalda y esa calidez hizo que recordara a Rubén. Deseaba tenerlo, en ese momento, conmigo en la ducha, haciéndome el amor, volviéndome loca, como había hecho todos esos días de locura. Suspiré frustrada y quise borrarlo de mi mente, pero me era imposible y me dieron ganas de tocarme pensando en él, en sus fuertes brazos, que me cogían en volandas para entrar en mí rápidamente.

—¡Joder! Lo necesito, necesito a Rubén. ¿Pero qué coño me hizo ese tío? Lo odio, odio que me haya enamorado, odio que no pueda dejar de pensar en él, odio que tenga que estar con otra y me odio a mí misma por ser tan gilipollas —me dije mientras me pegaba la frente en la pared de la ducha.

Tuve que poner un poco el agua fría, pues no se me quitaba el calentón. Terminé de ducharme y salí del baño con una toalla enrollada en el cuerpo; al salir me di cuenta de que mi nona se había marchado, pero me había dejado una nota en la cama. Me acerqué y la leí.

Cariño, fui al mercado para comprar algo de pescado. Te he dejado una

llave en la mesa por si quieres salir a dar una vuelta. Si cuando te vayas no he llegado, te esperaré para comer. Te quiero.

Dejé la nota en el escritorio y me vestí con la misma ropa que tenía la noche anterior, pues había llegado tan cansada que no había sacado las maletas. Cuando terminé de arreglarme, cogí las llaves, el bolso, y salí de la casa. Una vez que estuve en la calle, sentí cómo el sol picaba; se notaba el calorcito del sur. Me sentía en casa y, aunque yo no era de Almería, me sentía andaluza. Por lo menos, lo era de sangre.

Comencé a caminar y ya sabía cuál sería mi primera parada: fui directo al chiringuito de Manuel. Llegué enseguida; estaba muy cerca de la casa. Cuando estuve en la puerta, vi el cartel que ponía: «Abierto», así que entré sin más. Al hacerlo muchos recuerdos de mi adolescencia llenaron mis sentidos, como una brisa de verano; era increíble la de sensaciones que sentía con solo unos recuerdos felices de mi vida. Me acerqué a la barra y busqué con la mirada a alguien a quien preguntar por Manuel o por Genoveva; incluso podría preguntar por David, el hermano de Genoveva y el chico con el que había estado el último verano. De pronto una mujer alta y rubia salió de la cocina; la miré fijamente hasta que me di cuenta de quién era ella.

—¿Geno? —pregunté llamando su atención con las manos.

Se dio la vuelta y me miró de la misma manera, achicando los ojos como si estuviera ciega, y lo único que hacía era intentar recordar quién era yo. Al darse cuenta abrió los ojos como platos y corrió a mi encuentro; nos fundimos en un abrazo cariñoso.

—Lara, no me lo puedo creer. ¡Eres tú, después de tantos años sin venir! —dijo gritando feliz.

Asentí y volví a abrazarla fuerte; después nos separamos y nos sentamos en una de las mesas que había en la terraza, y todo entre risas. Me acordaba mucho de ella y, sobre todo, de Marisa; tenía muchas ganas de verla.

—No me puedo creer que estés aquí. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—Siete años, pero bueno, aquí estoy de nuevo. Tenía muchas ganas de veros. ¿Dónde está Marisa? —pregunté curiosa en el mismo momento que un hombre alto, rubio y bastante guapo pasaba por nuestro lado. Ambos nos miramos y eso hizo que Geno se girase para mirar a la persona que tenía justo detrás.

—David, mira a quién tenemos aquí. —Cuando dijo su nombre, me quedé impresionada; había cambiado mucho—. Es Lara. —David abrió los ojos y me levanté para saludarlo.

—Hola, Lara. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cuándo has llegado? —preguntó con esa voz tan melodiosa que tenía.

Su mirada estaba clavada en la mía, y ambos sabíamos qué pasaba por nuestra mente. Los últimos momentos que pasamos juntos habían sido en la playa; la última noche que me había quedado en Almería la había pasado con él, en esa misma playa, haciendo el amor. David era un amor y siempre te hacía sentir como una princesa. La imagen de Rubén cruzó mi mente y no sabía por qué, pero me puse a compararlos.

«¿Será que me he enamorado de ese capullo?», pensé.

Moví la cabeza hacia ambos lados para borrar su recuerdo de mi mente, y Genoveva se fue para la barra para traernos algo de beber. Hacía bastante calor y eso era justo lo que me gustaba de Andalucía: ese calor primaveral que empezaba tan pronto.

—¿Qué te trae por aquí, Lara? Hace siete años que no sabemos nada de ti —habló despectivamente y fruncí el ceño.

No entendía su tan brusco cambio de humor; parecía feliz por volver a verme, pero se veía que no, que me odiaba, o algo. Aunque podía ser que me tuviera rencor, ya que me había ido y lo había dejado tirado, pero realmente lo único que habíamos tenido había sido algo esporádico, nada serio.

—He venido a descansar. He pasado por muchas cosas durante estos meses y necesitaba un cambio de aire —expliqué sin seguir encontrando sentido a su cara de cabreo.

—Será que dejaste a otro tirado en Madrid.

—Pues no, pero tampoco creo que te importe mucho lo que haga con mi vida.

—Me importaba, pero a ti no. No cambias, aunque las mujeres como tú no lo hacen nunca.

—¿En serio, David? Tu humor sigue siendo el de un amargado —respondí algo cabreada por su falta de afecto.

—Será porque mujeres como tú han pasado por mi vida para amargarme.

—Desde luego que largarme de tu lado fue lo mejor que hice, ¡gilipollas! —grité, y ya venía Geno con las bebidas.

Nos miró y los tres soltamos una carcajada. Así era nuestra relación: de matarnos y luego comernos a besos, aunque ahora yo no estaba para comerme a besos con nadie que no fuera mi policía favorito. Geno puso la bandeja en la mesa y se sentó a mi lado para ponernos al día de todo lo que nos había pasado a los tres.

Pasamos un par de horas de risas, hablando de todo un poco, recordando momentos de la adolescencia y las peleas que teníamos por culpa de los chicos guapos que se acercaban a nosotras. Pregunté por Marisa y me dijeron que seguía viviendo en el mismo lugar, pero que apenas se veían porque el marido no la dejaba salir a la calle. Por lo visto, era un maltratador que la tenía en su casa como una esclava. Intentaron ayudarla, pero no se había dejado por miedo a perder a su hija de dos años, ya que el marido la tenía amenazada. Me hirvió la sangre al enterarme de todo eso, pues Misa era una de mis mejores amigas, y me mataba que le estuvieran haciendo eso. Siempre había sido algo alocada, pero era buena chica.

Llevábamos hablando dos horas y no me había dado cuenta hasta que David se levantó, pues estaba llegando la hora de comer y el chiringuito se estaba llenando. Los cocineros ya estaban llamándolo para que se pusiera con las paellas. Había preguntado por su padre, pero me apené al saber que había muerto de un infarto dos años antes. Manuel era un hombre muy bueno y quería

a sus hijos con locura. Geno se fue a ayudar a su hermano y yo me fui, pero no sin antes prometer que iría en la noche para tomarme una copa con los dos.

Caminé de vuelta hasta la casa y subí las escaleras. Mi nona me esperaba en la puerta, pues me había visto desde la ventana. La saludé con un beso y me senté en la cocina; ya estaba el almuerzo preparado y servido. Comenzamos a comer y, de igual forma, comenzó a preguntar, pero por mi padre y por mi hermano. Eso hizo que me acordara de ellos y que me diera cuenta de que tenía el teléfono apagado; seguramente estarían asustados, pues no les dije que había llegado bien. Me levanté y cogí el móvil del interior del bolso; lo encendí y, cuando terminó de cargar, todas las llamadas y los mensajes comenzaron a llegar. Pude ver que tenía llamadas de mis amigas, de mi hermano, de Cristian y de Rubén. Tenía veinte mensajes, pero no leería todos, así que el primero que abrí fue el de Rubén. Sí, era masoquista.

Rubén:

Solo hace dos horas que te fuiste y ya tengo la necesidad de abrazarte.

Rubén:

¿Por qué te has ido, Lara? Vuelve, por favor.

Solo pude leer esos dos y ya mi corazón bombeaba frenético. Después vi varios mensajes de mi hermano; los abrí y leí uno por uno. De pronto mis ojos se llenaron de lágrimas. No podía estar pasando eso, no podía ser que yo estuviera tan tranquila mientras mi padre estaba en el hospital.

Martín:

Lara, papá sufrió un infarto. Está en el hospital.

Martín:

Lara ¿por qué cojones apagaste el móvil? Joder, llámame, por favor.

No pude leer más. Solo tenía una cosa en mente: tenía que volver con mi padre, tenía que saber que estuviera bien. De no ser así, no me lo perdonaría.

No podía perder a mi padre, no sin poder verlo antes.

—Aguanta, papá, que vuelvo a casa de nuevo —dije antes de despedirme de mi nona y explicarle los motivos por mi marcha.

Después de eso, bajé las escaleras de dos en dos y me metí en el coche; arranqué y puse camino a Madrid. Parecía que el destino había jugado en mi contra y no tenía que haberme ido.

## Capítulo 15

Iba por la autopista a toda pastilla y debía bajar la velocidad si quería llegar bien. Mis pensamientos estaban llenos de recuerdos de mi padre y míos; no podía dejar de pensar en él y me moriría si le pasaba algo. No me lo perdonaría, no me perdonaría el que le pasase algo y yo no estuviera junto a él. Mi padre era un hombre espectacular y no se merecía cómo la vida le había pagado. Enamorado de mi madre hasta las trancas y ella lo engañaba vilmente como si no le importara nadie más que ella. Por eso hice lo que había hecho hacía años, por eso no había dejado que se enterara ninguno de sus motivos y, si me llegaba a enterar que ella lo buscaba en algún momento, yo la encontraría para gritarle todo lo que llevaba dentro, todo lo que no me había atrevido a decirle antes de irse.

Las horas pasaban y no veía la llegada; aún estaba bastante lejos. Por lo menos, todavía me quedaba una hora de camino, y todo esto sin contar que, cuando llegara a Madrid, el tráfico sería abundante y tardaría en llegar al hospital.

Dos horas después, llegué al hospital Quirón. Metí el coche en el aparcamiento privado y salí de él a toda prisa. Me urgía llegar y mis pies parecían cansados, porque no me dejaban correr más de lo que corría. Entré en el ascensor y nerviosa miré el reloj; este marcaba las once de la noche.

—Vaya horas —susurré antes de que la puerta del ascensor se abriera.

Al salir, busqué el mostrador y me acerqué para poder preguntar por mi

padre, pero antes de hacerlo la imagen de mi hermano abatido se mostró frente a mí. Estaba en una de las salas de espera, con la cabeza agachada, mientras miraba sus pies, nerviosos. En ese momento estaba solo y no me gustó verlo así. Caminé hasta él y me puse justo delante, esperando a que alzara la cabeza y me mirara. Cuando lo hizo, se levantó y me abrazó fuerte. Su corazón estaba acelerado, y no paraba de llorar; me temí lo peor y enseguida me uní a su llanto.

—¿Cómo está? Dime que está bien, Martín, por favor. Dime que llegué a tiempo —supliqué llena de lágrimas.

Mi hermano se separó de mí un momento y me dirigió hasta las sillas de la sala para que me sentara; nos sentamos y cogió mis manos. No me gustaba tanto secretismo, me daba mala espina, y seguro que me iba a ocultar algo.

—Lo están operando. Ayer le dio dos infartos y prácticamente lo tenían controlado, pero hoy no sé qué le pasó y lo volvieron a repetir, así que le pondrán un *bypass* —explicó nervioso.

—¿Y por qué lo repitió si estaba bien? ¿Qué pasó?

—Recibió una visita que no debía y se puso muy nervioso. No sé qué fue lo que le dijo, pero papá estaba muy mal y solo lo que hacía era llamarte a ti.

Cuando me dijo eso, me levanté furiosa. Se había atrevido a ir a ver a mi padre, se había atrevido a buscarlo, y todo ¿para qué? Para meterle mentiras en la cabeza. Lo único que había conseguido fue poner mal a mi padre, pero pobre de ella como la vea, porque la buscaría, la encontraría y, el día que lo hiciera, me iba a conocer.

—¿Cómo ha sido tan hija de puta de venir? ¿Qué buscaba? ¡Hacernos más daño! —grité.

En ese momento mi cuñada Belén, junto con Luisa, llegó hasta nosotros. Ambas corrieron hasta mí y me abrazaron; parecía que llevaban sin verme mil años y solo hacía un día de ello. Mis lágrimas se hicieron más fuertes y no se me quitaban con nada así que, mientras operaban a mi padre, me llevaron a la cafetería; debía comer algo y tomarme una tila o té, pues estaba muy nerviosa.

Cuando llegamos, nos sentamos y Belén se encargó de pedirme algo de comer y un té; luego volvió y se sentó al otro lado. Las dos eran las mejores, eran las únicas que yo sabía que siempre estarían ahí cuando se las necesitara, y este caso no era menos. El camarero me trajo un sándwich y un té, los puso delante de mí, y me dieron arcadas. No me apetecía nada, pero mis amigas no me iban a dejar que no comiera y me obligaron a terminar con todo en menos de diez minutos.

—¿Cómo estás, cielo? —preguntó Belén. La miré y comencé a llorar de nuevo. Me estaba muriendo por dentro; la espera era matadora, y saber que la culpa de todo la tenía solo una persona lo era aún más, porque no veía la hora de ir a buscarla.

—No llores más. Verás que se pondrá bien, cariño. No te preocupes por nada, nosotras estamos aquí —habló Luisa tranquilizándome.

Eran unos cielos de amigas. Hermanas: eso eran. En el momento en el que el camarero venía con la cuenta, un hombre se acercó a nosotras. No sabía quién era, pues mi mirada estaba nublada de tantas lágrimas. Estaba perdida en mis pensamientos, mirando el plato vacío, hasta que escuché su voz, esa voz que tanta falta me había hecho. Levanté la mirada y ahí estaba él, el hombre de mis sueños y mis pesadillas, el de mis dolores de cabeza, mi policía favorito. Me levanté y me aferré a él, importándome muy poco lo que mis amigas pensarán; lo necesitaba como aire para respirar y me daba cuenta en ese momento. Estaba enamorada de él, estaba enamorada de Rubén y, aunque sabía que lo nuestro era imposible, no podía dejar de sentir lo que mi corazón sentía con solo tenerlo cerca, con solo escuchar su voz, ruda y dulce a la vez.

Nos sentamos y no sabía en qué momento las chicas se habían ido y nos habían dejado solos. Rubén no me decía nada, solo me acariciaba la espalda y mi pelo, tranquilizándome, demostrándome sin palabras que estaba ahí conmigo y que no se iba a ir a ningún lado ni aunque lo echara de mi vida. Eso era lo que él me transmitía; era como si nos conociéramos de toda la vida, como si estuviéramos destinados, pues con solo mirarnos sabíamos qué

pensaba el otro. Levanté la cabeza y clavé mis ojos en los suyos; me hundí en la oscuridad que su mirada me regalaba, me perdí en esa oscuridad que su alma sentía, mientras intentaba llenarla de luz y color, aunque en ese momento estuviera yo igual que él.

—Te he echado de menos, cascarrabias —susurró al tiempo que acercaba su boca a la mía para fundirnos en un beso.

Nuestros labios se pegaron después de horas sin hacerlo; su lengua entró en mi boca y jugó con la mía. Nuestros cuerpos ya temblaban necesitados de estar juntos —piel con piel—, de rozarse en cada movimiento, de flotar en el aire y caer al vacío. Así nos sentíamos y así queríamos estar. Nos levantamos y nuestros labios se separaron para poder mirarnos; sus manos, en mis mejillas, secaban las lágrimas que aún seguían saliendo. Era maravilloso y único, y no entendía por qué nos peleábamos tanto, aunque también podía ser por mi carácter. No le dejaba pasar ni una, pero ¿cómo hacerlo? Después de todo, me habían engañado y estaba atenta a cada movimiento; no quería volver a sufrir de nuevo por amor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras caminábamos de vuelta a la sala de espera.

Me encogí de hombros, restándole importancia. No quería que se preocupara por mí, no podía hacerlo. Me paró y me abrazó; metió sus manos debajo de mi camisa para tocar mi cintura, y sentí escalofríos al notar sus manos. Sus dedos comenzaron a hacer círculos en mi piel, y esta se erizó por completo. ¿Por qué tenía que hacer eso? Si el supiera lo que provocaba en mí, no lo haría, pero no era el momento ni el lugar para demostrarle lo que me hacía sentir, aunque se dio cuenta enseguida, pues mis ojos miraban su boca con deseo de morderla. Acercó sus labios a los míos y volvió a besarme, pero esta vez con pasión, con desesperada pasión. Mis manos subieron a su cuello y lo cogí de la camisa para acercarlo a mí aún más, si podía. No nos importaba que nos viera nadie, nos daba igual que alguien conocido lo viera besándose con otra y pudiera decirle a su novia dónde y con quién estaba. Y a mí, a mí no

me importaba; simplemente lo necesitaba y no podía separarme de él.

—Será mejor que paremos, o no respondo —dijo con nuestros labios pegados.

Nos separamos y seguimos caminando con su brazo echado por mi hombro. Llegamos y Martín nos miró, negó con la cabeza, y yo ya sabía que no estaba de acuerdo, aunque también sabía que, si él quisiera, su amigo no se acercaría a mí y, si seguía haciéndolo, era por algo, ¿no?

Mi hermano se levantó y se acercó a nosotros; nos miró y cogió a su amigo del brazo, lo apartó de mí y de todos. Se fueron lejos para que no pudiéramos escucharlos hablar, pero sí verlos. Entendía a mi hermano, entendía su preocupación y más con la relación que su amigo seguía teniendo, pero yo no podía separarme de él. No entraba esa posibilidad, no la aceptaba y menos sintiendo lo que sentía. Las chicas volvieron a sentarse a mi lado y me miraron expectantes, esperando que les dijera algo, pero no lo hice. Yo sabía que todo era por preocupación, pero en ese momento no tenía ganas de nada.

Después de dos horas más de espera, en las que mi hermano y Rubén no pararon de hablar mientras me miraban, salió un médico para informarnos de que mi padre ya estaba fuera de peligro y de que la operación había salido bien. Todavía no podíamos entrar a verlo porque seguía sedado, pero desde fuera, por un cristal, podíamos verlo. Mi hermano y yo seguimos al médico, y nos dejó delante de la habitación de mi padre. Comenzamos a llorar, ya que verlo ahí, lleno de cables y frágil, sabiendo el temperamento y la fuerza que tenía, no era plato de buen gusto, y estábamos muriéndonos por dentro. Martín me abrazó por detrás y yo eché la cabeza en su pecho. Mis dedos subieron hasta mis mejillas y borré todo rastro de lágrimas; no quería llorar más, no debía hacerlo más. Mi padre estaba bien y ahora teníamos que ser fuertes, por lo menos yo, pues tenía que encontrar a la madre que me parió para cantarle las cuarenta. Llevábamos unos diez minutos delante del cristal, y vino una enfermera para informarnos de que ya debíamos salir, de que no podíamos estar más tiempo. Me acerqué y posé mi mano derecha en mi boca; la besé y le

mandé el beso a mi padre, pegando la mano en ese cristal que nos separaba de abrazarlo.

Al salir, Rubén seguía ahí sentado, esperándome. Belén y Luisa estaban frente a él, y Cristian —que no sabía cuándo había llegado— estaba al lado de Luisa. Me acerqué a ellos y Cristian vino a saludarme con su típica sonrisa de «yo soy el guaperas del grupo». Me dio un beso en la mejilla y me abrazó. Al final se había convertido en un buen amigo después de todo.

—¿Cómo estás, canija? —preguntó al separarse de mí.

Lo miré y mis labios se curvaron en una sencilla sonrisa, esa sonrisa que hacía tiempo no sacaba, esa sonrisa que se había esfumado cuando me hubieron engañado y que, gracias a todos ellos, incluido Rubén, volvió a aparecer. Me encogí de hombros y le di con mi puño en el hombro, despacio. Rubén se acercó y me abrazó; ya lo hacía tan natural, como si fuéramos una pareja normal. No sabía qué fue lo que habían hablado mi hermano y él pero, si seguía conmigo y me abrazaba así delante de todos, sería porque mi hermano le había dado el visto bueno; si no se lo había dado, me daba igual, pues seguiría haciendo lo que me daba la gana y, en ese momento, lo que quería era besarlo hasta que nuestras terminaciones se durmieran.

## Capítulo 16

Un día entero en el hospital, un día en los que aún no habíamos podido ver a mi padre ni abrazarlo como deseábamos. Mi hermano se fue a descansar con mi cuñada, pues el pobre fue el que había estado al pie del cañón hasta que llegué yo. Luisa, después de un par de horas más, también se fue, y Cristian se ofreció a dejarla en su casa. Esos dos se traían algo y ellos sabían que nos habíamos dado cuenta. En fin, así que me quedé en el hospital sola con Rubén, que no quiso marcharse por más que le había implorado. Me regañó diciendo que no me dejaría sola ni un instante y, aunque me quisiera hacer la dura, me encantaba que quisiera estar a mi lado. Quería preguntarle por lo que había hablado con mi hermano; incluso quería saber cómo estaban las cosas con su «novia», pero no me atrevía. Por primera vez en mi vida, no me atrevía a hacer algo. Lo miré decidida a preguntar, pero no me salían las palabras; mis ojos se quedaron prendados de los suyos y era como si estuviera hipnotizada.

—¿Ocurre algo? —preguntó y negué mirando hacia el otro lado—. Entonces, ¿por qué me miras tanto? Me da la sensación de que quieres hablar, pero no lo haces.

Me levanté y me dirigí hasta la ventana que había al otro lado de la sala de espera. Rubén hizo lo mismo y vino detrás de mí. La noche ya había caído sobre nosotros, y la luz de la luna se colaba por esa triste ventana de hospital y alumbraba los pocos familiares que aún seguían esperando saber noticias de sus enfermos. Rubén tocó mi espalda con su mano izquierda y rozó mi brazo

con la yema de sus dedos de la otra mano. Mi cuerpo respondía a sus caricias; la piel se me erizaba nada más sentir su roce. Me sentía necesitada, ansiosa de él, de sus besos, sus caricias. ¿Y para qué mentir?; me moría por tenerlo en mi interior... Tan profundo, tan placentero... Me di la vuelta y me acerqué más a él para sentirlo cerca, lo más cerca posible. Rubén no dijo nada, solo pasó sus brazos por mi cintura y me apretó a su cuerpo con fuerza; bajó su cabeza y rozó sus labios con los míos. Con solo notar sus labios, en un pequeño roce, mi cuerpo tembló deseoso de ser tomado, y él se dio cuenta, pues me cogió del brazo y casi me arrastró a los baños del hospital. Estábamos completamente locos, pero locos de pasión.

Al entrar en el baño y comprobar que no había nadie, cerró la puerta con pestillo y, sin dejarme siquiera pensar, se abalanzó sobre mí y me comenzó a desnudar sin parar de besarme. Sus besos eran ardientes y delirantes, y lo único que hacía conmigo era volverme aún más loca por él. Sus manos se movían con destreza, sacando toda mi ropa, dejándome completamente desnuda, sin pensar en que alguien podía venir a interrumpirnos. No nos importaba nada, únicamente queríamos amarnos, queríamos sentirnos por completo. Al verme desnuda, su mirada me quemaba; era una sensación nueva pues, desde el principio, había sentido algo, pero no sabía qué y, el día anterior, me había dado cuenta de que estaba enamorada, de que amaba a ese hombre que me miraba con los ojos más bonitos que había visto en toda mi vida. Lo mejor de todo era que me sentía amada; aunque nuestros sentimientos estaban bien guardados en el fondo de nuestro corazón, no podíamos negarlos, pues —con solo mirarnos— hacíamos saltar chispas, y todo el mundo se daba cuenta de lo que sentíamos el uno por el otro. La cosa era ¿hasta dónde estaría dispuesta por ese amor, que crecía día a día? No sabía hasta dónde, pero en ese momento me daba igual, solo quería sentirlo.

—Lara... yo... yo creo que... —Su voz sonaba temblorosa, pero no pudo terminar de hablar, pues su móvil comenzó a sonar insistente, y tuvo que cogerlo.

La persona que le hablaba al otro lado de la línea parecía cabreada y Rubén, en ese momento, me miraba nervioso así que, al darme cuenta de la situación, comencé a vestirme. Sus pies se movían nerviosos, y ya me temía lo peor. ¿Qué estaría pasado? Él solo respondía en monosílabos y no me enteraba de mucho, pues hablaba bajito. Cuando colgó me sentí mal y no sabía por qué; era como si, en cierto modo, lo que habíamos estado a punto de hacer estuviera mal y esa llamada nos lo recordase para que no cometiéramos más locuras. Rubén, al colgar, se acercó a mí con miedo; lo notaba en su mirada. Sabía que este sí era el fin de lo que teníamos, pero ¿qué teníamos? Ninguno lo sabía. Bueno, yo sí, yo me había enamorado y ya no había remedio para eso. Aunque me había ido para olvidarlo, para no enamorarme, al final volví y me di cuenta de que el amor que sentía por ese hombre uniformado y de voz ruda hizo que no quisiera irme nunca más. Pero las cosas nunca salen como uno lo planea, simplemente suceden sin más. Lo tenía muy cerca y tuve que separarme para no sucumbir a sus encantos. Él frunció el ceño y volvió a acercarse, pero de nuevo me alejé.

—¿Por qué te alejas? Lara, por favor, ¿qué ocurre? —preguntó despacio, aunque yo sabía que lo único que hacía era fingir, pues sus ojos, en ese momento, me estaban enseñando su gran cabreo.

—Aunque creas que lo que digas me hará sentir mejor, no es así. Únicamente te equivocas una vez más, pero no te preocupes: yo me doy cuenta de la situación y, créeme, sé que esto no tiene futuro. No olvides una cosa: lo que teníamos nunca se borrará de nuestra mente. —Rubén negó y pude ver la decepción en su rostro, pero me dio igual y, sin decir ni una palabra más, abrí la puerta del baño y salí de ese cubículo, que tan pequeño se me hacía junto a él.

Me fui de nuevo hasta la sala de espera y me senté en la misma silla en que hacía unas horas me había acomodado. Vi cómo Rubén caminaba en mi dirección, pero algo lo paró, o alguien, mejor dicho. Una voz a pleno grito se acercaba a él con paso decidido, y pude ver a un hombre de unos cincuenta

años que vociferaba a Rubén como si fuera un niño malcriado. ¿Quién sería ese él? Me levanté y quise acercarme, pero ese hombre, al verme, me observó con la cara desencajada, como si no quisiera que escuchara la conversación. Rubén se dio la vuelta y me miró suplicante, como echándome de su lado.

—¿Quién es esta? —preguntó el hombre de mala manera. Rubén iba a responder, pero me adelanté.

—Esta tiene un nombre y no tengo por qué decírselo —respondí de la misma manera.

—Papá... es solo una amiga, ¿vale? —respondió Rubén, lo que me mató por dentro.

—Sí, eso soy... «Una amiga». Adiós, amigo —dije mirando a Rubén y me alejé, pero sentí la mano de él cogiendo mi brazo.

Me di la vuelta y mi mirada se oscureció por la decepción de ese «amiga»; me había dolido mucho. Pero realmente lo que me dolía no era que lo había dicho, sino saber que era la verdad, que solo sería su amiga y nada más.

—¿Qué quieres? Vete, no hagas esperar a tu padre, no lo hagas por mí, que solo soy una «amiga» —dije moviendo los dedos, haciendo las comillas.

—Lara, por favor. Las cosas no son así... Entiéndeme, por favor —suplicó mientras se acercaba.

Yo no quería tenerlo cerca; su cercanía me hacía daño. Me dolía saber que nunca, nunca, seríamos nada más que amigos. Me dolía saber que no era nada para él y que muy pronto sería padre y crearía una bonita familia. Una familia en donde yo no era nada; bueno, sí, su amiga.

—¿Crees que me importa lo que hagas? Por mí, puedes largarte con ella. Anda y cástate, Rubén. No aplaces nada por algo que no tiene futuro porque, óyeme bien, tú y yo no somos nada y nunca lo seremos —sentencié y me fui sin dejarlo responder.

Caminé con paso decidido hacia el ascensor, crucé una mirada de muerte con su padre y me perdí entre las pocas personas que también se marchaban. Bajé hasta la cafetería y me senté en una de las mesas apartadas después de

pedirle un café bien cargado al camarero. Pensando en mis cosas y, sobre todo, en lo que había pasado, me lo tomé. Aunque no quería que me doliera, lo hizo, y mis estúpidas lágrimas tuvieron que salir para hacerme ver la cagada tan inmensa que había cometido enamorándome de un hombre prohibido.

Una hora en la cafetería, ya me había tomado dos cafés y estaba a punto de tomarme otro cuando sentí cómo alguien se sentaba a mi lado. Me giré y me quedé helada al ver a David. ¿Qué hacía aquí? No me lo podía creer, y él se dio cuenta y me mostró una maravillosa sonrisa.

—David, ¿qué haces aquí? —pregunté contenta de verlo de nuevo.

—Le pregunté a tu nona dónde estabas y me dijo lo de tu padre. No quise dejarte sola, sé lo que es pasar por algo así. —Me abracé a él llorando y cogí su hombro como paño de lágrimas; llegó a mí como si fuera un ángel guardián. Con David siempre fue así: siempre me sorprendía y siempre estaba para mí, y ese día me lo demostró de nuevo.

—Vaya, si hubiera sabido que te pondrías así, hubiera venido antes —habló sarcástico—. Eh, eh, no llores, Lara. Tu padre te necesita fuerte. Además, sé que estará bien; es un hombre muy fuerte. Solo hay que ver a la hija que tiene, una mujer llena de fortaleza, una mujer menuda de cuerpo, pero enorme de corazón. —Sus palabras me hicieron sentir mejor y di gracias por que estuviera cerca de mí.

Después de cenar, ya que me obligó a comer algo, volvimos a la sala de espera. Ambos caminábamos desanimados pues, aunque David quería animarme, no lo conseguía. Únicamente me ayudó a que las horas pasaran un poco más de prisa, pero no a olvidarme de todo lo que ocurría y de lo que estaba por pasar. Salimos del ascensor y caminamos despacio, hablando un poco de todo lo que había pasado en los años que no nos habíamos visto, pero al llegar me callé de pronto. La imagen de Rubén mirando por la ventana me congeló. Nos escuchó y se dio la vuelta; me miró y luego a David, que tenía su brazo echado por mis hombros. La expresión de tranquilidad se le cambió y se acercó a nosotros como si alguien le estuviera quitando a la novia.

—¿Qué haces aquí? Pensé que te habías ido —hablé nerviosa.

—Ya ves que no. ¿Quién es él? —preguntó señalando a David.

—Soy David, su ex y amigo, ¿y tú?

Yo los miraba como si fuera una partida de tenis. Ambos se miraban con los ojos llenos de furia y, si la cosa se torcía, de seguro se darían golpes hasta que uno de ellos cayera. Pero ¿cuál sería su recompensa? No creía que fuera yo, pues Rubén y yo solo éramos amigos, y con David era tanto de lo mismo.

—Pues ¡qué bien!, ya estamos todos los amigos juntos —dijo Rubén mirándome, y yo reprimí la risa que me ocasionaban los dos pero, sobre todo, los celos de él—. ¿Podemos hablar a solas? —propuso mirando a David.

No quería estar a solas con él, pero tenía que ir, tenía que escuchar lo que fuera que me iba a decir; aunque me doliera en el alma, necesitaba saberlo. Asentí y caminé hacia el otro lado. David se sentó en una silla de la sala de espera y me dijo que me esperaría. Esa aclaración a Rubén no le gustó, pero no estaba para exigir nada. Cuando estuvimos lo más lejos posible de mi amigo, paré y me di la vuelta, sin darme cuenta de lo cerca que estaba de mí, pues me choqué con su pecho. Su respiración se aceleró y la mía la siguió. Nerviosa y excitada, así me sentía, y me moría de ganas por que sus labios rozaran los míos. Pero tenía que hacerme la dura, así que, sin más, me alejé con todo el dolor de mi alma; me separé, pues no podía sentirlo tan cerca.

—¿Por qué volviste?

—En realidad no me fui. No podía marcharme sin hacer esto...

Pegó su cuerpo al mío y, cogiendo mis mejillas, me besó, pegó sus labios a los míos. Otra vez me sentía en una nube, una nube que estaba a punto de comenzar una tormenta, de dejar las lluvias más abundantes que el mundo había presenciado, unas lluvias que declaraban todo el amor que mi corazón se dignaba a sentir por ese hombre, que lo único que había hecho —desde que nos conocimos— fue volverme loca. Solo hacía días, unos días llenos de pasión, una pasión que no sabía que podía sentir y que él había convertido en amor, un amor desesperado por tenerlo conmigo siempre. Pero sabía que era

imposible, que mi amor por él solo era un espejismo —algo que solo puedes ver, pero no tocar—, y yo no me conformaría solo con eso, yo lo quería por completo.

## Capítulo 17

Nuestros labios seguían dándose ese calor abrasador, ese calor que subía desde mi intimidad hasta mis mejillas, que calentaba todo mi cuerpo, mientras yo anhelaba —con todo mi ser— que me hiciera suya. No quería, no podía y necesitaba alejarme lo más posible de él o, al final, me vería encerrada en casa con el pijama tres meses más, aunque con una excepción: con Rubén sería diferente y sabía que no serían tres meses. En este caso no le pondría tiempo, sabiendo que, seguramente, estaría años sin levantar cabeza. Me separé y le di un guantazo; no aguantaba que, con solo un beso suyo, consiguiera de mí lo que le daba la gana, y estaba harta de sentirme vulnerable ante él. Rubén me miró con una ceja levantada y volvió a coger mis mejillas; bajó una de sus manos para agarrarme fuerte de la cintura, sin dejarme escapar, sin dejar que me defendiera de lo que me estaba dando. Sus labios y los míos eran el detonante perfecto para una perfecta tormenta, aunque una tormenta eléctrica era lo que estaba a punto de suceder. Al separarnos nuestras respiraciones estaban alteradas y yo tenía ganas de ser besada de nuevo, porque sentía mi boca desnuda, sentía frío al separarse de mí.

—Te encanta golpearme después de un buen beso, ¿verdad? No ves que, con tus golpes, lo único que consigues es que te desee aún más, y lo peor de todo es que quiero y necesito más de ti —susurró al tiempo que acercaba sus labios, de nuevo, a los míos.

—¿Mas de mí? ¿Qué es lo que exactamente quieres de mí? —Las palabras

me salían entrecortadas y mi cuerpo temblaba como un flan a punto de desparramarse por el suelo.

Sus labios se surcaron en una dulce sonrisa, una sonrisa que podría parar al mismo diablo antes de masacrar el mundo entero. En ese momento ese diablo era yo pues, antes de llegar, lo único que quería era patear sus pelotas como si fuera un balón de fútbol, pero fue otra cosa que no pude hacer.

—¿Es que aún no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—De que te quiero... Lara, yo estoy enamorado de ti desde hace mucho tiempo, pero jamás pensé que tú y yo nos llegásemos a conocer algún día — declaró y yo abrí la boca desencajada—. Desde que tu hermano comenzó a hablarme de ti, fue como comenzar a conocer a alguien muy especial. Al principio pensé que eran imaginaciones mías pero, de un momento a otro, mi mente te puso cara y comencé a soñar con esa mujer espectacular que tu hermano me describía día a día.

No podía creer que me estuviera diciendo todo eso y me sentía aterrada ahora, que sabía sus sentimientos, porque eso solo complicaba las cosas aún más. Me separé unos milímetros de él. Necesitaba respirar, necesitaba aire fresco, sentirme libre por un momento, antes de meterme de lleno en la mayor locura cometida en toda mi vida. Entonces, no lo pensé y salí corriendo en dirección a la salida. Rubén gritaba mi nombre, corría tras de mí. Salí a la calle y el cielo, que amanecía, lo hacía de manera oscura, pues estaba nublado. La tormenta que estuvo a punto de comenzar, en el interior del hospital, caería encima de nosotros. Rubén me alcanzó, antes de cruzar la carretera, y me cogió en brazos para evitar que me fuera.

—¡Déjame! ¡Suéltame ahora mismo! —grité y su respuesta fue besar mis labios con fiereza, lo que llenó todos mis sentidos.

Volvió a separar sus labios de los míos y mordió mi labio inferior antes de soltarme. Ese simple acto hizo que mi intimidad vibrara anhelante. Rubén sonrió y sus ojos se achicaron al sonreír tan abiertamente.

—¿Qué te hace tanta gracia? Desde luego que, cuando digo que eres gilipollas, es por algo.

—Creo que va a llover —respondió ignorándome por completo. Puse mis manos a cada lado de mi cintura, poniéndolas en jarra, y en ese momento una gota cayó en mi frente, lo que hizo que soltase una gran carcajada.

—Tienes la risa más bonita y perfecta que he escuchado nunca. Por favor, nunca dejes de reír. —Me acerqué a él, puesto que estaba a punto de llover y sus besos, bajo la lluvia, me encantaban.

Pegué mis labios a los suyos; su lengua buscó acceso a mi boca y la abrí gustosa por probarla. Me moría de ganas por que nuestras lenguas se rozaran como si estuvieran bailando un tango. De pronto gotas caían encima de nosotros y, poco a poco, la lluvia se hizo más dura. Nos mojó por completo, pero no nos importó y seguimos en lo nuestro, y eso era besarnos hasta desfallecer.

Segundos o minutos, no sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, pero tuvimos que separarnos para correr hasta el interior del hospital, pues la lluvia no cesaba y el agua ya nos calaba en la ropa. Además de que escuchamos truenos, no estaba segura de si provenían del cielo o de nuestro interior. Entramos al hospital a toda prisa, con las manos entrelazadas y riéndonos. La verdad, de todos los besos bajo la lluvia que nos habíamos dado, sin duda, ese fue el mejor de todos. Caminamos hasta el ascensor y le di al piso cinco, que era donde estaba mi padre, y recordé que había dejado a David en la sala de espera.

—Joder, no me acordé de mi amigo —dije inocente.

La puerta del ascensor se abrió y salimos de este. Rubén, antes de que nos acercáramos a la sala de espera, se puso delante de mí y me paró.

—Tenemos que hablar, Lara —propuso agarrando mis brazos con suavidad.

Lo notaba nervioso, como si quisiera contarme algo. Asentí y me encogí de hombros; no quería que pensara que le iba a pedir nada. Si él tenía que dejar a su novia, que lo hiciera por él y no por mí. No viviría en paz sabiendo que

rompí una pareja.

—Está bien, pero será en otro momento. ¿Te parece bien? —pregunté y asintió con desgana.

Caminamos de nuevo para la sala de espera, y mi hermano Martín estaba sentado al lado de David; hablaban animadamente. Me acerqué a ellos y me senté al lado de mi hermano. Martín, al ver a Rubén, se extrañó, pues pensaría que aún no estaría conmigo, ¿o sería por otra cosa? Debía averiguar qué fue que habían hablado ellos, así como el motivo de la visita de su muy simpático padre.

—Estás empapada. ¿Dónde estabas? —habló Martín reprimiendo una sonrisa.

—Salí a tomar un poco de aire, y comenzó a llover —dije mirando a Rubén. Él me sonrió.

—Pensé que ya te habías ido. Tu padre me llamó y me preguntó si sabía dónde estabas. Supongo que habrá venido a buscarte, ¿no?

¿Mi hermano fue quien le había dicho al padre de Rubén dónde encontrarlo? Eso no podía ser posible. ¿Con qué fin?, ¿separarnos? ¿Cómo separas a alguien de una persona con la que no está? Olía a gato encerrado, y no iba a parar hasta averiguarlo.

—Sí, vino a buscarme. Muchas gracias por tu amabilidad.

Miré a los dos y quise hablar con mi hermano en privado, pues no estaba de acuerdo con él, ya que me podría haber metido en un problema a mí con ese señor. Pero parecía que le daba igual, como si lo único que quería era que me separara de Rubén. Y si era así, ¿por qué habló con él? Y sobre todo, ¿de qué?

—Por cierto, ¿cómo está Lucía? Porque tu padre te buscaba para decirte que tu novia estaba de parto —soltó mi hermano de pronto. Yo lo miré desenchajada y me levanté de golpe. Me sentía engañada y muy cabreada.

—¿Eso es cierto? —pregunté a Rubén al tiempo que me ponía ante él—. Mírame —exigí cogiendo su mejilla para que lo hiciera—. ¿Es cierto? Tu novia estaba de parto y te ha dado igual. ¿Cómo crees que me hace sentir eso a

mí?

—Perdóname, Lara, por favor. Las cosas no son así —se defendió.

—¿Y cómo son? Te responderé yo. La cosa es que soy tu amante, soy la otra, y tu novia está de parto, y te quedas conmigo. Hay que ser muy hijo de puta para hacer eso...

—Lara, escúchame. No es así...

—Cállate, no me mientas más. Lárgate con ella y, por favor, no me busques más. Necesito que me dejes en paz de una vez y que esta sea la última vez que tú y yo nos vemos —escupí cabreada.

—Lara, por favor, necesito que me escuches. Si lo hicieras, te darías cuenta de las cosas...

—¡No! No quiero escucharte más, no quiero verte más. Quiero olvidar que te he conocido. Quiero olvidar todo lo que hemos vivido... —hablé con la voz temblorosa, pues las lágrimas estaban a punto de salir. Quiso acercarse, pero no lo dejé—. Vete y no vuelvas.

—Si es lo que quieres, eso haré, pero no dirás que no lo intenté.

Después de esas duras palabras, asintió no muy convencido y se fue, y me dejó completamente confundida y desolada. ¡Cuántas emociones en un solo día! Parecía que había estado en el parque de atracciones y me había montado en la montaña rusa. Mi hermano se acercó a mí y me alejé de él, pues también me había mentado. Estaba claro que no podía confiar en ningún hombre, ni aunque fuera mi propia familia. Me fui, salí del hospital y me metí en el coche; necesitaba pensar y relajarme. Conduje por más de una hora, hasta que llegué al apartamento de mis amigas. Quería pasar por mi casa, pero seguramente ya estaría ocupada por la trepadora de Silvia y el estúpido de mi ex, así que mejor me fui con mis chicas. Aparqué el coche y subí hasta su piso. Cuando Luisa abrió la puerta, entré en la casa como un vendaval a moco tendido; necesitaba llorar y en el hospital no lo había hecho para que mi hermano no me viera. Belén, preocupada, vino hasta a mí y me abrazó..

—¿Qué ocurre, Lara? ¿Le pasó algo a tu padre? —habló Belén al tiempo

que me cobijaba entre sus brazos. Yo negué para no preocuparlas más de la cuenta.

—Entonces, ¿por qué estás así? ¿Acaso pasó algo con Rubén?

Y con solo escuchar su nombre me dolía el alma. Lloré como nunca lo había hecho y me sentía estúpida por estar enamorada de un hombre al que acababa de conocer y que, encima, estaba comprometido. ¿Por qué el amor tenía que ser así?, ¿por qué tuve que enamorarme de él tan pronto? Me sentía muy sola antes de conocerlo y creía que ese había sido el detonante para que mi corazón se abriera para él. Pensé que, con solo tener sexo con él, sería suficiente para pasar el rato, pero me enamoré como una estúpida y, aun sabiendo que iba a sufrir, seguí viéndolo, seguí entregándole todo de mí. Pero ¿ahora qué haría con esto que sentía?, ¿cómo iba a hacer que pasara? No estaba preparada para pasar de nuevo por lo mismo, y lo peor de todo era que él no era mi exmarido, y me di cuenta de que el amor que había sentido por Álvaro no era comparable con lo que sentía por Rubén.

—Tranquila, Lara, no llores más. Si no estás preparada para contarnos ahora, no lo hagas. Ya sabes que estaremos aquí cuando lo estés —afirmó Luisa.

—¿Puedo quedarme esta noche aquí, con vosotras?

—Eso ni siquiera se pregunta. Ya lo dábamos por hecho, cielo. Anda, ve y descansa, ya sabes dónde están los pijamas de Luisa.

Me levanté y me dirigí a la habitación de Luisa; cogí un pijama de la cajonera, me desnudé y me lo puse. Luego, sin más, me metí en la cama; Luisa tenía dos camas pequeñas en la habitación. Belén tenía una de matrimonio; algunas noches, mi hermano se quedaba con ella. Pero Luisa había pensado siempre en mí y había dejado las dos camas para cuando yo quiera quedarme. Tirada en la cama, seguí llorando, pero esta vez era de cabreo. Estaba cabreada conmigo misma, por lo estúpida que había sido, por haber confiado en alguien que sabía que no sería legal, porque ya el hecho de que engañara a su novia embarazada con otra mujer daba mucho que desear. Pero bueno... la

estúpida fui yo, que me había enamorado y ahora tenía que cargar con ese peso de por vida, porque no me sentía capaz de olvidarlo y sabía que todos mis intentos por conseguirlo serían en vano y no lo lograría jamás.

## Capítulo 18

A la mañana siguiente me levanté con un propósito, y ese era buscar a mi madre. Cogí el móvil y busqué el número de mi hermano. Tenía que preguntarle, primero, por mi padre y, de camino, tenía que decirme el número de Cristian, pues necesitaba un favor de mi amigo.

Lara:

Martín, ¿cómo está papá?

Mientras esperaba a que me contestara, me comencé a vestir pues, nada más supiera adónde ir, saldría de la casa para realizar mi cometido. Diez minutos después, recibí la respuesta de mi hermano.

Martín:

Parece que está despertando, pero aún no podemos verlo.

Lara:

Está bien, más tarde iré. Por favor, pásame el número de Cristian y no me preguntes para qué lo quiero, porque no te lo diré. Si quieres ayudarme, dime el número y nada más.

Tardó más de la cuenta en responderme, pero hizo lo que le pedí y me dio el número sin siquiera rechistar. Una vez guardado en la agenda del teléfono, escribí un mensaje a Cristian, en el que le decía que lo esperaba en la

cafetería del centro para hablar con él de un asunto. Solo respondió con un «Ok» así que, sin más, cogí mi bolso y salí de la casa sin darles ninguna explicación a mis amigas.

Media hora después llegué a la cafetería, y Cristian ya me esperaba en la puerta. Me acerqué a él y le di dos besos en las mejillas. Nos adentramos en la cafetería y nos sentamos en la mesa más apartada, pues le iba a pedir un favor al que, de seguro, se iba a negar. Pero no podía pedírselo a otra persona, no podía pedírselo a él. Cristian me miraba esperando que le dijera algo.

—¿Me vas a decir ya para qué me has llamado?

—Necesito un favor tuyo.

—Vale, pero a ver qué me pides, canija —respondió burlándose y yo sonreí.

—Necesito que busques a una persona. Es un familiar de mi padre, pero no sé dónde está y he pensado que igual tú podrías buscarla —pedí despacio, como si al hacerlo así me dijera que sí.

Cristian me miró y por un momento pensé que me diría que no, pero me equivoqué, pues me pidió los datos de esa persona que yo estaba buscando; claramente no le diría que era mi santa madre. Después de darle todos los datos de mi madre —aunque lo único que necesitaba era su nombre—, nos tomamos un café y cada uno cogió su camino. Yo me fui al hospital hasta esperar la llamada de Cristian, en la que me diría dónde encontrarla. Al llegar vi a mi amigo David y a mi hermano en la sala de espera. David estaba con otra ropa, así que supuse que habría ido a cambiarse. Ambos me miraron y yo no le dije nada a ninguno y me senté en la silla más apartada posible; no me sentía con ganas de hablar con nadie y menos con mi hermano.

Estuve sola un rato hasta que vi cómo mi hermano se levantaba y se sentaba a mi lado. Mis ojos fueron directo a la ventana; no quería ni mirarlo, me sentía muy cabreada con él y, sobre todo, decepcionada porque, si yo estaba con Rubén, era porque yo quería, y no tendría que haberse metido. De igual forma, iba a acabar mal de un momento a otro.

—¿Ni siquiera vas a mirarme? —preguntó—. Lara, lo siento, pero lo hice por ti. No quiero que vuelvas a sufrir.

—Ese es mi problema. Preocúpate de tu vida y deja la mía en paz. No soy estúpida y sé hasta dónde puedo llegar —respondí cabreada.

Mi hermano me miró impresionado por mi respuesta, pues jamás le había hablado así; nunca nos habíamos peleado en serio, y esa vez era la primera vez en mi vida en que me cabreaba con él de verdad. No decía que no lo había hecho con buena intención, sabía que quería protegerme, pero era mi problema y no tendría que haberse metido. Yo solita sabía cuidarme; yo solita sabía meter la pata hasta el fondo, remover la mierda y volver a salir aunque fuera mal. Pero siempre salía, y en ese caso no sería la excepción, ¿o sí?

Joder, si yo misma me respondía negativa, ¿por qué no podía pasar página sin más? Mi hermano quiso coger mi mano para poder hablar de nuevo. Yo sabía que, en ese momento, lo estaba pasando muy mal, pero yo estaba igual o peor que él, y parecía que no se daba cuenta. Me iba a levantar para no tener que mirarlo, pero el médico llegó para decirnos que mi padre había despertado y que quería vernos, aunque no más que nosotros a él. Me moría por ver a mi padre y por darle un fuerte abrazo para no dejarlo escapar más.

Fuimos los dos tras el médico que había venido a buscarnos, pero este se paró y dijo que mi padre solo quería verme a mí. Mi hermano y yo fruncimos el ceño. Era muy extraño, pues mi padre no elegía a uno nunca; siempre éramos los dos, siempre juntos donde fuera y cuando fuera. Martín me dio un apretón en mi mano derecha y se fue de nuevo a la sala de espera. Yo, por consiguiente, volví a seguir al médico, que me dejó justo delante de la habitación de mi padre. Una parte de mí se moría por entrar, pero la otra me decía que no saldría bien de ese cuarto, que las cosas se habían descubierto y que mi padre me odiaba. Me quedé pensando por segundos hasta que me armé de valor y abrí la puerta despacio, como si no quisiera que mi padre se diera cuenta de mi llegada. Entré en la habitación y mi padre clavó sus preciosos ojos azules, aunque ya cansados, en mí y temblé. Estaba cabreado; ese gesto

fue el que me confirmó lo que estaba a punto de pasar.

—Acércate, Lara —habló despacio, cansado. Yo le hice caso, aunque a paso lento.

—¿Cómo estás, papá? Nos tenías muy asustados —pregunté y no me respondió.

No me gustaba la frialdad con la que mi padre me miraba. Era como si ese hombre bueno y bondadoso que me había enseñado a dar mis primeros pasos, a montar en bici, que había echado a los monstruos del armario fuera de mi vista, ya no me quisiera. ¿Lo había decepcionado? No lo sabía, aunque yo misma estaba decepcionada de mí misma.

—Siéntate —dijo señalando la silla que había justo delante de su cama. Sin responderle me senté.

Quise coger su mano, pero me la apartó y con ese acto quise morirme. Mis ojos se llenaron de lágrimas y yo ya sabía que ese hombre que era mi héroe no estaba frente a mí; en cambio, había un hombre frío y distante. Mi padre no estaba, no me quería cerca.

—Lo sé todo.

—¿Todo? —pregunté en un susurro casi audible y él asintió.

—Sé que tú fuiste quien echó a tu madre de casa. La obligaste a escribir una carta que decía algo que era mentira. ¿Por qué? —preguntó y me quedé callada. No sabía qué responder—. ¡¿Por qué?! Responde, Lara.

Agaché la mirada. No podía mirarlo, no podía ver sus ojos llenos de odio hacia mí. Me sentía mal, avergonzada, perdida. Sabía que ese día llegaría, aunque siempre había mantenido la esperanza de que no pasara.

—Lo siento, papá. Era lo que tenía que hacer —respondí en un hilo de voz. Las lágrimas no me dejaban hablar con claridad.

Me levanté para irme, no quería estar más entre esas cuatro paredes, sintiéndome odiada por el hombre al que yo siempre había amado y respetado: por mi padre. Casi al cruzar el umbral de la puerta, me llamó y me di la vuelta.

—No sé por qué lo hiciste, no sé qué fue lo que te llevó a semejante bajeza,

pero no quiero volver a verte. Me hundiste la vida, Lara, y eso jamás te lo voy a perdonar —sentenció y me fui con el corazón en un puño.

En ese momento mi corazón había muerto del todo. Quise contarle los motivos que me habían llevado a echar a mi madre de nuestra casa, pero no era el momento, no cuando se estaba recuperando de varios infartos. Sabía que, si le contaba a mi padre lo que ese día había pasado, se pondría mal, y yo no quería eso. Al salir de la zona de las habitaciones, vi a mi hermano, y este me miró nervioso; se levantó y corrió hasta mí pues, al ver en el estado en el que me encontraba, se preocupó.

—Lara, ¿qué pasó?

No le respondí y me fui corriendo de allí. Entré por la puerta de emergencia que daba a las escaleras, y las bajé a toda prisa. Estábamos en el cuarto piso, pero me dio igual; solo quería salir, desaparecer. Cuando llegué abajo, fui hasta la salida sorteando a todo el mundo que entraba, pues era la hora de visita. Al salir, me iba ir caminado, pero me llegó un mensaje de Cristian.

Cristian:

Canija, creo que he encontrado a la persona que buscabas.

Lara:

Dime: ¿dónde puedo encontrarla?

Cristian:

Trabaja de interna en una casa de una familia adinerada, en las afueras.

Lara:

Ni siquiera sabía que estaba en Madrid. Gracias, guaperas, te debo una.

Me mandó la dirección de la casa y me monté en el coche. Iría, en ese mismo momento, a ver a la mujer que me había destrozado la vida. Puse la dirección en el GPS del móvil, y arranqué. Conduje por unos veinte minutos, pues el tráfico en Madrid estaba a la orden del día, hasta que llegué a la

urbanización de Monte Alina. Era una de las urbanizaciones más lujosas de Madrid, y entrar en un sitio como ese no me gustaba, pues los ricachones y yo no nos llevábamos bien. Busqué la calle Satélite y me paré; me quedé completamente con la boca abierta al ver la enorme casa que estaba justo delante de mí. Aparqué el coche y me bajé del mismo; caminé intranquila, pues un temor que no sabía que tenía se metió en mi interior, y ya no me hacía tanta gracia ver a mi madre. Subí las escaleras que daban a la entrada de la mansión —porque eso era un mansión— y, al llegar, pensé por unos minutos qué hacer. ¿Tocar el timbre o no? ¿Qué le diría? Eran muchas las cosas que llevaba guardadas en mi pecho, muchas cosas que quería decirle a mi madre, pero sabía que me iba a costar mucho hacerlo.

Antes de tocar el timbre, miré el móvil para saber si tenía algún mensaje o llamada, aunque lo único que estaba haciendo era retrasar lo inevitable. Cuando me disponía a tocar el timbre, la puerta se abrió y ahí estaba la persona que menos me esperaba encontrar. Tan rubia y perfecta, tan ricachona y pija. Lucía, ella fue la que abrió la puerta, y su cara se desencajó al verme en la puerta de su casa.

—¿Tú qué haces aquí? Si buscas a Rubén, mi novio, él no está aquí —escupió al tiempo que se acercaba a mí con las manos cerradas en un puño.

No sabía si ella sería capaz de golpearme aunque, por otro lado, me merecía que lo hiciera. Le miré la barriga y vi que aún seguía embarazada; eso no me cuadraba pues, supuestamente, el día anterior se había puesto de parto.

—No vine a buscar a tu novio. Vine a buscar a una mujer que trabaja aquí, o eso me han dicho —respondí lo más calmada que pude. Ella me miraba expectante, esperando a que le dijera a quién buscaba—. Laura Rivera.

—Sí, ella trabaja aquí. ¿Por qué la buscas?, ¿qué tienes que ver con ella?

—Eso es asunto mío, ¿no crees? —Ya comenzaba a cabrearme. No la soportaba y solo la había visto una sola vez. Asintió y gritó llamando a Laura.

Esperamos unos minutos, que parecieron horas, mirándonos desafiantes, como si fuera una lucha por alguien que ni siquiera estaba presente, hasta que

la imagen de mi madre se puso delante de mí. Sus ojos, abiertos de par en par, y su expresión de sorpresa no pasaron desapercibidos para Lucía, pero pronto nos ignoró, pues le vino una visita inesperada que solo tenía ojos para mí. Rubén salió de su coche y, con paso firme y rápido, se colocó justo al lado de nosotras. Nuestras miradas se cruzaron, pero la aparté mirando a la persona que había ido a buscar. Lucía, al ver cómo su novio me observaba, se acercó a él y lo besó con pasión. No quería mirarlos, pero no pude así que, siendo una masoquista nata, lo hice y pude ver que Rubén no lo estaba pasando nada bien; más bien se lo veía incómodo con la situación. ¿Cómo no estarlo?, si yo misma me estaba muriendo por dentro. Ellos se fueron y quedamos en la entrada ella y yo, mi madre y yo.

## Capítulo 19

**M**i madre seguía mirándome esperando a que yo le dijera algo o estaría pensando en cómo la había encontrado. La expresión de su cara no era la misma, estaba un poco más vieja, aunque —claro está— habían pasado algunos años desde la última vez que nos habíamos visto.

—Lara, ¿qué haces aquí?, ¿cómo me has encontrado?

—Creo que aquí las preguntas las hago yo. ¿Podemos hablar en otro sitio?

—Asintió y me hizo con la mano para que la siguiera al interior de la casa. Aunque yo no quería entrar, tenía que hacerlo.

La casa era enorme, y suponía que ella no era la única trabajadora porque, para una persona sola, era demasiado, aunque a mí no debía importarme. Miraba curiosa cada rincón del pasillo, intentando ver algo que me dijera la clase de relación que tenían Lucía y Rubén, algo como una foto juntos que me afirmara que se querían. Pero no, no había nada de nada, ni una foto colgada, solo cuadros de conocidos pintores y esculturas. Era todo demasiado triste; parecía más un museo que un hogar. No me extrañaba que Rubén no quisiera casarse con esa arpía. Llegamos a la cocina y era más grande que mi salón, enorme y con la decoración exquisita. Laura me instó a que me sentara y ella se puso en la silla de enfrente.

—¿Vas a decirme ahora a qué viniste?

—¿Mejor por qué no me dices tú por qué le dijiste a mi padre que yo te había echado de casa?, o mejor, ¿por qué fuiste a verlo? No tenías derecho.

Por tu culpa empeoró y tuvieron que operarlo. Podría haber muerto, pero eso a ti te da igual, solo piensas en ti misma —escupí y la herí o, por lo menos, esa era mi intención.

Estaba harta de que manipulara todo, como siempre había hecho. Mi madre era buena, una mujer dedicada a su familia, pero también era una manipuladora y por eso no me había dado cuenta de su engaño hasta que los hube pillado infraganti. Me daban arcadas solo de pensar en ese momento. Agachó la mirada y escuché cómo se sorbía la nariz. ¿Estaba llorando? No me creía ni una lágrima suya; todas y cada una de ellas eran falsas, igual de falsas que ella.

—No quise hacerle daño a tu padre, Lara. Solo fui a verlo, y comenzó a hacerme preguntas. No aguanté más y le dije eso.

—¿Y por qué no le dijiste el motivo del porqué te eché? ¡No, mejor tenías que hacer que mi padre me odiara, ¿verdad?! Porque eso conseguiste: que mi padre me echara de su vida. y todo por tu cobardía, porque todo este tiempo yo me he callado esos motivos que me llevaron a echar de nuestras vidas. ¿Y todo para qué?; para no hacerles daño a ellos, que son lo más importante que hay en mi vida —escupí al tiempo que me levantaba de la silla y pegaba un manotazo en la mesa.

Ella no decía nada, simplemente escuchaba cada palabra que salía de mi boca y, aunque me hubiera encantado que dijera algo para poder gritarle aún más, no lo hizo. En cambio, lloró, lloró como jamás la había visto hacerlo y, por un momento, sentí pena por ella, pero después volví a recordar y le di la espalda. Eso era lo que ella se merecía de mí: que no la mirase nunca más, que no la buscara nunca más en la vida. Para mí, mi madre estaba muerta desde hacía ya diez años, y solo necesitaba gritarle todo lo que llevaba guardado dentro.

—Lara, por favor, hija...

—No, Laura, yo no soy tu hija y nunca, escúchame bien, nunca vuelvas a decirme «hija». ¡Esa palabra te queda grande, Laura Rivera! —grité cabreada

y me dispuse a salir de esas cuatro paredes.

No pude irme, no al ver cómo seguía llorando como alma en pena. Yo no tenía mal corazón y, aunque había momentos en que llegaba a odiarla por hacernos lo que nos hizo, no podía negar que era mi madre. Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro; levantó la mirada y se levantó para abrazarme. Mis brazos no la rodearon, aunque ella me apretaba fuerte entre los suyos. En muchos momentos de mi vida, me habían hecho tanta falta sus abrazos que ahora, que los tenía, no los quería. Me separé y ella intentó acercarse de nuevo.

—Por favor, no lo hagas más difícil —supliqué mientras retenía las lágrimas, que estaban a punto de pasarme una mala jugada.

—Lara, perdóname, por favor, te lo suplico... Siempre me odié por lo que tuviste que ver y sé que no tengo excusa para lo que hice, pero de verdad que siento todo lo que pasó. —Mis sollozos ya estaban presentes, y me limpiaba cada lágrima con fuerza, como si fuera un castigo. Ella no se merecía ni una lágrima mía.

—Te acostaste con Marcos, engañaste a mi padre, nos engañaste a todos... ¿Cómo crees que pasamos los primeros meses sin ti? ¿Crees que fue fácil mentirle a mi padre y a mi hermano acerca de lo que pasó? He sufrido por ti, todo este tiempo, guardando tu secreto y, en vez de decirle a mi padre el motivo, solo le dijiste que yo te eché. Así me gané su odio, y ahora pretendes que te perdone. Lo siento, pero no puedo... No puedo —dije y me fui. Corrí y la dejé plantada en la cocina, y esa sí sería la última vez que la vería.

Al salir al pasillo, vi a Lucía. ¿Cuándo habría llegado? Me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y se colocó justo delante de mí, cortándome el paso.

—¿Qué cojones quieres ahora? —pregunté con odio.

—Así que su hija. No, si ya me extrañaba a mí que fueras de buena familia. —Mis ojos se achicaron tanto que la veía borrosa. Quería evitar, a toda costa, una pelea con ella, pues no iba a poder contenerme.

La rodeé y la esquivé lo máximo posible para salir de allí. Me dirigí hasta

la puerta de la casa, quería escapar de allí de una vez, y la estúpida de Lucía venía tras de mí. No sabía qué quería, para qué me buscaba. Ya tenía a Rubén; ¿qué más quería de mí?

Me di la vuelta, pues sus gritos de histeria me estaban volviendo loca. Me acerqué a ella y la miré cabreada; únicamente quería irme y ella me lo impedía. Tenía un enfado monumental, cabreo que —como no me dejara— iba a pagar con ella, y eso era justo lo que estaba evitando a toda costa.

—Ay, Lara, ¿por qué te pones así? Solo dije la verdad... —Tuve que cogerla, pues se había mareado y tenía los ojos cerrados.

—Lo que me faltaba —susurré mientras soltaba mi bolso en el suelo—. Lucía, Lucía. —La cogí y la arrastré como pude hasta un sillón que había cercano a la entrada; la abaniqué con mis manos y ya me estaba poniendo nerviosa. Poco a poco fue abriendo los ojos y me miró con asco.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste —respondí y cogí mi bolso de nuevo para irme.

Cuando comprobé que estaba bien y Laura vino de nuevo para ayudarla, me acerqué a la puerta y la abrí para irme. Antes de salir, Lucía me paró y me dijo:

—Volveremos a vernos, Lara. Te lo aseguro.

Después de esa amenaza, que no entendí, salí y me fui hasta el coche; arranqué y escapé de esa urbanización que nunca debí haber pisado. La carretera, antes de llegar a la calle principal, era toda de campo, llena de árboles. De pronto sentí que un coche me seguía. Por un momento me puse muy nerviosa, no sabía quién era, pero seguí conduciendo tranquila; serían paranoias mías. Hasta que el vehículo se puso justo a mi lado, y pude ver quién era el conductor que me seguía. Bajó la ventanilla y me gritó para que yo hiciera lo mismo. Yo negué, no tenía nada que hablar con él. Aceleró y paró el coche justo delante del mío. Tuve que frenar y doblar a la derecha, pues casi me choqué con el suyo. Me bajé del coche hecha una furia; se había vuelto loco de remate.

—¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre frenar así?! —vociferé y, cuando lo tuve lo más cerca posible, le di un sonoro guantazo, que me dolió más a mí que a él.

—Siempre la misma maldita manía de pegarme, Lara —respondió en su defensa.

—¿Qué quieres que haga? Las cosas que haces no son normales. Podrías haberme chocado, ¡gilipollas!

Rubén me miraba con sus ojos achinados, profundizando lo que quisiera mantener en su memoria, como si quisiera grabar a fuego ese momento en sus retinas. Se acercó a mí y, con su mano derecha, tocó suavemente mi mejilla, roja de tanto llorar. Cerré los ojos un momento y disfruté de la calidez que desprendía ese tacto. Colocó su otra mano en el bajo de mi espalda y me aferró a su cuerpo. Nuestras respiraciones se estaban volviendo pesadas y, aunque quería separarme de él y volver a pegarle un guantazo por hacer de mí una muñeca de trapo —podía hacer conmigo lo que quisiera—, no lo hice, no me separé. En cambio, acerqué mis labios a los suyos y lo besé. No debería besarlo, no después de todo lo que le había dicho en el hospital, no después de haberlo visto besar a su muy pija novia, pero no podía pararlo. Era como un maldito imán que me obligaba a pegarme a él, un imán tan poderoso que no sabía qué hacer para romper ese poder que tenía sobre mí. Separé nuestros labios, y nuestros ojos se encontraron mirándonos con deseo, un deseo imposible de romper.

Solo nos mirábamos; únicamente hacía falta eso para saber qué sentíamos, qué queríamos. Entonces, me separé de él, de sus brazos, y me di la vuelta para marcharme; no podía estar con él, no podía ver lo que me esperaba en unos meses. Rubén me cogió del brazo para impedir que me fuera, pero me solté de un empujón, y sus ojos se abrieron descolocados.

—Lara, por favor, solo quiero que me escuches.

—Ya te dije que no quiero escucharte. ¡Joder!, ¿te crees que es fácil para mí ver que estás a punto de casarte y de ser padre? —escupí encarándolo, y mis

mejillas comenzaron a mojarse de nuevo. Otra vez se llenaban de lágrimas. No sabía cuándo iba a parar de llorar.

—Lo siento, de verdad. Para mí tampoco es fácil. Ya sabes lo que siento por ti, y no creo que deje de sentirlo nunca.

—Rubén, déjame en paz, por favor. No puedo creerte, no cuando veo cómo tu vida está a punto de unirse a otra persona. Yo, yo... no lo soportaría. Yo te...

Me callé y me metí en el coche. Eché una última mirada al hombre del cual estaba enamorada, y él me miraba con los ojos cristalinos por las lágrimas que no sabía que estaba derramando. Esta situación era demasiado dolorosa, y estaba harta de sufrir tanto por personas que no habían estado en mi vida, por personas que querían estar de una manera a la que no estaba dispuesta. Arranqué el coche y me fui; ya no quería volver a verlo, no podía.

Conduje por Madrid, mientras intentaba despejar mi mente, pero no podía; mi cabeza daba vueltas y pensaba en todo lo que había pasado en tan poco tiempo y en cómo mi vida había cambiado de repente. Paré en un semáforo, cogí el móvil para comprobar si tenía algún mensaje, y recordé el día que lo había conocido. Ese día había comprendido que ese hombre uniformado sería parte de mi vida de una manera u otra, y así había sido. Lo único que la manera en la que se había metido en mi vida no era la que yo quería.

Comprobé que tenía varias llamadas de mi hermano y varios mensajes de mis amigas. Belén me decía que me esperaba en casa y que estaba muy preocupada por mí. Imaginé que mi hermano le había contado lo que había pasado, si es que mi padre se lo había dicho. Volví a arrancar al ver el semáforo en verde y fui hasta el bar del padre de Luisa; aparqué y salí del coche. Sentía mis pies tan pesados, como si hubiera estado caminado durante todo el día. Estaba agotada. Entré al bar y al fondo vi a Belén con mi hermano y con ¿David? Me había olvidado de mi amigo; el pobre había venido para estar conmigo y no estuve con él ni un momento. Caminé hasta ellos y, sin siquiera saludarlos, me senté al lado de David. Este acercó su boca a mi mejilla y me besó en modo de saludo. Mi hermano y Belén me miraban con

preocupación, y eso me hizo entender que Martín aún no sabía nada, que mi padre no le había contado nada y, en cierto modo, tenía que agradecersele, pues no soportaría estar peleada con él.

## Capítulo 20

Los tres me miraban, pero ninguno me preguntaba y yo no tenía ganas de hablar, así que me levanté y me fui a la barra para pedirle un café a Luisa. Esta me recibió con un beso y un apretón en mis manos; en ese momento era la única que no esperaba que le dijera nada. Me puso la taza del café delante de mí, y la cogí para tomármela a solas en la barra ya que, a esa hora, el bar no estaba muy lleno. Mientras me tomaba el café, pensaba en todo: en la conversación con mi madre, en lo que había pasado con Lucía y en el beso con Rubén en la carretera. Desde que lo había conocido, todos los días me pasaba algo; era como si la vida tranquila que yo tenía se hubiera esfumado, y echaba de menos esa calma que emanaba mi hogar. Añoraba mi casa, mi vida anterior, aunque fuera la más aburrida del mundo. Esa era mi vida, la que había elegido y, desde unos meses anteriores, se había ido al traste, lo que hacía que me sintiera sola. Mi padre era la única persona que me quería de verdad, y ahora ya ni eso existía.

Sentí una presencia y viré la cabeza para ver quién era, aunque sí lo sabía. Mi hermano Martín miraba al frente mientras yo tomaba el café con tranquilidad. No quería hablar con él porque estaba a punto de explotar, y él no se merecía que le hablase mal. Tampoco quería por el hecho de que guardaba el secreto de mi madre y, si me seguían preguntando, lo soltaría de una vez y le haría mucho daño, o me odiaría por no haberle contado antes.

—¿En qué piensas? —preguntó y me despertó de mis pensamientos; me

había perdido en ellos.

Me encogí de hombros a modo de respuesta. Se giró y cambió su gesto a uno más duro, más enfadado. A mi hermano no le gustaban los secretos y mucho menos que lo engañaran, pero no estaba en posición de pedirme nada en ese momento, pues se arrepentiría de preguntarme toda la vida.

—¿Esa es tu respuesta?

—Sí.

—Lara, por favor. No sé qué pasó con papá, pero tiene que haber sido algo muy grave para que no quiera verte; ni siquiera quiere oír tu nombre.

Me dolió en el alma escuchar eso. Mi padre me odiaba, y era lo que todos esos años me había temido, lo que siempre había pensado que pasaría. Ya pasó y no había vuelta atrás. Mi madre, aun sin estar con nosotros, seguía haciéndome daño. Yo tendría que haberle dicho el motivo a mi padre, pero no podía, no quería que se volviera a poner enfermo. Prefiero mil veces que me odie, pero saberlo bien, a contarle la verdad y que le pasara algo.

—Martín, será mejor que no me preguntes más. No te voy a decir más de lo que ya te estoy diciendo.

—Ese es el problema, Lara: que no me dices nada. Lo único que papá me dijo fue que habías hecho algo muy malo y que no quería saber más de ti, y ahora te pregunto a ti y tampoco me aclaras qué ha pasado. ¡Joder!, me tratáis como a un puñetero crio al que no se le puede contar nada. —Alzó la voz y todos nos miraron.

—Lo siento, Martín, pero yo tampoco lo estoy pasando nada bien. Espero que lo entiendas, pero no estoy preparada para contarte nada —sentencié y me levanté del taburete para salir del bar. Martín me cogió del brazo y me solté. Le eché una última mirada y salí de allí.

Estaba harta de todo: de ser tan estúpida, de dejar que todos se aprovecharan de mí, y todo porque no era capaz de decir las cosas como eran. A la única persona que le había dicho las cosas en la cara fue a Rubén, y eso hizo que me diera cuenta de que él era el único que había conseguido sacar a

la verdadera Lara, a la mujer que siempre había sido. Me metí en el coche de nuevo y, de tanto que lo había cogido, estaba casi sin gasolina. Tenía que repostar antes de ponerme en marcha de nuevo a donde fuera que vaya, aunque no sabía adónde ir; no tenía adónde ir.

Fui a la gasolinera más cercana al bar y llené el tanque. Necesitaba encontrar un trabajo; aunque aún tenía algún dinero ahorrado, pronto se me acabaría y no tendría ni para comer. Tendría que ir de colegio en colegio, con mi currículum, a ver si había alguna plaza libre, aunque podría volver al mismo centro, pero no sabía si el director, después de cómo me había ido, me readmitiría. Podría intentarlo, y que fuera lo que Dios quisiera.

Cuando ya hube repostado, volví a ponerme en la carretera aunque, esta vez, sin saber a dónde ir. Ni siquiera sabía dónde vivía Cristian; por lo menos, podría ir a su casa. Necesitaba hablar con alguien ajeno a mi familia, alguien con el que sincerarme y me escuchara. Aparqué el coche, en un hueco que encontré libre, y cogí el teléfono para llamarlo. Busqué su número, en la agenda del móvil, y le di a la tecla de llamada. Al segundo tono, me contestó.

—¿Lara?

—Hola, Cristian. ¿Estás ocupado ahora?

—No, estoy en mi casa, ¿qué necesitas? ¿No encontraste a la persona que buscabas?

Me quedé callada unos segundos. Tenía que contarle a alguien y, en ese momento, la única persona que sabía que me escucharía era él. No sabía por qué, pero podía confiar en Cristian.

—Sí, sí, la encontré, pero no te llamo por eso. Necesito hablar con alguien. ¿Podría ir a tu casa? No quiero molestarte con mis cosas, pero estoy agobiada y, si sigo así, no sé cómo acabaré el día de hoy —supliqué entre sollozos. No me había dado cuenta de que estaba llorando.

Cristian, al escucharme así, me dio su dirección y me dijo que me esperaba, que no había problema. Le di las gracias y arranqué el coche de nuevo para ir a su casa. Media hora después, estaba aparcando en el aparcamiento privado

del edificio donde vivía Cristian. No sabía que ese chico vivía ahí, pues era uno de los edificios más caros de Madrid. Puede que el trabajo de policía sí diera bastante dinero, ¿no? A lo mejor, tendría que replanteármelo y pensarlo bien pues, aunque nunca en mi vida se me había cruzado por la cabeza hacerlo, era una buena idea. Deseché la idea al pensar en Rubén ya que, si me hacía policía y me quedaba en Madrid, lo vería más a menudo, y lo único que yo necesitaba era olvidarme de él y no verlo a cada instante.

Salí del coche y me encaminé al ascensor que había en el interior del aparcamiento. Entré y le di al décimo piso; ahí era donde vivía Cristian. Cuando llegué, me paré por un momento para pensarlo bien, pues estaba a punto de contarle mi secreto mejor guardado a alguien que posiblemente se lo diría a mi hermano.

—¿Qué coño hago aquí? Estoy loca de remate —me dije y me di la vuelta para volver a entrar en el ascensor, pero de pronto la puerta se abrió y Cristian me llamó.

—Lara, ¿a dónde vas? Te estaba esperando —dijo y me acerqué a él.

—Lo siento, pensaba irme. Es que... no sé si puedo fiarme de ti.

Cristian abrió los ojos sorprendido, aunque también pude ver un poco de decepción en su mirada. Agachó la cabeza y caminó hasta mí.

—Todo el mundo me ve como alguien loco, como si no me importara nada en la vida, pero ¿sabes una cosa? —preguntó y yo negué—. Tú eres la única que ha puesto, aunque sea, un poquito de su confianza en mí. Eso es muy importante para mí y no voy a echarlo a perder —explicó apenado—. En este momento, eres la única mujer que viene a mi casa solo con la intención de ser mi amiga, y no otra de esas que vienen a pasar por mi cama con la intención de quedarse en mi vida.

Esa aclaración me demostró la persona que era Cristian: otro hombre con problemas de amistad por culpa de su físico. En el tiempo que lo conocía, lo único que había pensado de él era que era el típico guaperas que se llevaba a todas las mujeres a la cama. Pero no, no era así. También podía ser amigo y

confidente, cosa que me faltaba en ese momento. Alguien en quien confiarle mis secretos, alguien que me escuchara y no me juzgara, alguien que estuviera pasando por algo similar a mí.

—Si te llamé fue porque confío en ti, Cristian. Únicamente pensé, por un momento, que eras amigo de mi hermano y que podrías contarle lo que tengo guardado.

Él negó y me invitó a pasar a su casa. Asentí y entré antes que él. El apartamento de Cristian era muy acogedor aunque, con muebles de diseño, le daba ese toque de hogar que a muchas casas les faltaba. Fotos en las paredes y muebles, recuerdos de niños. Especialmente me paré justo delante de una foto en la que salían Cristian y Rubén en su adolescencia. Tragué saliva al ver lo guapo que era ya entonces; seguro había sido el terror de las nenas y a todas las había tenido babeando, como me tenía a mí... Miré a Cristian y le sonreí. Luego nos sentamos en el sillón y él me ofreció una cerveza que cogí con mucho gusto. Yo no solía beber pero, desde hacía un tiempo, era como si lo necesitara, como si con el alcohol pudiera olvidarme de mis problemas por unas horas.

—¿Vives solo? —pregunté curiosa.

—Sí, desde hace bastante tiempo. Creo que siempre he estado solo —respondió y me entristecí al escucharlo hablar.

No sabía si era él quien me necesitaba a mí o yo quien lo necesitaba a él, aunque también podía que ambos nos declarásemos cosas guardadas de nuestras vidas. Eso me ponía las cosas más fáciles pues, de ser así, sabía que Cristian no diría nada de lo que le iba a contar. Aunque ya me había dicho que no le contaría a nadie, no podía dejar de pensar en ello.

—¿Cómo están las cosas con Rubén?

Esa pregunta no me la esperaba, y tampoco tenía respuesta para ello ¿Qué le diría? Ni siquiera yo misma sabía cómo estaban las cosas con él. Ni siquiera sabía si ese «Te quiero» que me había dicho era real o, simplemente, una mentira para seguir viéndome, porque sabía que me iba a alejar de él tarde o

temprano. Cristian me miraba esperando una respuesta a esa pregunta, que yo misma me había hecho varias veces y que no le podía responder a nadie.

—No sé qué responder a eso... Únicamente puedo decirte que tu amigo me ha vuelto loca en estos pocos días. —Suspiré—. Yo no sabía que se iba a casar, ¿sabes?, y tampoco estaba al tanto de que él ya me conocía o que sabía que yo existía. Las cosas entre él y yo han terminado para siempre y, aunque me duela, yo misma lo he decidido.

—Él te quiere, Lara.

—Eso nadie lo sabe. Creo que ni él mismo lo sabe, y lo peor de todo es que yo sí me he enamorado de él como una auténtica gilipollas.

El haberme sincerado con alguien sobre el tema «Rubén» me vino bien, y Cristian sonrió al escucharme decir eso. Yo me uní a él, claro. De verdad que era de locos. Me había enamorado de una persona solo con verlo un día, un solo día. ¿Era algo imposible?; no lo creía. Y ahí estaba la prueba de todo. Solo me había bastado una caricia, una sonrisa, un beso: únicamente eso para volverme loca y hacer que mi corazón se comprimiera y para que me faltara el aire solo con tenerlo cerca. ¿Le pasaría a él lo mismo que a mí? No lo sabía y tampoco creía que llegara a saberlo algún día, por no decir nunca jamás.

—Bueno, ¿y quién era esa mujer?, ¿la que buscabas?

—Mi madre.

—¿Tienes problemas con ella? —Asentí y le di un sorbo a la cerveza, sin darme cuenta de que ya me la había bebido. Cristian se levantó y trajo otras dos.

Llevábamos horas hablando y bebiendo; le conté todo lo que había pasado, todo. Cuando había encontrado a mi madre follando con Marcos, cuando la había echado, lo de Álvaro, lo de Rubén. En fin, le había contado toda mi vida en poco tiempo. Parecía mentira, pero Cristian supo escucharme y, sobre todo, aconsejarme como un buen amigo. No pensé que hablar con él sería tan gratificante para mí, y no me arrepentía de haberlo hecho. Sobre todo, confiaba en él al saber que no le diría a nadie lo que le había contado.

Él me contó que sus padres lo habían abandonado cuando tenía catorce años y que los tíos de Rubén fueron los que lo habían cuidado y convertido en el hombre que era. En ese momento había conocido a Rubén, y se habían hecho inseparables, hermanos. Seguíamos bebiendo y el alcohol ya estaba haciendo estragos en mí, cosa a la que no estaba acostumbrada. Podría decir cualquier tontería y no darme cuenta de ello.

## Capítulo 21

Esa noche me quedé a dormir en casa de Cristian, pues estaba tan borracha que no me había dejado irme; no podía ni mantenerme en pie. Yo dormí en el sofá; por más que él había insistido en que durmiera en su cama y él, en el sofá, no lo dejé. Para cabezota, yo. La noche había sido muy larga y casi eran las cinco de la madrugada cuando Cristian fue a su habitación y me dejó completamente despierta, pensativa y sin poder dormir. Después de mirar el móvil por unas cinco veces para leer todos los mensajes de mi hermano y de mis amigas, y al darme cuenta de que ese era el único día que Rubén no intentaba comunicarse conmigo, me quedé dormida pensando en él y en lo que Cristian me había dicho.

Sentí el calor que entraba por la ventana por los rayos del sol. Parecía que iba a ser un buen día, de esos días que invita a pasarlo todo el tiempo en la calle. Me destapé, ya que estaba sudando, y me incorporé sentándome. Al hacerlo mi cabeza comenzó a dar vueltas, y sentí un dolor que me estaba matando. Vi cómo Cristian salía de su habitación sin camiseta y con una sonrisa. Por un momento me puse nerviosa, pues el muchacho era bastante atractivo. Tuve que volver a taparme, ya que me había quitado mis pantalones y me había quedado en bragas. Entonces, vi que venía en mi dirección, y se sentó a mi lado en el sofá.

—Buenos días, canija, ¿has dormido bien? Tienes mala cara —habló en tono burlón.

Eché la cabeza hacia atrás, en el respaldar del sofá, y suspiré con los ojos cerrados. Solo escucharlo hablar me taladraba la cabeza. Cristian soltó una carcajada y cogí el cojín y se lo estampé en la cara.

—Cállate. ¡Joder!, me duele demasiado la cabeza —hablé al tiempo que reprimía un grito de dolor.

Cristian me devolvió el golpe con cojín, y empezamos una guerra de cojines que, por un momento, hizo que me olvidase de todo, pero no del dolor. Ya estábamos de pie, golpeándonos, y ni siquiera me había dado cuenta de que no estaba tapada con la manta. Entonces, sonó el timbre de la puerta, y Cristian paró de golpearme para abrirle a quien fuera que venía. Yo me reía con el cojín en la mano para volver a tirárselo en cualquier momento. Abrió la puerta y esa persona entró. Mi cara se desencajó y la suya fue peor, pues había pasado de entrar con una sonrisa a tener la cara de cabreo más grande que había visto en toda mi vida. Me dio miedo, jamás había visto una expresión tan dura.

—Buenos días —saludó de mala manera—. Veo que estás muy ocupado, ¿no?

—No, qué va. Íbamos a desayunar, ¿te quedas? —preguntó inocente Cristian, pero Rubén no apartaba su mirada de la mía. Entonces, me ojeó abajo, y ahí me di cuenta del error.

—No, mejor me voy. No quiero interrumpir lo que sea que estabais haciendo.

—Espera... ¿Qué? ¿No pensarás que Lara y yo...?

—Solo creo lo que veo y no quiero saber nada más. Adiós. —Se despidió y salió de la casa.

Mi corazón latía tan fuerte que pensaba que me iba a dar un infarto en cualquier momento. Quise ir tras él, pero no; siempre lo hacía, y esa vez no sería la próxima. Nunca más iría tras él, nunca más lo buscaría. Cristian me miró con culpabilidad, y de pronto sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Ni siquiera sabía por qué lloraba, ni siquiera sabía por qué lo hacía. Solo me

sentí mal, muy mal. Vino hacia mí y me abrazó; me arropó como un buen amigo que era y no como lo que había pensado Rubén.

—Tranquila, no llores más. Yo se lo explicaré y veras que te busca...

—¡No! —grité sin dejarlo terminar de hablar—. Es mejor así. No quiero que arruine su vida conmigo. No quiero que deje a su hijo de lado ni que ese niño crezca sin padre por mi culpa. Eso será algo de lo que, si llega hacerlo, se va arrepentir toda su vida, y me lo echará en cara —expliqué entre sollozos—. Si eso llega a pasar, me muero, Cristian. Yo estoy enamorada de él, tanto que lo único que quiero es que sea feliz y, si no es conmigo, pues no pasa nada, pero que sea feliz.

—Lara, pero él te quiere. Yo sé que te quiere más de lo que quiere reconocer, y lo que hoy ha visto lo estará matando. Por eso no me pidas que lo deje estar, porque no puedo verlo sufrir. Lo siento.

Después de aclarar ciertas cosas, Cristian se fue a su habitación para vestirse, y yo me fui al baño para hacer lo mismo. Él tenía que trabajar y yo... yo tenía que ir a la escuela para hablar con el director, a ver si, con suerte, se apiadaba de mí, pues sería una bajada de pantalones en toda regla. Lo único que esperaba era no ver a Silvia porque, de ser así, no sabía si me podría controlar.

Cuando ya estuvimos los dos vestidos, Cristian se fue por su lado y yo, por el mío, aunque no sin antes ofrecerme su casa de nuevo, si no tenía a dónde ir. Estuve pensándolo mucho y sí, sí que tenía a dónde ir, pues iría a mi casa y, aunque tenía que soportar a Álvaro y a Silvia, tendrían que aguantarme hasta que el juez dijera quién se quedaba con la casa o, en su defecto, que me pagaran mi parte. Solo así me iría.

Una hora después, estaba en el aparcamiento de la escuela, esperando bajarme del coche o no. Al final me bajé; mi padre no me había enseñado a ser una cobarde. Caminé decidida hasta la entrada y entré en el edificio. Las clases ya habían empezado, y di gracias a Dios por no tener que encontrarme con ningún profesor por los pasillos; no es que me llevara mal con ninguno

pero, como me había ido muy mal, no quería que me mirasen raro. Llegué al despacho del director y suspiré antes de tocar la puerta. Cuando escuché el «Pase», abrí despacio y entré sin hacer ruido. El director aún no sabía que era yo, pues estaba tan metido en el ordenador que no se había percatado de ello. Entonces, el Sr. López dejó de mirar el ordenador y puso sus ojos en mí. Tragué saliva al ver su ceño fruncido, mientras su cara se iba arrugando cada vez con el cabreo que tenía.

—Buenos días, Sr. López —saludé y seguía mirándome con esa expresión de mala leche tan suya.

—¿Qué la trae por aquí, Srta. Molina? —preguntó y me mordí el labio pensando en qué podía decirle que sonara creíble.

—¿Puedo sentarme? —pregunté y él asintió.

Cuando me senté, volví a quedarme en blanco; no sabía cómo empezar y él parecía impaciente, pues sus dedos tamborileaban en la mesa de madera oscura. Me estaba poniendo muy nerviosa; entonces, bufé un tanto desesperada y me erguí sin dejar de mirarlo.

—Eh, yo... Yo vengo a pedirle una segunda oportunidad —dije y seguía con esa expresión, que ya me estaba poniendo histérica—. Sé que, la última vez que estuve aquí, no actué como debía, pero tenía motivos para hacer lo que hice.

—No hay motivo suficientemente grave para agredir a una compañera.

—¿Ah, no? ¿Le gustaría que su mejor amigo le quitara a su mujer? —pregunté alzando la voz, y él negó confundido.

El Sr. López no sabía nada de lo que había pasado entre Silvia y yo y, en ese momento, me lo estaba demostrando pero, de igual forma, sabía que lo había hecho mal. No fue lo que había hecho lo que había estado mal, sino en el lugar en donde lo había hecho. Por culpa de mi arrebató, había perdido el trabajo y me hacía mucha falta. No podía dejar que Silvia me lo quitara todo: mi marido, mi casa, mi trabajo. No, eso no podía dejar que lo hiciera.

—No sabía nada, Lara, pero, de igual forma, no estuvo bien. Tú eres una

profesora estupenda y, el día que te fuiste, me sentí mal, pero claro, después de ver lo que hiciste, comprenderás que me cuesta creer que no volverá a pasar lo mismo cuando la veas de nuevo.

—Le prometo que no volverá a pasar. Directamente no pienso ni mirarla — respondí segura de mí misma y, sobre todo, segura de lo que quería.

—Si me prometes que no pasará, te readmito pero, si vuelves a cometer esa locura, olvídate de volver a trabajar como profesora en cualquier escuela.

Media hora después, salí del despacho del director con el contrato firmado de nuevo. Tenía que incorporarme en un par de días, pues le dije que así fuera, ya que tenía que arreglar el problema de la casa. Salí de la escuela y me metí en mi coche. Me sentía agradecida y poco más feliz de cómo me sentía horas atrás; por lo menos, tenía trabajo de nuevo, aunque sabía que tendría al director encima de mí, pendiente de que no cometiera una nueva locura. Estando en el coche, sin haber arrancado aún, recibí un mensaje de mi hermano. No iba a leerlo, pues sabía que sería para preguntar dónde estaba. Pero lo leí y no tendría que haberlo hecho, pues las cosas se estaban complicando por momentos.

Martín:

Sé por qué papá no quiere volver a verte y espero que tengas una buena excusa, o a mí tampoco volverás a verme. Llámame.

Tiré el móvil al sillón del copiloto y le pegué con ambas manos al volante, llena de furia. Mi padre le dijo, seguro que fue él, pues no creía capaz a mi madre de hacerlo o, por lo menos, de decirle solo lo que le convenía a ella. Ralamente no sabía si sería capaz de hacerlo; ya no conocía a mi madre, ya no sabía cómo era ella en realidad ni lo que quería. Arranqué el coche y puse la radio. En esos días me sentía tan frustrada que ni música escuchaba y a mí, generalmente, me relajaba más de la cuenta. Y era tal la presión que tenía en mi pecho, en ese momento, que la música era lo que necesitaba.

Me metí en la calle principal, en dirección a mi casa. Solamente esperaba

que estuviera Álvaro solo y no con la odiosa de Silvia. Al llegar, aparqué el coche, en la explanada que había delante del garaje, y salí de este. Miré mi casa por fuera y recordé el día que habíamos llegado los dos, cogidos de la mano y muy emocionados para ver lo que sería nuestro hogar. El recordar tantos momentos hacía que me sintiera confundida, pues había veces que pensaba que ya lo había superado y, en cambio, había momentos en los que me gustaría echar el tiempo atrás y verme en mi casa, con mi marido, tumbados en el sofá, viendo una película. Esos momentos eran los mejores de todo el día, pues ambos teníamos trabajos frustrantes. Álvaro era abogado y yo, profesora; él defendía a delincuentes y yo enseñaba a niños para evitar que lo fueran. Nuestros trabajos estaban algo ligados, ¿no?

Desperté de mis pensamientos y caminé hasta la puerta; pegué en el timbre y, en menos de dos segundos, tenía a mi exmarido mirándome sorprendido en la puerta. Suponía que no esperaba mi visita, y eso me daba cierta ventaja.

—¿Puedo pasar? —pregunté algo cortante.

Álvaro asintió y se apartó de la puerta para dejarme entrar. Pedí permiso pero, si se hubiera negado, me habría dado igual, pues lo hubiera hecho de todas las maneras posibles. Me dirigí hasta el salón y me senté en mi sofá, porque era mío y me lo llevaría. Si no me quedaba con la casa, tenía que llevarme varias cosas.

—Lara, ¿qué haces aquí? Pensé que estabas en Almería —habló mientras se sentaba frente a mí.

—Y me fui, pero tuve que regresar. Mi padre sufrió un infarto y no podía dejar solo a mi hermano.

—Vaya, lo siento, no sabía nada. ¿Está mejor? —preguntó con notable preocupación, y me extrañó, pues nunca le había caído bien mi padre.

—Sí, gracias. Está mejor.

Mi voz sonaba dura y, aunque no quería sonar así, era como si me saliera sola; sería por todo el rencor guardado hacia su persona. Álvaro y yo nos mirábamos como si quisiéramos conocer lo que pensábamos en ese momento,

y sí, era cierto que yo quería saber qué estaba pasando por su cabeza. Y me encantaría saber que mi presencia le hiciera daño, aunque fuera solo un poco.

—¿A qué viniste?

—Directo. Muy bien, seremos directos. He venido para que hablemos sobre la casa —expresé y se levantó del sillón como un resorte—. Creo que es más que razonable que, si tú estás disfrutando de ella, yo también tenga derecho. Está a nombre de los dos, ¿recuerdas? —Mi voz sonó burlona y él se dio la vuelta para encararme.

Caminó hasta mí y se sentó a mi lado. Agarró mis manos y sentí cómo temblaba nervioso. ¿Qué le pasaba?; no entendía esa reacción. De pronto subió sus manos a mis mejillas y me besó. Sus labios, pegados a los míos, me hicieron recordar bellos momentos, aunque también amargos, y ese fue el detonante para separarme de él y levantarme de ese sofá, donde tantas veces me había amado, pero donde no volvería a dejar que me amase.

## Capítulo 22

Ahí, delante de él, mirándolo con pena, porque eso era lo que provocaba en mí: una pena inmensa. Pues, si hubiese pensado con la cabeza y no con la cola, no estaríamos en ese momento así, separados, y yo odiándolo como creía o quería odiarlo. Era complicado llegar a odiar a alguien que habías amado con todo tu corazón, aunque el odio y el amor estaban solo a un paso, y yo aún no lo había dado. No había dado el paso que me hacía falta para poder dejar atrás y olvidar la que era mi vida, pero no hasta ese día. Su beso, así, nervioso, hizo que me diera cuenta de que no iba a confiar más en él. No lo quería, no lo amaba; únicamente me había anclado en el recuerdo de lo que un día fuimos, y eso era lo que me tenía verdaderamente confundida.

—Ya no, Álvaro. Es tarde para oír que te arrepientes, y por eso he decidido que voy a olvidarte de una vez. —Negué y vi cómo lágrimas mojaban sus mejillas.

—Perdóname, por favor. Sé que lo hice mal, muy mal.

—No quiero oír mentiras. No sabes lo que sufrí, no sabes lo que es levantarte cada día y ver que ya no estás, que no vas a volver, que decidiste cambiarme por otra.

—Por favor, te ruego que me perdones.

—No me ruegues, que quererte ya no puedo. Ya no pierdo más mi tiempo con alguien que prefirió romper con la promesa de amarme por siempre. Eras todo, eras mi vida y me traicionaste, y eso... no lo voy a perdonar jamás —

sentencié y se calló. No podía escuchar ni una mentira más—. Únicamente dime qué hacemos con la casa.

Se levantó del sofá y caminó con la cabeza gacha hasta el mueble. Abrió el cajón y sacó una carpeta de su interior. Volvió al sofá y puso la carpeta en la mesa del centro. Yo miraba cada paso que daba, expectante y nerviosa al ver qué haría. Fruncí el ceño cuando abrió la carpeta y de esta sacó varios papeles. Me extendió varios de ellos y los cogí con recelo, pues no me fiaba de él.

—¿Qué es esto? —pregunté confundida.

—Léelo y lo sabrás —respondió sin mirarme.

Me senté en el sillón en el que él había estado sentado anteriormente, no sabía si leerlos o no. Álvaro me miraba preocupado y muy triste a la vez. ¿Sería porque no quería darme los papeles y pensó que lo perdonaría? Si eso era así, cuán equivocado estaba. Nuestras miradas no se apartaban la una de la otra, y tenía miedo de bajar la mirada y ver, de una vez, qué era lo que me había dado.

—¿No piensas leerlos?

—No lo sé. ¿Puedo fiarme?

—No es una sentencia de muerte, Lara. Solo es un acuerdo.

Fruncí el ceño y, ya algo más tranquila, comencé a leer los papeles; tal como decía Álvaro, era un acuerdo en donde me pagaba mi parte de la casa. Álvaro se quería quedar con la casa y suponía que era porque se casaría, de un momento a otro, con Silvia, cosa que no entendía, ya que él quería volver conmigo. Esto era de locos, todo estaba mal. Yo estaba mal y nadie se daba cuenta más que yo. La cantidad que me ofrecía por mi parte era más que razonable y me daba para comprarme un apartamento y para, por fin, hacer mi vida como me merecía.

—Solo quiero algo de esta casa —expresé mirándolo fijamente.

—Lo que quieras, aunque sé qué es —respondió señalando el sofá.

Podría ser una tontería y que piensen de mí que era una estúpida por querer

un sofá que me traería muchos recuerdos, pero por eso mismo lo quería. No debía ni quería olvidar los buenos momentos vividos; únicamente eran los malos recuerdos los que me gustaría desechar de mi mente o, por lo menos, quería aprender a vivir con ellos y no martirizarme día a día.

—¿Tienes un bolígrafo? —Mi tranquilidad hizo que él sonriera de nuevo, pues tampoco me gustaba verlo así. La palabra *odio* no cabía en mi vida; yo no podía odiar aunque quisiera.

Álvaro me extendió un bolígrafo y, cuando terminé de leer todos los papeles —incluida la letra pequeña para que no me engañaran—, firmé el contrato, en donde le vendía mi parte de la casa, de nuestra casa. Me dio el cheque y me levanté para marcharme. Caminé hasta la puerta y él vino tras de mí, muy de cerca, como si no quisiera que me fuera, como si por última vez quisiera oler mi perfume. Me di la vuelta y casi me tropecé con él, pues estaba demasiado cerca. Entonces, antes de que alguno hiciera algo indebido, Silvia entró en la casa y casi le da un infarto al verme tan cerca del que era ahora su hombre.

—¿Interrumpo? —preguntó con la cara desencajada. Pensé que hacerle un poquito de daño no le vendría mal.

—No, cielo, ya hemos acabado. ¿Verdad, cariño? —pregunté mirándola a ella y luego a Álvaro, que no borraba la sonrisa de la boca—. Todo tuyo y ya sí para siempre. Yo voy a hacer mi vida por fin. Adiós, bonita —me despedí y, al salir, le golpeé con mi hombro en el suyo.

La carcajada que solté una vez en la calle fue tan grande que me miraron desde la casa. Entré en el coche y le guiñé un ojo a Álvaro antes de arrancar y desaparecer para siempre. La cara de Silvia era todo un poema, y sabía que ahora le echaría una buena bronca al pobre de mi ex, pero se lo tenía merecido por cabrón. También deseaba que él y Silvia no llegaran a nada, no para que volviera conmigo, pero sí para que fuera feliz solo y no con una trepadora como ella, que lo único que quería era una estabilidad económica.

Yo salí feliz de casa de Álvaro, pues por fin veía algo de luz al final del túnel. El beso que Álvaro me había dado hizo que sintiera que él ya no estaba

en mi corazón ni mucho menos en mi vida, si lo mezclaba con el sentimiento que había atenazado mi pecho por la mañana, cuando Rubén pensó que su mejor amigo y yo habíamos pasado la noche juntos —aunque sí era cierto que había pasado la noche en su casa, pero no de esa forma—. Le pedí a Cristian que no le explicara nada, que era lo mejor para los dos, pero ahora no estaba tan segura porque algo me decía que debía buscarlo, que tenía que estar con él.

Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que ya eran casi las cuatro de la tarde. No sabía si Rubén estaría trabajando, tampoco tenía su número para poder hablar con él y preguntarle. Entonces, pensé que sería mejor quedar con mi hermano antes, pues él quería que le explicara ciertas cosas que no sabía si podría hacerlo, pero que iba a intentar, más que nada, porque no iba a poder aguantar que mi hermano también me odiara; ya con el odio de mi padre estaba más que servida. Le mandé un mensaje a mi hermano y este me respondió que estaba en su casa y que no estaba solo. ¿Con quién estaría? No importaba con quién estuviera; yo iba a verlo a él, así que le respondí que iba para su apartamento. Recibí la respuesta, en menos de un minuto, con un «Ok». Esa respuesta fue la que me advirtió de su enfado. Conduje hasta el apartamento y, al llegar, aparqué y ya estaba cansada de tanto coche. Estos días había pasado más tiempo en el coche que caminando o descansando; cuando encontrara una casa, lo iba a aparcar y no lo volvería a coger, a no ser que fuera una urgencia.

Subí en el ascensor hasta el quinto piso y pegué en el timbre de mi hermano. Este me abrió enseguida. Mi hermano me miró con los ojos llorosos y me abrazó; me apretó contra su pecho, y no entendía nada. ¿Qué le pasaba? Entonces, la imagen de mi madre se cruzó en mi vista y vi cómo se acercaba hasta nosotros con cautela. Sin decir nada, se fue y me dejó completamente descolocada e, incluso, agradecida, porque ver a mi hermano así y junto a ella solo podía significar una cosa, y eso era que le había contado toda la verdad de cómo habían pasado las cosas aquel día.

—¿Por qué lo ocultaste? —preguntó mi hermano una vez que nos separamos.

Nos sentamos y no sabía cómo empezar, pues hacerlo era recordar ese día tan asqueroso. Haber visto a mi madre acostándose con un chico de mi edad, en aquel entonces, fue repugnante, y encima había engañado a mi padre, a nosotros.

—Lo pasé muy mal mucho tiempo y no quería que pasarais por lo mismo. Ya el hecho de sentirnos abandonados fue doloroso. ¿Cómo piensas que yo podía haceros sufrir más? No podía. Preferí guardar el secreto y que, algún día que yo estuviera preparada, contároslo, pero ya ves cómo han pasado las cosas —expliqué algo más relajada.

—¿Por qué has dejado que papá piense que tú eres la culpable de su abandono? ¿No te das cuenta de que ocultárselo le haces más daño?, porque no creo que lo esté pasando bien. Eres su hija, y creo que el echarle de su vida ha sido lo más doloroso que ha vivido en mucho tiempo. Incluso podría jurar que le duele mucho más que el abandono de mamá —afirmó mi hermano y, en parte, tenía razón, pero no me atrevía a contarle la verdad a mi padre.

¿Y si después de decirle me odia igualmente por ocultárselo? No podría vivir con ello, no podría vivir con el recuerdo de la cara de mi padre llena de decepción al mirarme ni ver cómo me echaba de su vida para siempre. Me encogí de hombros sin saber qué hacer. Últimamente todo me salía mal. ¿Qué más me pasaría?

—No sé cómo hacerlo. No quiero ver de nuevo esa cara de decepción, no lo soportaría.

Mi hermano me dio un apretón de manos y volvió a abrazarme, pero esta vez para consolarme. Me sentía muy a gusto entre sus brazos y me reconfortaba saber que, por lo menos, él no me odiaba y que no lo haría nunca. Mi hermano me adoraba, al igual que yo a él.

Pasé el día con él y me contó que mi padre estaba mucho mejor y que, en cualquier momento, saldría del hospital. También me contó que David se había tenido que ir y comprendió que había venido en muy mal momento, pero me mandó un mensaje, por mi hermano, que decía que lo llamara cuando me

sintiera mejor. Después cambiamos de tema drásticamente, y vino el tema «Boda» —su boda, concretamente—. Estaba feliz y muy nervioso, pues solo faltaban seis meses, y ese tiempo pasaba volando. Estaban planeando la despedida de soltero para mucho antes, pues después, con todos los preparativos, no podrían y recordé que tenía que hablar con Luisa para preparar la de Belén. A mi hermano se la planearían Cristian, Rubén y algunos compañeros más.

—Supongo que tú despedida de soltero y la de Rubén la haréis juntos, ¿no?  
—pregunté sin querer, pues no quería hablar de Rubén frente a mi hermano.

Mi hermano negó y se puso serio. Ya lo había fastidiado de nuevo. No tenía remedio: me encantaba meter la pata y hasta el fondo, si era posible.

—Por lo que veo, no sabes nada, ¿no?

No entendí esa aclaración. ¿Qué era lo que no sabía? Mi hermano suspiró como si no quisiera contármelo. Se levantó y fue a la nevera a por algo de beber. Me ofreció una cerveza, pero negué poniendo cara de asco. Entonces, sacó un refresco para mí y una cerveza para él; se acercó y me extendió para que la cogiera. Volvió a sentarse, bebió un sorbo, y tanto silencio me estaba matando.

—Rubén ya no se casa.

Escupí el poco refresco que tenía en mi boca, lo que hizo reír a mi hermano, pues me había salido hasta por la nariz. Le pegué un puñetazo en el brazo cuando me recuperé de la tos que me había provocado. Casi me ahogaba y él, partiéndose el culo de la risa.

—¿Cómo que no se casa? ¿Qué ha pasado?

—Me lo contó esta mañana y también me dijo que está enamorado de ti.

—Es que eso es imposible. ¡Joder! ¿Cómo pretende que crea que se ha enamorado de mí en tan solo unos días? Eso es imposible —respondí y yo misma me dije lo mismo.

Se suponía que a mí me había pasado lo mismo: me había enamorado de él. Pero ¿cómo y cuándo había pasado? Solo sabía que había pasado y que ya no

podía negar lo innegable; no podía negarle al mundo lo que tanto se me notaba.

Mi hermano me ofreció su casa hasta que me comprara otra, pues le había contado lo del dinero por mi casa, y se ofreció a acompañarme, al siguiente día, para buscar un apartamento acorde con mis gustos y no muy caro. Así que después de hablar durante horas, en los que mi hermano me contó lo mal que Rubén lo estaba pasando, nos dimos cuenta que ya era muy tarde, así que pidió unas pizzas para cenar. Media hora después, tocaron en la puerta y sí, eran las pizzas, pero no las traía el repartidor, si no él.

## Capítulo 23

Rubén y mi hermano entraron y yo no podía dejar de mirar al primero. ¿Qué hacía aquí? Mi hermano sonrió y yo ya sabía quién lo había llamado para que viniera. La cara de Rubén era de total desconcierto, pues me dio la impresión de que tampoco sabía que yo estaba. Vamos, que mi hermano nos hizo una encerrona.

—Os dejaré solos. Ya tenéis la cena y no os preocupéis: esta noche me quedaré con mi chica —dijo mi hermano, quien se fue y nos dejó completamente solos.

Rubén dejó la caja de las pizzas sobre la mesa y se acercó despacio al sillón. Yo no podía parar de mirarlo ni de tragar saliva a la vez, pues estaba muy, pero muy nerviosa. El solo hecho de tenerlo tan cerca —más todo lo que había pasado entre nosotros— me ponía histérica. Quería ser yo la primera que hablara, pues había entendido que, todas las veces que Rubén me había dicho que lo dejara hablar, seguramente sería para decirme que no estaba con Lucía. Pero, claro, verlo en su casa, cuando había ido a buscarla, no ayudaba en nada.

—Eh, yo...

—Lo siento —dijo él sin dejarme terminar.

Ambos sonreímos como tontos, parecíamos unos adolescentes; hacía tiempo que un hombre no me hacía sentir como él. Álvaro no había conseguido hacerme sentir la libertad que Rubén provocaba con tan solo oírlo reír.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo y ya nuestros cuerpos notaban lo cerca que estaba el uno del otro. Era como si se reconocieran al momento. Me levanté para coger la caja de la pizza y acercarla un poco más y, cuando pasé por su lado, me cogió de la cintura y me sentó encima de él. Me apretó entre sus brazos y ya me sentía en casa de nuevo.

—Te quiero —susurró y mi cuerpo tembló.

Oírle decirme «Te quiero» fue precioso, y pegué mis labios a los suyos en modo de respuesta, pues no sabía si estaba preparada para decirle lo que sentía. ¿Y si todo acababa?, ¿y si esto era solo un sueño? Las cosas en mi vida nunca eran tan fáciles, y muy pronto pasaría algo que lo jodería todo de nuevo, y ese era el momento en que iba a sufrir de verdad. Al separarnos, sus ojos me observaban con miedo, y no quería que me miraran así. No quería que sus oscuros ojos se pusieran tristes, pues oscurecía su mirada aún más.

—Yo... Yo también te quiero, Rubén —respondí y vi cómo expulsaba el aire que no sabía que estaba reteniendo—. Me ha costado asimilarlo e, incluso, me ha costado decirlo, pero ya no puedo más. No sé qué pasará mañana, solo me importa el hoy, y estás aquí conmigo —declaré y volvió a besarme como solo él sabía hacerlo.

Su lengua entró en mi boca y ambas comenzaron esa danza que solo ellas sabían. Nuestros cuerpos ya pedían, a gritos, que nos desnudáramos para sentirnos piel con piel, de una vez y por todas, y no esperamos más para hacerlo realidad. Fuimos despojándonos de nuestra ropa y ahí, en ese sillón, me senté a horcajadas, encima de su miembro duro y dispuesto a entrar en mí de una sola estocada. Me sentí plena y llena de vida. Tenerlo dentro de mí era lo más bonito que ese día, en el baño de aquella discoteca, me había enseñado, pues no sabía que me había sentido tan vacía antes. Era como si, con su llegada, hubiera encontrado la felicidad plena.

Sus manos me recorrían entera, tocando mi piel con suavidad, deleitándose con cada centímetro, que ahora eran solo suyos. Mis movimientos lo volvían loco, y el estar encima de él era mucho más placentero. Rubén gemía, gritaba

mi nombre, y varios «Te quiero» se escaparon de sus labios. Me dio pavor ese sentimiento de perderlo, pues antes tenía miedo de quererlo y ahora, que sabía que estaba absolutamente enamorada de él, era diferente, pues cabía la posibilidad de que esto fuera solo un sueño del cual no quería despertar.

—Yo también te quiero —respondí con la voz entrecortada.

Nuestros gemidos llenaban la estancia como único sonido, como si de una melodía de amor se tratara, y era la perfecta melodía, la más hermosa de todas, y era completamente nuestra. Rubén comenzó a volverse loco por la pasión y se puso de pie conmigo encima. Necesitado de más dureza y movimiento, me pegó a la pared y me hizo suya por completo, entrando y saliendo con una brutal fuerza, brutal pero placentera. Rubén seguía besándome; mis labios ardían de tantos besos, y me encantaba sentir ese fuego que emanaba en mi interior al tenerlo cerca. Sus embestidas cogieron un ritmo frenético hasta el punto de perdernos en nosotros mismos; no existía nada ni nadie más que nosotros y ese momento.

Cuando acabamos, Rubén se sentó en el suelo conmigo aún encima. Estábamos agitados y nos costaba respirar. Pegó su frente a la mía con los ojos cerrados y, cuando los abrió y me miró, mi corazón dio un vuelco, pues su mirada era tan profunda que me perdía en ella. Acercó sus labios a los míos y me besó dulcemente.

Cuando conocí a Rubén, pensé que sería un hombre de corazón duro, un hombre arisco, pero no fue así, pues era un hombre dulce, cariñoso, apasionado, y muchas cosas más que lo definían. Al separarnos, nos levantamos y fuimos al baño a ducharnos, ya que estábamos muy sudados. Nos duchamos juntos y me hizo el amor de nuevo. Era insaciable y yo no me quedaba atrás. Al salir del baño, nos vestimos y fuimos a cenar al salón, aunque seguro que la pizza ya estaba fría. Cuando calenté la pizza, la serví y me senté al lado de él. Era la primera vez, de todos nuestros encuentros, que estábamos como si fuéramos una pareja normal, aunque aún no sabía que éramos.

—¿Para qué fuiste a casa de Lucía? —preguntó, lo que me sorprendió, pues estábamos cenando en silencio. Ninguno abría la boca nada más que para comer, y me había dejado en blanco.

—Tenía que ver a alguien.

—Sí, sé que fuiste y hablaste con la empleada, pero ¿quién es ella para ti?

—Mi madre —respondí y nos callamos.

Seguimos cenando y no volvió a tocar ese tema; yo también tenía muchas preguntas que hacerle, pero no sabía cómo empezar. Al terminar de cenar, recogimos la mesa y nos sentamos en el sofá tranquilamente. Me sentía muy cómoda con él.

—¿Qué ha pasado entre tú y Lucía para que no te cases? Espero que yo no haya tenido la culpa, pues te dije, en su día, que yo no quería ser la causante de una separación —expresé mirando al frente.

No quería sonar cabreada, pero a veces me salía ese carácter tan peculiar que había heredado de mi padre. Rubén cogió mi mejilla con su mano derecha e hizo que lo mirara. Me sonrió y yo me derretí como una tonta.

—Tú no has tenido nada que ver con mi decisión. Lara, yo no estoy enamorado de Lucía y nunca lo estuve. Únicamente me iba a casar con ella porque, supuestamente, había quedado embarazada, pero resultó que no era mío, como siempre sospeché. Me engañaba con todo el que le daba la gana —suspiró mientras cogía mis manos—. La primera vez que vi tu foto, mi corazón dio un vuelco y sentí que serías una persona muy importante en mi vida. Poco después Lucía quedó embarazada y yo me sentí amarrado y, cuando te conocí en persona, sentí que tenía que comprobar realmente si ese bebé era mío o no.

Me explicaba todo nervioso, como si tuviera miedo de que no le creyera, pero no podía decir que no le creía pues, aunque lo conocía de muy poco, era como si lo conociera de toda la vida, y se había ganado mi entera confianza. Había días en los que decía que no confiaba en sus palabras y era porque no confiaba en las mías y tenía que hacer ver que era otro motivo y no yo. Después de contarme todo, yo le conté lo que me había pasado con Álvaro. Se

cabreó muchísimo, pero lo calmé con mis besos. También le dije que estaba buscando apartamento y me comentó que había uno libre en su edificio. Por un momento le dije que no, pues no quería ser su vecina, pero terminó convenciéndome y llamó a la inmobiliaria de su edificio y concertó una cita para ver el apartamento al siguiente día. Más tarde, y después de hablar de un millar de cosas, nos fuimos a la habitación de mi hermano para dormir, pues ya era tarde.

Me sentía abrumada y nerviosa pues, aunque ya me había acostado con él en varias ocasiones, esa noche dormiríamos juntos, y solamente ese hecho me ponía histérica. Estaba preparando la cama mientras él fue al baño. Luego, entró en la habitación y me abrazó por atrás.

—No sabes lo que he deseado pasar una noche así contigo desde que te conocí —susurró en mi oído, lo que me puso la piel de gallina.

Me di la vuelta y pasó mis brazos por su cuello; acerqué mi boca a la suya y lo besé con amor, mucho amor. Caímos en la cama y, entre cosquillas y caricias intencionadas, me hizo el amor de nuevo. Yo me sentía en una nube, como jamás me había sentido en mucho tiempo, y el hecho de que Rubén, el hombre más atractivo y guapo de todo el cuerpo de policía, estuviera besando mi piel y lamiendo cada punto de mi cuerpo era perfecto. Simplemente perfecto.

Una noche de amor, completamente llena de amor. Así me hizo sentir entre sus brazos: amada, como jamás había pensado que me sentiría después del engaño de mi exmarido. Después de tanto amor y sexo, nos quedamos dormidos, abrazados, y ahí sí que me sentí feliz del todo.

\*\*\*

La luz de la mañana se colaba por las persianas mal echadas, y sentí el calor de Rubén. Me di la vuelta y descansé mi cabeza en mi mano, apoyándome en el codo. Lo miré y sonreí al verlo dormir tan plácidamente; me daba pena

despertarlo, pero teníamos que ir a ver el apartamento. Pasé la yema de mis dedos por su silueta, repasando cada línea de su cuerpo, trazándolo como si estuviera pintando el paisaje perfecto. Entonces, lo vi sonreír con los ojos cerrados, marcando esos maravillosos hoyuelos que le daban ese aspecto juvenil y malote. En ese momento, me enamoré un poquito más de él, si podía. Me acerqué y besé sus labios con dulzura, pero de un solo toque, pues tenía que lavarme los dientes —no me gustaría que sintiera mi olor mañanero—.

Me levanté y me fui directo al baño, antes de que quisiera profundizar ese beso, pues Rubén era muy apasionado y me hacía delirar con solo un beso. Escuché cómo venía tras de mí y cómo aporreaba la puerta para que le abriera. Yo me reía a carcajadas al escucharlo tan desesperado.

—¡Lara, abre la puerta! —gritó y yo me reía aún más.

—Espera, que ya salgo.

—No espero. Abre, por favor. ¿Te pasa algo? Saliste corriendo y me has asustado.

Al decir eso, me acerqué a la puerta y la abrí. Él entró con una sonrisa triunfal y se abalanzó sobre mí y me besó como deseaba hacerlo. Le mordí el labio y se separó al tiempo que pegó un grito de dolor.

—Eres un tramposo.

—¿Estás loca? Me has hecho derramar sangre —dijo quejándose de dolor.

Me dio pena, ya que me había pasado. Me acerqué a él preocupada y me agaché para verle bien el labio. Entonces, me cogió en su hombro y me llevó de vuelta a la cama, mientras me pegaba nalgadas en el culo. Rubén reía y yo gritaba; éramos un caso.

—Rubén, bájame por favor.

—A sus órdenes. —Y me soltó en la cama. Se subió encima y comenzó a lamer mi cuello.

Mi cuerpo se estremecía al sentir su lengua en mi piel, y ya me moría de ganas por que me hiciera suya. Le quité los pantalones y él fue quitándome la camisa del pijama que le había cogido a mi hermano la noche anterior. Me

dejó completamente desnuda, pues de un tirón me hubo roto la tanga de encaje que llevaba puesta. Me quejé, pues ya era la segunda que me hacía trizas, y no podía estar rompiéndome la ropa interior cada vez que íbamos a hacer el amor.

—¿Piensas romper toda mi ropa interior? —pregunté reprimiendo una sonrisa.

—Si me impide sentirte como quiero, sí: pienso romperlas todas... Te quiero, preciosa —susurró y me besó.

Sentir su cuerpo temblar como lo hacía el mío era maravilloso, pues me enseñaba que él sentía lo mismo que yo. Nuestros cuerpos pegados, dándose ese calor que nos abrasaba como si de una hoguera se tratara. Solo amándonos como lo hacíamos, sentíamos tranquilidad, como si nuestros cuerpos estuvieran en una tensión constante, pero nos relajábamos con solo unirnos. Hicimos el amor de nuevo y ya no sabía cuándo podríamos parar... ¿Cuándo nuestros cuerpos se sentirían saciados por completo?

## Capítulo 24

Horas después, y una vez que habíamos desayunado y arreglado, nos montamos en el coche y fuimos al edificio donde estaba el apartamento de Rubén, pues habíamos quedado con la promotora para que me enseñara un piso que estaba justo debajo del de Rubén. No me hacía mucha gracia el tenerlo tan cerca, pues teníamos, ahora mismo, una relación un poco rara, en donde no sabíamos realmente que éramos, por lo menos yo. Cuando llegamos, aparcó en su plaza de garaje. Bajamos del coche y fuimos hasta el ascensor para subir hasta la novena planta, que es donde estaba el apartamento. Mientras subíamos, Rubén se puso tras de mí, me abrazó y me besó en el cuello.

—¿Quieres jugar? —pregunté coqueta.

—Mmm, sí, puede que sí —respondió en voz baja pero, antes de darme la vuelta, la puerta del ascensor se abrió y tuvimos que salir.

—Creo que lo dejaremos para más tarde —dije con picardía.

Caminamos hasta la puerta y la vimos abierta. La promotora nos esperaba en la entrada. Nos invitó a pasar después de haberse presentado. Se llamaba Alisa García y me dijo que era de Sevilla. Vaya que los andaluces estaban en todas partes.

Nos enseñó el apartamento y, la verdad, me gustó mucho pues, aparte de ser notablemente espacioso, era muy luminoso. Además, el precio era bastante asequible y me alcanzaba con lo que Álvaro me había pagado por mi parte de

la casa. Rubén, primero, le dijo que nos lo pensaríamos, para ver si nos bajaba algo más de dinero, pero no lo dejé y le di la copia de toda la documentación para que comenzara con el papeleo. Así que, al salir de allí, ya tenía casa y era mía, solo mía.

—Tenías que haber dejado que te bajara algo de dinero —mencionó cuando ya estábamos en el coche.

Me encogí de hombros y le sonreí satisfecha. Me daba igual, estaba feliz. Decidimos ir al bar de Luisa para ver a los chicos, pues Rubén había quedado con Cristian allí para pedirle perdón por lo del día que nos había encontrado en su apartamento. Me dijo que no le había gustado y que había creído lo peor, pero después se dio cuenta de que su amigo y yo no seríamos capaces de hacerle eso. Me extrañó porque ¿cómo había pensado que yo no sería capaz de ello? Apenas nos conocíamos y ya creía que yo sería incapaz de hacerle daño.

—Tu confianza en mí hace que te respete aún más —expresé y se rio.

—¿Tan raro es? Sé que nos conocemos de poco tiempo, pero te recuerdo que yo ya te conocía y que tu hermano me enseñó quién es realmente Lara Molina —respondió y soltó una carcajada.

Llegamos y, después de aparcar el coche, entramos en el bar. Los chicos estaban en el fondo, donde siempre se sentaban. Belén y Luisa abrieron los ojos, sorprendidas de verme junto a Rubén, y tuve que reírme cuando Belén hizo una mueca diciéndome, en silencio, que teníamos que hablar. Me acerqué a ellas y les di un beso en la mejilla a cada una; luego, fui a mi hermano, y dejé el último en Cristian, que miraba a Rubén con recelo, pues ellos aún no habían hablado. Nos sentamos y Rubén le pidió a Cristian de hablar un momento en privado; entonces, ambos se levantaron y se fueron a la calle. Todos me miraban a mí con una cara muy cómica.

—Bueno, bueno, ¿qué significa esto? —preguntó la cotilla de mi cuñada.

—Nada, no sé de qué estás hablando —respondí seriamente, pero pronto me reiría, no servía para fingir.

—Venga, Lara, no seas mala y díselo —habló mi hermano y mi cuñada lo

fulminó con la mirada.

—No me jodas, Martín, ¿en serio? ¿Lo sabes y no me has dicho nada? —El cabreo que mi cuñada tenía era bastante cómico, y sabía que a mi hermano le iba a caer la gran bronca monumental, así que decidí contarles todo por mí misma.

—Venga, no seas así con él. Solo me guardaba el secreto como mi hermano que es, pero tranquilas, que yo os cuento todo con pelos y señales. Bueno, no, no con tantos detalles —expresé y nos reímos.

El padre de Luisa vino con una ronda de cervezas en el mismo momento en que Rubén y Cristian regresaban de su charla en privado. Rubén se sentó a mi lado y me dio un beso en los labios, que no pasó desapercibido por ninguno, e incluso podría jurar que mi cuñada dio saltitos de emoción en su silla y Luisa enarcó una ceja mirándola embobada. Solté una carcajada en la boca de Rubén, y este se separó de mí con el ceño fruncido.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó en mi oído, esperando que nadie lo oyera.

—¿No viste a mi cuñada saltar en la silla? —pregunté señalándola, y me tiró un pedazo de pan de las tapas de comida que nos habían traído con las cervezas.

—Pero mira que eres tonta, Lara. Vale, ya vemos que estáis juntos, pero ¿desde cuándo?

—Pues no... no sé. —Miré a Rubén confundida y este me sonrió.

—Es verdad, no me miréis así. Soy el culpable de no haberle pedido a esta preciosa mujer que sea mi novia —afirmó y mi corazón comenzó a latir desbocado, con ganas de salir de mi pecho—. ¿Quieres ser mi novia, Lara?

Su mirada y la mía se encontraron mientras suspiraba como una tonta enamorada. Me quedé pensando. Quería asustarlo y lo estaba consiguiendo; su expresión de hombre enamorado se iba a convertir en hijo del demonio en cualquier momento. Me reí y asentí. Se acercó a mí y besó mis labios con dulzura. Estaba feliz, muy feliz. Solo esperaba que las cosas salieran bien ya

que, de no ser así, mi vida se iría a la mierda relativamente, pues no iba a soportar otro desengaño amoroso y menos con lo enamorada que estaba.

—Bueno, pues, oficialmente, ya somos novios —anunció sin borrar esa sonrisa de chico malo que tanto me gustaba—. Chicos, el sábado es mi cumpleaños y mi familia se ha empeñado en hacerme una fiesta; me gustaría que vinierais todos. —Su cumpleaños me pilló por sorpresa y más el que nos invitara a todos a su casa.

Era extraño el hecho de que me invite sabiendo que a su padre no le haría mucha gracia verme en sus dominios; me tiraba para atrás. No era ninguna cobarde, pero prefería mantener las distancias con ciertas personas y más cuando no era grata para ellos. Me quedé muy callada y pensativa, y Rubén se dio cuenta. Me preguntó qué me pasaba y no quise decirle los motivos de mi ausencia. En cambio, le mentí explicándole que pensaba en mi padre y que estaba muy preocupada, aunque eso no era falso del todo, pues estaba loca por ver a mi cascarrabias. También estaba así por su progenitor. Ese hombre con aires de «yo soy el dueño del mundo», que tan mala educación había demostrado el día que había venido a buscar a su hijo al hospital, ese hombre me odiaba y, aunque dijera que yo no sentía lo mismo, mentía. No me caía nada bien y algo me decía que esa fiesta sería un auténtico caos.

—Sigues muy pensativa... ¿Hice algo mal? —susurró Rubén en mi oído.

Me sentí fatal. El estar pensando mal de su padre, y encima haciéndole creer que había hecho algo mal, no me gustó. Entonces, pensé que lo mejor sería decírselo; no quería comenzar una relación con secretos.

—Pensaba en tu fiesta y, sobre todo, en tu padre.

—¿Por qué?

—¿De verdad no te has dado cuenta? Tu padre me odia, Rubén. Cuando me vea aparecer por tu casa, me echará; de eso estoy segura.

Rubén negó mientras se encogía de hombros. Me echó el brazo por encima de los míos y yo reposé mi cabeza en su pecho. De verdad que sabía que no era buena idea ir a su cumpleaños, además de que llevábamos juntos muy poco

tiempo y su padre utilizará eso en mi contra.

—Me da igual lo que mi padre diga, Lara. Yo quiero estar contigo y, si él no está de acuerdo, pues es su problema, no el mío. No me va a fastidiar mi vida porque él se haya empeñado en que me case con Lucía —declaró y me hizo sonreír su manera de expresarse. Era tan alocado y serio a la vez.

Pasamos la tarde en el bar, entre risas y comentarios absurdos de Cristian para pinchar a Luisa. Esta cada vez se enfadaba más con él, y no creía que así la pudiera ganar pues, aunque Luisa era una enamoradiza nata, no le gustaban los tíos que se portaban como si fueran machos alfas. Mi hermano y los chicos hablaron sobre la despedida de soltero y la planearon para la siguiente semana, así que las chicas y yo hicimos lo mismo para el mismo día que ellos. A Martín no le hizo mucha gracia, pues recordó la que había formado el último día que habíamos salido.

—No te preocupes, tío, que tu hermana no volverá a acostarse con un desconocido en el baño de la discoteca por la cuenta que le trae. ¿Verdad, preciosa? —expuso Rubén y yo enarqué una ceja.

—No eres nadie para decirme qué puedo o qué no puedo hacer, guapo —respondí y todos soltaron una gran carcajada.

Los miraba a todos embobada, pues hacía tiempo que no me sentía así de bien, tranquila y relajada, sin pensar en lo que me había hecho Álvaro o en el hecho de estar acostándome con un hombre comprometido que, al final, resultó convertirse en mi novio. No me creía que, en tan poco tiempo, hubieran sucedido tantas cosas y, aunque siempre dicen que las cosas que van rápido suelen salir mal, correría el riesgo, porque quien no arriesga no gana y ese lema lo tenía presente en mi vida. Eso siempre lo decía mi madre; ella era la única que tenía el coraje de hacer cualquier cosa que mi padre no haría.

Al llegar la noche, el padre de Luisa tenía que cerrar el bar, pero nos dejó seguir la fiesta en privado, pues estábamos jugando al billar. Hacía mucho que no jugaba ya que, al separarme, esas cosas ya no las hacía, pues con Álvaro siempre habíamos tenido una vida social bastante activa, aunque había pasado

a ser demasiado activa para mi gusto. Es entonces cuando las cosas se rompen.

Eran casi las dos de la madrugada y seguíamos en el bar. Luisa y Cristian, que se ofreció, fueron a la cocina para preparar algo para picar, pues solo estábamos bebiendo y las cervezas ya comenzaban a hacer su trabajo. Yo ya no estaba jugando, me tuve que sentar del mareo que tenía; no estaba acostumbrada a beber tanto. Cristian se acercó a mí y se sentó a mi lado; lo miré y me sonrió. Era un chico muy guapo y me gustaría mucho que se llevase mejor con Luisa; hacían muy buena pareja, pero Luisa era un hueso duro de roer.

—¿Qué pasa? Luisa no te lo pone fácil, ¿no? —pregunté en tono burlón y casi arrastrando las palabras.

—¿Luisa? Me da igual, no me gusta tu amiga —respondió encogiéndose de hombros, como si no le importara.

—Ya...

—¿Ya qué? De verdad que hoy estás insoportable. Si no sabes beber, no bebas, canija.

Solté una carcajada y se levantó cabreado. Había dado en el clavo, pues le gustaba Luisa más de lo que reconocía. Rubén, al ver cómo se había puesto su amigo y cómo se había ido, se acercó a mí con una sonrisa marcada que quitaba hasta el hipo. Se agachó, poniéndose en cuclillas frente a mí y, apoyando sus brazos en mis rodillas, se fue acercando hasta pegar nuestros labios. El sabor de sus besos, mezclados con el alcohol, me puso cardíaca y ya estaba deseando despojarme de nuestras ropas para que me hiciera el amor, aunque fuera en el baño. El sitio no importaba, lo que importaba era con quien estaba. Sus labios y los míos se besaban con pasión y, aunque escuchamos varios carraspeos de nuestros amigos, no podíamos parar, así que Rubén se levantó, me cogió en brazos y me llevó al baño de señoras. Todos gritaron sorprendidos y yo me reía, con nuestros labios aún pegados. Estaba loca y su locura era contagiosa, lo que borraba de mi vida la poca seriedad que me quedaba.

## Capítulo 25

### *Días después*

Toda la semana la había pasado trabajando y no había tenido mucho tiempo para nada. Intenté acercarme a mi padre, pero se negaba a escuchar y desistí de volver a intentarlo; por lo menos, podía estar tranquila, pues ya había salido del hospital y tenía una enfermera que mi hermano había contratado para que lo cuidara. Me negué a que lo pagara él solo pero, como siempre, había que hacer lo que él quería, así que, si era feliz pagándolo solo, pues todo suyo.

Esa noche era la fiesta por el cumpleaños de Rubén y yo estaba bastante nerviosa; de hecho, le había dicho, en alguna ocasión, que no iría y que yo le organizaría una fiesta entre todos nosotros. Pero se negó en rotundo y no sabía qué más decirle para que desistiera de hacerme ir.

Ya estaba instalada en el nuevo apartamento y me sentía bastante cómoda, aunque... ¿cómo no estarlo?, si había ido a por mi sofá favorito. Cuando fui a por él, Silvia estaba en la casa y tuvimos un pequeño encontronazo que acabó con mi mano en su mejilla. Había insinuado que quería quitarle a Álvaro y, prácticamente, me había llamado «puta». Claro que nadie habla por ciencia, sino por experiencia.

Me encontraba sola en mi apartamento, pues Rubén se había ido a trabajar. Desde que me hube mudado, solo quería estar conmigo y me encantaba; prácticamente, pasaba todas las noches a mi lado, y eso era algo que yo sabía

que pasaría. Diría que no me gustaba que estuviera conmigo, pero mentiría; lo que si le decía era que era demasiado pronto y que parecía que vivíamos juntos, y para eso todavía faltaba mucho. Yo tenía miedo de entregarme al completo, no quería que me engañaran de nuevo. Me levanté muy temprano, pues tenía que ir con mi cuñada a la prueba del vestido de novia; todavía faltaba mucho para eso, pero ella quería comprarlo ya, y ya hacía unos meses que lo tenía encargado. Fui hasta el salón ya arreglada y cogí mi bolso para salir. Entonces, me sonó el móvil; me había llegado un mensaje de un número oculto. Me extrañó, pero lo abrí para leerlo; podría ser una equivocación.

¿Estás segura de su amor?

Fruncí el ceño y me cabreé muchísimo. ¿A que venía este mensaje? No entendía nada y estaba segura de que era de Lucía. Le iba a contestar, pero en ese momento pegaron en la puerta, y fui a abrir. Eran Luisa y Belén. Me extrañó verlas; habíamos quedado en la *boutique* para el vestido. Recibí otro mensaje, pero ese no lo leí; ya me tenía que ir y no quería cabrearme más.

—¿Pero no habíamos quedado en la *boutique*? —pregunté con una sonrisa fingida.

—Sí, pero tu cuñadita está muy rara y quiso venir aquí primero. Parece que quiere contarnos algo —respondió Luisa reprimiendo una sonrisa.

Alcé las cejas a modo de respuesta, y nos sentamos en el sofá. Belén estaba muy rara y era la primera vez que la veíamos así. Ella no era de esas mujeres que se acobardaban y siempre nos había demostrado que no le temía a nada ni a nadie, pero algo le pasaba; eso estaba más claro que el agua.

—¿Vas a decirnos de una vez qué te pasa? —pregunté al tiempo que tocaba su mano, pues estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se daba cuenta de que le estaba hablando.

Me miró y de pronto la vimos llorar. Mi cuñada, llorando. ¿Esto era en serio? Era algo grave, muy grave. Me tenía bastante preocupada y Luisa no se quedaba atrás, pues la miraba con los ojos aguados, ya que verla llorar a ella,

precisamente, era raro.

—Cariño, Belén, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras? —La voz de Luisa sonaba agobiada. Ellas eran amigas desde mucho antes de que yo las conociera. Años de amistad, muchos años. Una crianza juntas. Eran como hermanas y, a veces, una se ponía mala y la otra parecía que se programaba para ponerse igual. Claro, me tocaba a mí cuidarlas a ambas.

—Creo... creo que estoy embarazada —declaró de pronto.

Luisa y yo nos miramos y la abrazamos. Un bebé, un bebé de mi hermano. ¿Iba a ser tía? Me hacía mucha ilusión, pero ¿por qué no a la futura madre? No la entendía y suponía que era ahí donde estaba el problema. Me levanté y le preparé una tila sin que ella me la pidiera, pues la notaba bastante nerviosa y lo que le faltaba ahora era que le diera un infarto. Cuando tuve la tila lista, me acerqué a ella y la puse en la mesa. Luisa la cogió en sus manos y le dio un sorbo.

—Oye, que es para ella —le regañé y la soltó de nuevo en la mesa.

—Perdón, es que estoy que me va a dar algo de un momento a otro. Un bebé... un bebé —respondió Luisa confundida.

—Joder, Luisa, que no se va acabar el mundo —le dije, pues estaba poniendo más nerviosa a Belén, que no decía nada, solo tenía la mirada puesta al frente. De pronto se levantó como un vendaval y me señaló con su dedo índice.

—¡Dices eso porque no eres tú la que está preñada! —gritó haciendo aspavientos con las manos.

Me levanté y me acerqué a ella; le puse las manos en cada hombro y la zarandé para que volviera en sí. Se había vuelto loca, dando vueltas de un lado a otro, diciendo cosas sin sentido, y me di cuenta de una cosa: estaba cagada de miedo, pues para ella no era el momento de ser madre, no hasta estar casada y tener una estabilidad. Belén era de las que necesitaban una casa, un coche y un trabajo para ser madre. Los hijos no se eligen, sino que ellos vienen solos, cuando creen que es el momento: así es la vida y hay que

aceptarla como viene.

—Joder, Lara, no es el momento, no puedo estar embarazada. ¿Cómo se lo tomará tu hermano?

—A Martín lo harás muy feliz. No seas tonta. —La abracé para que se tranquilizara—. Un bebé es lo más bonito que le puede pasar a una mujer. No pienses que no es el momento, porque sí que lo es, y serás la mejor de las madres. Ya lo verás.

Conseguí que sonriera y se tranquilizara. Ella sabía por qué le decía eso. Yo había perdido a mi bebé y me había costado mucho superarlo, y que viniera un sobrinito me alegraba muchísimo, aunque realmente no sabía aún si estaba embarazada o no. Nos enseñó el test de embarazo, se lo había traído sin decirle nada a nadie. Entonces, se fue al baño y nosotras la esperamos en el salón. Luisa estaba muy nerviosa y yo, muy emocionada. Parecíamos dos niñas pequeñas. Minutos después Belén salió del baño y no podía descifrar su cara. ¿Era de felicidad o de desconcierto? Se sentó al lado de nosotras y puso el test sobre la mesa de cristal; no sabíamos si cogerlo o no.

—¿No piensas mirarlo? —pregunté.

—Ya lo he mirado —dijo con ambas manos, que restregaban su cara frustrada.

—¿Y qué ha salido? —habló Luisa.

Como no decía nada y tampoco nos lo enseñaba, lo cogí y lo miré. El resultado no era el que esperábamos y Belén, con mis palabras, había logrado ilusionarse por un momento. Luisa me lo quitó de las manos, lo miró y, con las mismas, lo tiró a una esquina de la casa, lo que nos hizo reír. Esta Luisa estaba muy loca.

—Bueno, no pasa nada. Piensa que ahora el vestido de novia te quedará de muerte.

Nos levantamos y salimos del apartamento. Fuimos en el coche de Belén, pues el de Luisa aún lo tenía yo y, de un momento a otro, me lo acabará pidiendo. Menos mal que me había quedado algo de dinero: iría a comprarme

un coche, aunque fuera de segunda mano. Media hora después, llegamos a la *boutique* «Pronovias», y nos atendió Lorena, la dependienta que nos había cogido las medidas, tanto para el vestido de novia como para las damas de honor, que éramos nosotras. Belén entró en el probador y, cuando se puso el vestido, salió para enseñarnos cómo le quedaba, y ni qué decir que le quedaba espectacular. Estaba preciosa y mi hermano, cuando la viera, se enamoraría aún más de ella. Después Luisa y yo nos probamos los vestidos elegidos para las damas. Eran cortos hasta las rodillas, con tirantes anchos y de color dorado. Simplemente perfectos. No queríamos unos vestidos largos convencionales, como lo que solían llevar todas las damas de honor, pues nosotras éramos al revés del mundo y llevaríamos vestidos cortos.

Una hora después, terminamos en la *boutique* y nos fuimos al centro comercial para almorzar, pues pasaríamos por algunas tiendas para comprarnos algo decente para la fiesta de cumpleaños de Rubén.

En el almuerzo, recibí un par de mensajes y todavía no había leído los últimos mandados por la desconocida. Deducía que era una mujer porque, si no, ¿quién era?, ¿su padre? Los abrí y solté el móvil en la mesa de mala manera. Las chicas me miraron extrañadas y Luisa lo cogió y, aunque me negué en rotundo a que lo leyera, lo hicieron y Luisa se cagó en todo, pues lo último que me había dicho fue lo siguiente:

Esta noche sabrás quién soy. No dejaré que te quedes con él.

Me había amenazado y ya era la gota que colmaba el vaso. La verdad, estaba un poco asustada, pues sabía que, quien fuera esa persona, iría al cumpleaños de Rubén y, si ya tenía pocas ganas de ir, ahora menos.

—Se lo dirás a Rubén, ¿verdad? —me preguntó Belén.

Yo negué, no le diría nada. Si se enteraba, que fuera por otra persona. No quería que comenzara una búsqueda del culpable. No se merecía que le jodiera el cumpleaños con una tontería de alguna estúpida que no quería que estuviera con él.

—Si no se lo dices tú, lo haremos nosotras —me amenazaron y me cabreé, pues no tenían que meterse en mi vida.

—No se lo diréis. No tenéis derecho y no os dejaré hacerlo —sentencié y me levanté para marcharme.

Comencé a caminar y, aunque ellas me llamaban para que parara, no lo hice y paré un taxi y me fui para mi apartamento. Por el camino, recibí varias llamadas de ellas, pero no se las cogí. No sabía si me comportaba así porque estaba asustada o cabreada. Llegué a mi edificio, le pagué al taxista y salí del coche. Ingresé y subí hasta mi piso. Cuando entré, mi móvil sonó, pero esta vez era una llamada de Rubén. No quería atenderlo, no quería decirle que no iba a su fiesta. Insistió tanto que al final se lo cogí.

—Lara, ¿qué te pasa?, ¿por qué no cogías el teléfono?

—No lo escuché, perdona.

—¿Te pasa algo? Te noto muy rara.

Suspiré y me sentía agobiada; tenía muchas ganas de llorar, pues tenía miedo, mucho miedo de perderlo. Amaba a Rubén, mucho más de lo que había imaginado hacerlo, y me estaba viendo envuelta en una espiral de sufrimiento pasado que me llevaba a desconfiar y, sobre todo, a pensar cosas como: éramos muy distintos, su padre me odiaba, alguien quería separarnos. Todas esas tonterías, en mi cabeza, no eran buenas.

—Vida, ¿sigues ahí?

Esa palabra, *vida*, me la decía mucho y me encantaba, pues me hacía sentir que era su vida, que sería parte de ella, pero no sería así. Yo no era para él. Rubén era un hombre de buena familia y podía tener a la mujer que quisiera. ¿Por qué me había elegido a mí?, ¿qué tenía yo?

—Sí, lo siento. No me pasa nada. Bueno, me duele mucho la cabeza y me siento un poco mareada —mentí.

—Voy para allá y te cuido, ¿sí?

—No, no vengas, no hace falta. Además, me tomaré una pastilla y me acostaré un rato.

No quería sonar cortante, pero sí lo fui. Rubén se despidió de mí y me colgó. Ya había conseguido lo que quería, ya había conseguido que se diera cuenta de que no iba a ir a la fiesta. Me fui hasta la cocina y me serví un poco de agua; me la bebí de un sorbo y me senté en el sofá a ver la tele o, claramente, a ver cómo pasaban las horas, deseando que ese día acabara de una vez por todas.

\*\*\*

Escuché unos aporreos en la puerta y me desperté sobresaltada. Me había quedado dormida por la tarde. Miré la hora y eran las ocho. Había descansado tres horas de tirón y yo jamás dormía siesta, pero me sentía bastante cansada. Los aporreos eran incesantes y ya me había comenzado a doler la cabeza de verdad. Este puñetero karma que hacía lo que le salía de las pelotas.

—¡Joder, que ya voy! —grité—. ¡¿No puedes pegar como una persona normal?! —dije a la misma vez que abría la puerta, y las locas de mis amigas entraban alocadas y arregladas como si fueran a los Premios Goya.

—No pienso ir, así que ya podéis iros por donde habéis venido —escupí alterada.

—No te estamos preguntando, bonita, así que mueve tu canijo culo y ponte esto que te hemos traído. —La voz de Belén sonó tan dura que me asustó, así que le hice caso.

Me acerqué a ella con desgana y cogí de mala manera la percha con un vestido. No se distinguía muy bien, pues estaba cubierto de un plástico. Me metí en mi habitación y saqué el vestido. Este era de color verde botella, con brillos en el escote. Era largo hasta las pantorrillas y con algo de vuelo en las caderas. La verdad que el vestido era precioso. Me vestí y, en ese momento, entraron las dos y, mientras una me maquillaba, la otra me peinaba. Yo me dejé hacer sin más, pues no estaba para muchos sermones. Cuando terminaron de arreglarme, me levanté de la cama y me miré al espejo. Quedé impactada al

ver el maquillaje que Belén había utilizado, pues el color verde, en mis párpados, había quedado genial y le daba algo de vida a mis ojos tristes. Lo único que se me vino a la mente era Rubén y su cara al verme. Solo esperaba que la noche pasara sin altercados y que la loca de los mensajes no me molestara.

## Capítulo 26

Estábamos en la entrada de la casa de los padres de Rubén, esperando a que viniera a rescatarnos de los de seguridad, que no nos dejaban pasar. La fiesta aún no había comenzado y yo ya estaba que echaba espuma por la boca del cabreo que tenía. A lo lejos vimos cómo se acercaba Rubén a paso ligero; llegó y fue directo al hombre de seguridad para echarle la bronca de su vida. Estaba tan metido en eso que no se había percatado de mi presencia. Se dio la vuelta y me vio. Ya no saludó a nadie y vino directo hacia mí. Me cogió entre sus brazos y me besó en los labios. Estar así era lo más relajante que tenía el gusto de vivir, y no quería que se acabara nunca. Quería vivir toda mi vida entre sus brazos, quería estar con él por siempre.

—Estás preciosa. Eres la más guapa de todas las mujeres que hay esta noche aquí —me piropeó, por lo que se ganó unos gritos devastadores de mis amigas.

Mi hermano se acercó a él y lo saludó felicitándolo por su cumpleaños; después lo hicieron las chicas, y él no me soltaba la mano en ningún momento. Entramos y me sentía cohibida, pequeña, tan pequeña que parecía invisible y esperaba que así fuera durante toda la noche. No quería ser el centro de atención. Al entrar, fuimos directo al jardín; ahí era la fiesta y había bastantes personas. Todos me miraban al pasar por su lado, pues iba agarrada de la mano de Rubén y, claro —como no podía ser de otra manera—, sus miradas eran de «¿esta quién coño es?». Y eso mismo era lo que quería evitar.

Miré todo a mi alrededor con sumo cuidado. La decoración para la fiesta era completamente moderna y bastante costosa. Sus padres no habían escatimado en gastos y, claro, ¿cómo lo harían si era el niño bonito de la familia? O, por lo menos, esa era la impresión que me daban. De pronto una morena muy guapa corrió a los brazos de Rubén, y este la recibió feliz de la vida. Yo quedé en segundo, tercer o cuarto plano, y ya comenzaba a sentirme bastante incomoda. Detrás de la morena, estaban el padre de él y una señora bastante guapa, que deduje que era su madre. Tan pronto como se separó de la morena, todos pusieron sus ojos en mí y me puse muy nerviosa, pues el padre me miraba con odio, un odio inmenso que no escondía y que Rubén sabía perfectamente que estaba ahí.

—Daniela, te presento a Lara, mi novia —dijo al fin y me ruboricé un poco—. Lara, ella es mi hermana pequeña, Daniela.

¿Su hermana? Ni siquiera sabía que tenía una hermana. Esta me miró de arriba abajo, pero se acercó a mí con educación —cosa que dudaba bastante que tuviera—, me dio dos besos y transmitió lo encantada que estaba de conocerme. Su voz sonaba falsa, así que ya me había ganado otra enemiga en la familia de Rubén.

—Vida, ella es mi madre, Noelia, y a mi padre ya lo conoces, pero se llama Rubén, como yo. —Me presentó a cada uno de ellos y todos me miraban igual. Estaba claro que no había entrado con buen pie en la familia.

—Encantada de conoceros —respondí con voz temblorosa y no quería que notaran mi nerviosismo, así que levanté la cabeza y cambié mi gesto a uno más serio y seguro.

Mi hermano y las chicas se fueron a sentar a las mesas asignadas. Yo —cómo no— me tenía que sentar en la mesa con la familia de Rubén pero, al llegar allí, mi cuerpo se congeló, pues Lucía estaba ahí sentada. Su mirada fría se cruzó con la mía, y me sonrió de manera sarcástica mientras levantaba una ceja de forma maliciosa. Tragué saliva, pues fue ahí donde me di cuenta de que la de los mensajes era ella. Rubén, al verla, se cabreó y se llevó a un lado

a su padre para discutir con él, pues no sabía que ella estaría en la fiesta, ni mucho menos, sentada en nuestra mesa. Mientras que ellos discutían, supuestamente en voz baja —hecho que no era así, porque escuchábamos toda la conversación—, yo me senté al frente de Lucía.

—No pensé que te iba a presentar. Tienes bastantes ovarios —dijo de pronto.

Estábamos solas en la mesa y aprovechó el momento para atacarme.

—No veo por qué no tenía que venir. La que no debería estar aquí eres tú —respondí y sonrió.

—Ay, querida, llevo en esta familia tantos años que no sabría decirte con exactitud, y está claro que Rubén y yo acabaremos juntos —afirmó y ya estaba cabreándose.

—Me parece muy bien que pienses eso, pero ¿hasta qué punto estas segura de que pasará?

—Al final de la noche lo sabrás. Ahora disfruta de lo que te queda de novia del momento, porque yo soy y siempre seré la mujer de su vida, y eso ni tú ni mil profesoras de pacotilla podrán cambiarlo.

No quise escucharla más y me levanté para ir al baño. Me acerqué a uno de los camareros para preguntarle dónde encontrarlo y me señaló la casa. No quería entrar en ese lugar, pero necesitaba echarme agua en la cara, así que me dirigí hasta el interior de la casa y ahí pude ver a otra empleada, que me indicó dónde encontrar el baño. Subí las escaleras y entré por la primera puerta que vi. Cuando entré me di cuenta de que me había dejado el bolso en la mesa, así que abrí el grifo, me mojé las manos y me eché agua en la nuca; estaba bastante agobiada por todo lo que estaba pasando. En ese momento, mi madre entró al baño. Me la quedé mirando. ¿Qué hacía aquí? Yo misma saqué mis propias conclusiones, pues ella era empleada de Lucía y la traería para que ayudase en la fiesta. Me acerqué a la puerta para irme, no tenía nada que hablar con ella, pero me paró cogiéndome del brazo.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—Solo quería saber cómo estabas y decirte que le conté toda la verdad a tu padre. No quería que siguiera odiándote —expresó nerviosa y abrí los ojos sorprendida—. Otra cosa, Lara: ten cuidado con Lucía. Esa mujer es mala, muy mala y, por lo que he visto, estás con Rubén.

—Gracias —respondí sin más y salí del baño.

Bajé las escaleras y volví a mi sitio. Rubén y su padre seguían discutiendo y, después de varios minutos más, todos vinieron a sentarse a la mesa, y la muy bruja me miraba con una risita marcada en la cara. Miré a su lado y me di cuenta de que quedaba una silla libre; recordé que Cristian aún no había llegado. Rubén se acercó a mí y me susurró al oído:

—Lo siento, no sabía que venía y, mucho menos, que mi padre la había invitado.

—Rubén, es de mala educación hablar bajito en una mesa donde hay tantas personas. ¿Por qué no compartes con todos nosotros lo que le susurrabas al oído? —dijo la muy perra.

Rubén suspiró y le di un apretón en la pierna para que se tranquilizara, pero no lo conseguí, y pronto le iba a responder alguna de sus frescas.

—Primero, no tengo por qué decirte a ti lo que le susurro a mi novia al oído pero, si tantas ganas tienes de saberlo, pues te lo diré. Le pedía perdón por tener que soportarte esta noche, cosa que no sé para qué coño has venido, así que me gustaría que te fueras, Lucía —respondió y su padre lo regañó.

—Rubén, ¿te pones en contra de ella por culpa de tu «novia»? —preguntó su padre haciendo comillas con los dedos.

Yo quería responder, pero no me atrevía. No quería montar un espectáculo en su fiesta y que se enfadara conmigo, pero tampoco podía dejar que me trataran con tanto desprecio. Cuando le iba a responder, una camarera se acercó a nosotros. Levanté la vista y la imagen de mi madre se puso delante de mí, lo que arruinó del todo la noche.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí... Pero si es tu madre, Lara —escupió y se rieron todos menos Rubén.

Me sentí humillada, pero no porque mi madre fuera una empleada de hogar o una criada, como quieran llamarla, aunque esa palabra ya no se usaba. Me sentí así por el hecho de que se burlaran de mí y yo no le había hecho nada a ninguno. Les había hablado con amabilidad y me había comportado muy bien hasta el momento, no dejando ver a la verdadera Lara, pero se acabó.

—¡Ya basta! —gritó Rubén antes de que yo respondiera.

—No tienes que defenderme, yo puedo hacerlo sola —le dije a Rubén. Luego miré al mayor de mis problemas: Lucía—. Creo que, en esta vida, tus padres no te han enseñado algo importante. La humildad es una cualidad que muchos quisieran poseer, pero tú no la conseguirías ni volviendo a nacer, porque la que nace hija de puta muere hija de puta —escupí cabreada y todos me observaron con los ojos abiertos, incluido Rubén, algo que no pasó desapercibida por mí, pues su mirada no me gustó y fue el detonante para saber lo que tenía que hacer, y eso era dejarlo, dejar que hiciera su vida con la arpía de Lucía y que intentara ser feliz—. Sí, ella es mi madre pero, aunque estemos distanciadas, me enseñó a ser humilde y, sobre todo, buena persona. —Suspiré y vi cómo mi madre lloraba por mis palabras—. No pienso dejar que me humilléis más, bastante he aguantado desde que llegué a esta casa. Adiós.

Fueron mis últimas palabras y me fui de allí. Rubén vino tras de mí y me di la vuelta para hacerle frente.

—¿Qué quieres? —pregunté cabreada.

—No deberías haber dicho todo eso. No hacía falta.

Solté una risa irónica. Joder, que la cosa se ponía peor. Ahora me tocaba bronca con él y era lo que menos quería hacer. Rubén me miraba cabreado y yo no soportaba esa mirada hacia mí, pues yo era la que tenía que estarlo, yo era la que había sido humillada por su familia y él no había hecho nada.

—Creo que es mejor que me vaya, Rubén. Y esta vez, para siempre. Tú y yo no somos compatibles y siempre habrá alguien que te pondrá en mi contra. — Mi voz sonaba temblorosa y me dolía, me dolía demasiado todo lo que estaba

pasando.

—No hablas en serio, Lara. Por favor, no digas eso, no vuelvas a irte.

—Lo tengo pensado ya y no hay marcha atrás. Este es nuestro fin, aquí se acaba —sentencié reprimiendo las lágrimas que luchaban por salir.

Nos mirábamos y Rubén no me decía nada; solo veía la tristeza en sus ojos y me hundí aún más, casi me hizo bajar la guardia y negar todo lo que acababa de decirle. Me iba a acercar, y no pude, pues la voz de la arpía vino hasta nosotros y traía mi bolso en sus manos. Otra vez me había olvidado de él.

—Lara, te olvidaste tu bolso, y no tengo ganas de ver nada tuyo por aquí —habló al tiempo que me lo extendía y, cuando lo iba a coger, lo tiró al suelo.

Me agaché para cogerlo, mientras decía improperios en voz baja, y me di cuenta de que estaba abierto y de que se había salido todo lo que llevaba en su interior. Algo brillaba en el suelo; lo cogí con manos temblorosas, y era un collar de diamantes ¿Qué hacía eso en mi bolso? Miré a Rubén y este me escrutó con el ceño fruncido; en cambio, Lucía me miró con una sonrisa triunfal. Me la había jugado.

—Lara, ¿qué haces con el collar de mi madre en tu bolso? —preguntó desorientado y yo no sabía qué responder.

—No... no lo sé. Te juro que no lo había visto en mi vida —respondí nerviosa.

—Ella lo robó, cielo. ¿Es que no lo ves? Ella entró antes en tu casa y su madre salió detrás de ella. ¿No te das cuenta de que todo ha sido un engaño?

—Lucía metía cizaña. Solo esperaba que Rubén no le creyera.

—¡Eso no es cierto! —grité—. Rubén, sí, fui a tu casa, pero al baño. Yo sería incapaz de coger algo que no fuera mío y menos de tu madre. Te está engañando. Además, yo dejé mi bolso en la mesa, se me había olvidado —expliqué convencida de que me creería, pero no fue así.

Las chicas y mi hermano se dieron cuenta del espectáculo y corrieron en nuestra dirección para ver qué pasaba. Mis lágrimas no aguantaron más y salieron. La mirada de Rubén era de decepción y ahí comprendí que no me iba

a creer.

—¿Qué pasa, Lara? —preguntó mi hermano.

—Pasa que tu hermana robó el collar de mi madre con la ayuda de la vuestra —escupió Rubén y mi corazón dejó de latir.

Mi hermano se cabreó, se acercó a Rubén y le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo. Mi madre corrió hasta nosotros al ver a mi hermano hacer eso, y ahí Lucía terminó de arreglarlo diciendo lo del robo delante de todos, incluidos ante los invitados a la fiesta. Yo no me podía creer que eso estuviera pasando y me quedé observando a la nada. Solo una imagen se grabó a fuego en mis retinas y esa era la mirada de Rubén, llena de decepción, de odio, de rencor. Eso no lo iba a olvidar jamás.

Me retuvieron hasta que llegó la policía. Era irónico, pues Rubén y mi hermano eran policías, pero no estaban de servicio. Mi hermano quiso hablar con Rubén, pero este no quiso escucharlo. Se alejó de mí lo más posible, como si el estar a mi lado le hiciera daño, y no lo culpaba. Después de todo, lo había engañado y Lucía había jugado muy bien sus cartas para hacerme esta encerrona. Quise acercarme y gritarle a la cara que era un gilipollas y que no le iba a perdonar que no confiara en mí, pero no me atreví. Además, tampoco quería que me echara; solo con ver su mirada fría y distante, tenía de sobra para morirme del todo. Una hora después, vino una patrulla de policía y nos hicieron entrar en ella a mi madre y a mí. Mis amigas lloraban y Martín me juró que nos sacaría del lio, pero la cosa estaba bastante cruda.

—Llama a Álvaro; él es el único que puede ayudarnos —le dije a Martín entre sollozos—. En mi casa hay dinero y en mi banco también hay, no mucho, pero puede que sirva para pagar la fianza.

Belén se acercó cabreada a Rubén y le dio un guantazo. Luisa intentó cogerla, pero estaba fuera de sí.

—¿Es que no piensas hacer nada?! —gritó mi cuñada.

—No, ella se lo ha buscado —respondió y ya no escuché más, pues la puerta de la patrulla se cerró en mis narices. Sentí la mano de mi madre

agarrar la mía. La miré y me abracé a ella. Menos mal que la tenía cerca, que no estaba sola del todo.

El coche comenzó a moverse y perdí de mi vista a todos, incluido a Rubén, que fue la última cara que vi. No quise que fuera otra, pues así recordaría, toda mi vida, cómo había acabado lo nuestro; me serviría para no volver a confiar en ningún hombre nunca más.

## Capítulo 27

Dos días habíamos pasado en el calabozo, dos días hasta que Álvaro pudo sacarnos. No lo había pasado tan mal en toda mi vida; jamás me había visto en una situación igual y tenía miedo, mucho miedo. El juez quería echarnos tres años de cárcel por robo, pero Álvaro luchó hasta el fin para conseguir que nos bajaran la condena y nos pusieran una multa, cosa que consiguió sin problema, pues era un buen abogado. Los dos días que había pasado con mi madre sirvieron para acercarnos más, y eso me había ayudado mucho para que no se me hiciera tan pesada la estancia en la comisaría. Cuando salimos, mis chicas, mi hermano y Cristian me esperaban fuera. Me abracé a ellos —los había necesitado mucho— y me hundí en lágrimas en los brazos de Cristian, pues él sabía por lo que estaba pasando.

Fuimos hasta el apartamento de Belén y Luisa, pues no quería ir al mío, no podía encontrarme a Rubén. Por eso no quería comprar un apartamento tan cerca de él: porque sabía que, tarde o temprano, lo nuestro se iba ir al traste. Los dos días encerrada me habían servido para pensar en lo que me iba a costar olvidarme de él, en lo que me iba a costar odiarlo, pues no podía amándolo como lo amaba y, aunque quisiera, no podía. Solo una cosa tenía clara y esa era que no quería volver a verlo.

Cuando llegamos a casa de las chicas, me fui directo a la ducha pues, desde que nos habían encerrado, no había podido bañarme siquiera. Mientras yo me duchaba, mis amigas preparaban algo en condiciones para comer, y Martín fue

a llevar a mi madre a recoger sus cosas de la casa de Lucía, pues las dos habíamos decidido hacer algo: nos iríamos las dos juntas. Regresaríamos a Almería y, esta vez, no iba a volver, me quedaría allí para siempre; lo tenía muy claro y, sobre todo, decidido. Cuando les dije a las chicas que me iba, lloraron como magdalenas, pero lo entendieron y me apoyaron; no podían hacer otra cosa. No iba ni a descansar; cuando comiera y mi hermano llegara con mi madre, nos llevarían a la estación, pues nos iríamos en autobús esta vez. No podía quitarle su coche a Luisa de nuevo, y a mí no me quedaba dinero para poder comprarme otro, pues había pagado la multa de mi madre y la mía.

Al salir al salón, después de terminar de ducharme y de vestirme, busqué a las chicas y estas estaban sentadas en el sofá, pero no estaban solas; mi padre estaba con ellas. Me miró y corrí a sus brazos. ¡Cuánta falta me había hecho mi andaluz cabezota!

—Perdóname, papá, lo siento mucho —hablé entre sollozos.

—No tengo nada que perdonarte, cielo —respondió.

Mi padre me apretó aún más fuerte, y me sentí pequeña, tan pequeña que parecía que me estaba defendiendo de los monstruos del armario, como cuando era niña. En ese momento mi madre llegó junto con mi hermano y Cristian. Me separé de mi padre y me senté en el sofá.

—¿Cómo te sientes, cariño? —preguntó mi padre.

Me encogí de hombros mientras agachaba desganada la cabeza. No tenía ganas de nada, me sentía muy cansada y, sobre todo, engañada de nuevo. La vida se había propuesto joderme, y todo me salía mal, aunque ahora era peor, pues el amor que había sentido por Álvaro no era el que sentía por Rubén, y sabía que ese amor sería para siempre.

—¿Dónde está la canija con un par de ovarios? —preguntó Cristian, lo que nos hizo reír; aunque con pocas ganas, consiguió que sonriera.

—Tu amigo acabó con ella.

Todos me miraron y comencé a llorar. No lo soportaba, no podía; todo era

demasiado y había pasado muy deprisa.

Estuvimos hablando por una hora, mientras que Martín y mi madre se encargaron de preparar algo para comer. Cuando terminamos de almorzar, salimos del apartamento de mis amigas y fuimos a mi edificio. Yo me quedé en el coche y Martín y Belén fueron a mi apartamento para buscar mis cosas. Media hora después bajaron con dos maletas, ya que yo les había dicho que solo cogieran lo necesario. Emprendimos camino hasta la estación de autobuses, pues queríamos coger el que salía sobre las cinco de la tarde, pues así llegaríamos a las diez de la noche como muy tarde.

Llegamos a la estación y nos bajamos del coche. Cristian iba detrás con Luisa y con Belén pues, en el de mi hermano, no cabíamos todos y nadie quería quedarse sin despedirse de nosotras. Fuimos a una cafetería a esperar que saliera nuestro autobús. Mientras tomábamos un café, las chicas solo estaban pendientes de mí pues, en esos dos días en los que había estado encerraba, no habían podido ni verme y, encima, ahora me iba para no volver.

—¿De verdad no vas a volver? —preguntó Belén con lágrimas en los ojos.

Me dolía mucho hacerles daño a las personas que más me querían pero, aunque la decisión era la más dolorosa de toda mi vida, estaba tomada y no me echaría atrás por nada ni por nadie. Estuvimos en la cafetería por una media hora y nos fuimos hasta la zona de salida de los autobuses para guardar las maletas en el maletero. Cuando mi madre y yo metimos las maletas, me di la vuelta para despedirme de ellos, y mis ojos ya estaban llenos de lágrimas.

—Volveré para la boda, no te preocupes —susurré a Belén mientras la estrechaba entre mis brazos.

—Más te vale. Si no, voy para allá y te traigo de la oreja —respondió y me reí.

Fui abrazando a cada uno de ellos y con todos lloré peor que una magdalena. Y no era para menos si, aunque tenía que irme, realmente no quería, pero lo necesitaba; necesitaba irme y olvidar todo y a Rubén. Terminé de despedirme y mi madre también lo hizo. Me di la vuelta para subirme al

autobús y escuché un grito; me estaban llamando. Pensé que eran cosas mías, pero no, ya que cada vez estaba más cerca de mí.

—¡Lara! —gritó y me quedé paralizada. Me di la vuelta y me encontré con sus ojos.

Toda mi familia lo miraba y, al igual que yo, no entendía qué hacía en la estación. ¿Por qué me buscaba? No lo comprendía si la última vez que nos habíamos visto, hacía ya dos días, sus palabras se habían clavado como cuchillas afiladas en mi pecho y me habían hecho sangrar y morir en vida. Lo miré y negué; me di la vuelta para volver a subir al autobús, pero entonces su mano agarró mi brazo, y una corriente eléctrica me atenazó por completo.

—¿Qué cojones quieres?! ¿No me has dicho ya bastante?! —grité furiosa.

Rubén no me respondió, solo me miraba suplicante. Entonces, se acercó decidido a mí y, agarrando mis mejillas, me besó, lo que me hizo sentir peor, pues no podía venir ahora —después de todo lo que había pasado— y pensar que, con un beso —con el que me estaba matando—, iba a perdonarle su humillación y su falta de confianza hacia a mí. Me separé de él y le pegué un guantazo con todas mis ganas. Había tenido la necesidad de hacerlo desde el día de su cumpleaños.

—No vuelvas a besarme en tu puta vida. Y no vuelvas a buscarme —sentencié.

—Perdóname, por favor. —Suspiró abatido—. Sé que debí confiar en tu palabra, que no debí dejar que mi familia te tratase mal y que debí echar a Lucía cuando la vi —explicó y miré hacia otro lado—. Ahora sé la verdad y te pido perdón por ello. Soy un gilipollas, un hijo de puta que se dejó manipular por su familia, pero te amo, Lara. Estoy profundamente enamorado de ti y no puedes irte, no ahora, por favor —suplicó con la voz temblorosa.

No podía dejar que ablandase mi corazón, no podía dejar que consiguiera que lo perdonase así de fácil. No podía perdonar y olvidar como si no hubiera pasado, porque las cosas no eran así, pues había pasado y no podría olvidar jamás las dos noches que yo había pasado en el calabozo.

—Ya es tarde para eso. Lo siento.

Me di la vuelta para irme de una vez, pues me faltaba el aire al estar tan cerca de él. Yo quería estar con él, amarlo con total libertad, ser feliz de una vez y por todas, pero no podía olvidar lo que me había hecho. Y por eso me iba: para olvidar, para ser feliz sin él. Me iba para no volver.

—Lara, te lo suplico, no te vayas. Eres mi vida entera y sin ti no podré vivir. Te necesito.

Escuchar esas palabras fue como un aliento de vida, pero un pequeño y minúsculo aliento que no servía de nada. Agaché la cabeza suspirando, mientras me secaba las lágrimas con la muñeca, y comencé a subir los escalones del autobús para irme de una vez. Le di el billete al conductor y fui hasta donde mi madre, que ya me esperaba sentada, dejándome libre el asiento que daba a la ventana. Los gritos incesantes de Rubén se colaban en mi mente y en mi alma. Me obligué a no mirar, a tapar mis oídos para no escuchar, así que sin más cogí los auriculares y los enchufé en el móvil; puse música a todo volumen y solo así dejé de escuchar. El conductor arrancó el autobús y comenzó a dar marcha atrás. Solo por un momento, me permití volver a mirarlo y vi cómo no apartaba sus ojos de mí, conectando sus ojos con los míos. Lo vi llorar y se me partió el alma, pero yo no era la culpable de que esto acabase así. Cristian se acercó a él e, incluso, mi hermano, y se puso de rodillas, posando sus manos en el suelo.

—Hija —me habló mi madre, que hasta el momento había estado en segundo plano. La miré—. ¿Lo quieres? —preguntó y asentí—. Entonces, ¿por qué no te quedas?

—No puedo, simplemente no puedo. Sería tenerle el rencor siempre, sería llegar a odiarlo, y este amor que siento por él es el más maravilloso que he llegado a sentir jamás, y por eso no quiero mancharlo. Únicamente se quedará como un recuerdo, un hermoso recuerdo que perdurará por siempre en mi alma.

Mi madre cogió mi mano y le dio un apretón, como haciéndome ver que

estaba ahí y que no volvería a fallarme. Ya prácticamente no veía a nadie, ya estábamos casi fuera del interior de la estación, ya no había vuelta atrás. Nos íbamos a Almería; lo único que no sabía era si volvería o no.

El camino era bastante pesado y, casi todo el viaje, la pasé con los auriculares, escuchando la música de mi Pablo Alboran, esa que solo me recordaba a él. ¿Por qué? Pues porque cada letra de esa música lo describía y explicaba nuestra relación.

Horas más tarde, estábamos llegando a la estación de autobuses de Almería. David sería quien nos recogería, pues mi hermano se había puesto en contacto con él para pedirle el favor. Cuando llegamos y nos bajamos, cogimos las maletas y salimos al encuentro de mi amigo. A lo lejos, pude ver a Geno y a David; ambos vinieron a recogernos. Llegamos hasta ellos y los saludé con un beso. David, en cambio, me abrazó fuerte y se quedó por unos segundos rodeando mi cintura; aunque pareciera mentira, me reconfortó y lo agradecí. Por lo menos, tendría a alguien que me ayudara a olvidar, pues la amistad que David y yo siempre habíamos tenido eran de esas que duraban toda la vida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en mi oído.

Me separé y me encogí de hombros. Realmente me sentía como una mierda, pero no dejaría que nadie lo viese; no quería que me tuvieran pena; con lo que sentía yo por mí misma, era más que suficiente. Salimos de la estación y nos montamos en el coche de David. Ya era bastante tarde, casi las once de la noche; solamente pensaba en que mi nona estuviera despierta, pues no le había avisado. En ese momento me llegó un mensaje y, sin mirar siquiera de quién era, lo abrí para leerlo. Me quedé completamente descolocada, pues no pensaba que me mandaría ningún mensaje.

Rubén:

Si decidiste irte para olvidarme, lo acepto, pero me lo hubieras dicho, pues me habría ido yo, y no te hubieras alejado de tu familia. Sé que la cagué y que no tengo perdón y no me lo merezco, pero te entiendo y lo respeto. Solo quería que supieras que te amo y que yo jamás te olvidaré. Y

mucho menos olvidaré los besos que nos quedan bajo la lluvia, mi vida.

Solté un suspiro exasperado y tiré el móvil al suelo del coche, mientras me maldecía por ser tan estúpida de enamorarme de él. Pero ya no se podía hacer nada, ya las cosas se habían quedado así, y lo único que me quedaba era olvidarlo para siempre o, por lo menos, intentarlo.

## Capítulo 28

### *Tres semanas después*

Las semanas se me habían hecho eternas y, si no hubiera sido por David, que había estado conmigo, en todo momento, animándome, cuidándome y ayudándome a olvidar —o, por lo menos, intentándolo, porque olvidar me era imposible—, hubiera sido peor. Estas semanas las había pasado encerrada en casa. Mi madre y mi nona, las cuales no me dejaban ni a sol ni sombra, estaban muy preocupadas por mí, pues llevaba una semana mala, vomitando y mareada, tanto que a veces no podía mantenerme en pie.

Hablaba casi todos los días con las chicas, con mi hermano e, incluso, con Cristian. Todos estaban preocupados por mi salud, pero yo no lo estaba, pues me daba igual estar bien o mal; me daba igual todo en mi vida. Belén me contó lo que había pasado después de que me hube ido de la estación. Rubén se había puesto como loco y se había comprado un billete para venir a buscarme a Almería, pero no lo dejaron y le dijeron que tenía que respetar mi decisión y que solo yo podía decidir si verlo o no. Me dolió mucho saberlo pues, si hubiera venido, de seguro habría vuelto con él, ya que el dolor de no tenerlo era cada vez más grande y la herida de mi corazón no sanaba como yo pensaba. ¿Cuándo se recompondrían los pedazos rotos? No tenía respuesta para eso.

Esa mañana, me levanté corriendo para ir al baño, pues aún no había desayunado y ya estaba vomitando. No entendía nada. Mi madre, al oírme,

vino de prisa para saber si estaba bien, pero no lo estaba, no me sentía nada bien. Entonces, decidimos que tenía que ir al médico; no podía seguir así, ya llevaba una semana.

—Te pediré cita para el doctor —habló mi madre mientras me lavaba la cara.

—No hace falta, mamá, seguro que se me quita en estos días. Puede que sean los nervios —respondí para tranquilizarla, pero ni yo misma podía estar segura de eso.

—Hija, ¿no has pensado en la posibilidad del embarazo? —preguntó y mi cuerpo se paralizó.

No podía ser eso; seguramente era un virus estomacal o algo parecido. No podía estar embarazada, no ahora. Me senté en la taza del váter y comencé a sudar al pensar en esa posibilidad. Estuve pensando e intentando recordar la última regla pues, desde que Álvaro me había dejado, no llevaba el control. Después de todo lo que había pasado, no tenía cabeza para eso. Entonces, me di cuenta de una cosa y era que, hacía más de un mes, que la regla no me bajaba. Me levanté de sopetón, por lo que me gané un mareo por estúpida, y comencé a vestirme.

—Es eso, ¿verdad? —afirmó mi madre y asentí con la cabeza gacha, mirándome los pies.

—No sé, no estoy segura, pero cabe la posibilidad —respondí asustada y me senté en la cama con lágrimas en los ojos.

Mi madre se sentó a mi lado y me abrazó. Desde que habíamos hecho las paces, se portaba muy bien conmigo y siempre estaba pendiente de mí, recordando los buenos momentos que habían quedado en el pasado. Agaché la cabeza y la metí, agobiada, entre mis piernas. No me podía estar pasando ahora. Después de todo el tiempo que había deseado un bebé, me llegaba cuando estaba sola. Recordé la última vez que Rubén y yo habíamos hecho el amor y no había usado protección. Dios... estaba embarazada, seguro ¿Qué haría ahora? ¿Cómo crías a un bebé sin padre? Porque tenía claro que no le

diría nada a Rubén.

—Hija, tranquila. Lo que tenga que ser será —me consoló mi madre—. No olvides que no estás sola y que no volveré a hacerlo: nunca más te dejaré sola. Y si estás embarazada, bienvenido sea; aquí estamos nosotras, que lo vamos a amar mucho e intentaremos que nazca y crezca feliz.

Asentí y me abracé a mi madre, desahogándome, necesitaba sacarlo todo. Minutos después, mi madre salió de la habitación para dejar que terminara de vestirme. Una vez que estuve lista, salí y mi madre me esperaba en la puerta. Mi nona no estaba, pues se había ido a hacer las compras. Mi madre le había avisado y le había dicho que no se preocupara y que iríamos al médico, pues yo seguía mal. Bajamos a la calle y comenzamos a caminar hasta el centro de salud; este estaba dos calles más arriba, así que llegamos enseguida.

Entramos en el centro de salud y, a pesar de que eran las once de la mañana, no había tantas personas esperando, así que nos acercamos al mostrador y pedí cita para mi médico. Me dieron cita para después de una media hora, más o menos; entonces, decidimos quedarnos a esperar. Mis nervios eran notables y mi madre intentó calmarme, pero me era imposible. ¿Cómo me calmaría si estaba a la espera de confirmar algo que prácticamente sabía?

Quince minutos después, ya no aguantaba más, estaba de los nervios, y mi madre tocó mi mano con suavidad, me acarició y me dijo:

—Lara, tienes que calmarte —dijo mi madre en el mismo instante en que el médico me llamaba para que entrara a la consulta.

Suspiré y nos levantamos para entrar. Una vez dentro, y después de cerrar la puerta tras de nosotras, nos sentamos frente al médico.

—¿Lara Molina? —preguntó y asentí—. Dígame qué le pasa.

—Creo que estoy embarazada y venía a confirmarlo —respondí con la voz temblorosa.

El médico me preguntó con exactitud la fecha de la última regla; le dije una aproximada, pues tampoco recordaba realmente cuándo había sido la última. Me dio un volante para que fuera a enfermería, junto con un vasito de plástico,

donde tenía que echar el pis. Me levanté y me fui al baño. Cuando acabé, fui a enfermería para entregar la muestra. La enfermera la cogió y me dejó a la espera, fuera de la consulta, cosa que me ponía aún más nerviosa. Minutos después me dio un sobre con la información en su interior, pero ella no me dijo nada. ¿Por qué lo hacían así? ¿No se daban cuenta de la agonía que estaba pasando? Seguí mi camino hasta la consulta, de nuevo, y mi madre me esperaba fuera de ella, pues el médico seguía atendiendo a otros pacientes y, en ese momento, había una chica en su interior. La consulta se abrió y la chica salió; la miré y me fijé muy bien en ella, pues la conocía. Era Marisa.

—¿Misa? —pregunté y me miró extrañada, pero se dio cuenta rápido, pues una sonrisa salió de sus labios.

—Lara, ¿eres tú? No me lo puedo creer. ¿Cuándo llegaste? No sabía que estabas aquí.

—Espera un segundo, que me toca entrar. Por favor, no te vayas, y te explico todo.

Asintió y se sentó en una de las sillas. Entré a la consulta más nerviosa que cuando había llegado. Le extendí el sobre al médico y este sacó el informe. Lo ojeó y yo estaba que no aguantaba más, necesitaba saber lo que fuera ya.

—Estás embarazada, Lara —dijo al fin y, aunque sabía que lo estaba, tenía la esperanza de que fuera una equivocación.

Sentí la mano de mi madre y me dio un apretón con suavidad, pues me había quedado con la mirada perdida, pensando en todo y en nada. Estaba embarazada del hombre al que amaba con todo mi corazón, pero al que intentaba olvidar. ¿Podía pasarme algo más? Desde luego que el karma estaba en mi contra desde hacía tiempo; era como si, en mi vida pasada, había sido malvada y ahora las estaba pagando todas con creces. No era que no quería ser madre, porque mentiría si dijera eso, pero tenía miedo, mucho miedo de tener un hijo sin su padre, de esa carencia que tendría desde su nacimiento. Pensé en la posibilidad de contarle a Rubén, pero no; eso no entraba en mis planes.

Después de que el médico me diera todas las indicaciones, salí de la consulta para ir al mostrador; tenía que pedir cita con el ginecólogo para saber de qué tiempo exacto estaba y comprobar que todo estuviera perfectamente. Al salir busqué con la mirada a Marisa, pero no estaba en ninguna parte; se había ido.

—¿A quién buscas, cielo? —preguntó mi madre.

—A Misa.

—¿Misa? ¿Esa chica que saludaste era Misa? —Asentí y mi madre abrió los ojos sorprendida, pues la última vez que la había visto fue esa noche que todo se había ido al traste—. ¿Le habrá pasado algo? No tenía buena cara.

Me encogí de hombros y fuimos al mostrador para pedir las citas. Después de eso, volvimos a la casa. Mi nona nos esperaba impaciente y, cuando llegué, me abracé a ella llorando. Lo que no podía hacer con mi madre, desahogarme, lo hacía con mi nona. Ella sí me entendía y sabía por lo que estaba pasando, pues era con la única que me había sincerado al completo, contándole todo lo que había pasado entre Rubén y yo.

### *Dos meses después*

Ya habían pasado dos meses, llenos de amargura y de recuerdos que me atormentaban. Las chicas me llamaban a diario y, en ninguna de las llamadas, me atreví a decirles que estaba embarazada de Rubén, pues no sabía cómo iban a reaccionar ante mi silencio. Ese fin de semana, venían a Almería para la despedida de soltera de Belén, pues la habían aplazado por mí; pero, al ver que yo no iba a ir, vendrían ellas. Les dije que si podía venir Geno y me dijeron que sí, que cuantas más mujeres, mejor, así que mi madre también venía con nosotras. Martín también preparó su despedida para ese fin de semana; iría con Cristian, Rubén y algunos compañeros más de la policía. En un principio, mi hermano se enfadó conmigo por hacer venir a las chicas a Almería, pero luego me comprendió y se le quitó el enfado.

En ese momento, me encontraba junto con Geno, en el chiringuito de su padre, esperando a que mis chicas aparecieran, pues me habían mandado un mensaje que decía que llegaban en unos quince minutos. Me moría por verlas, pues estar casi dos meses sin ellas había sido muy duro; las echaba mucho de menos.

—¿Les dirás lo del embarazo? —preguntó Geno al tiempo que llamaba mi atención con sus manos.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que me estaba hablando. Levanté la cabeza y, antes de responderle, escuché los gritos de mis locas amigas. Me di la vuelta y las vi corriendo en mi dirección; yo actué igual que ellas y fui a su encuentro. Parecíamos niñas pequeñas. Cuando estuvimos lo más cerca posible, nos abrazamos como auténticas locas, mientras pegábamos saltitos y gritos de felicidad por vernos.

—Os he echado de menos, mis niñas —dije con lágrimas en los ojos. Estaba muy sensible por el embarazo y cualquier motivo me hacía llorar.

—¡Nosotras a ti también, cariño! —gritaron ambas, lo que nos hizo reír.

Geno se acercó riendo como una loca por nuestro espectáculo y, al separarme de ellas, le presenté a mi otra amiga. Me sentía afortunada por las grandes amigas que tenía; eran mi familia, eran mis hermanas. Cuando nos cansamos de abrazarnos y dar saltitos, nos fuimos al chiringuito de nuevo y, entre risas, comimos. Varias veces me ofrecieron tomarme una cerveza, pero todas las veces dije que no.

—¿Qué te pasa que no bebes cerveza? Ni que estuvieras embarazada —habló sarcástica Luisa; Geno y yo nos miramos—. Lara —llamó mi atención frunciendo el ceño. Yo la miré—. ¿Estás embarazada?

Mi respuesta llegó, pero en lágrimas, pues me puse a llorar cual niña perdida, y Luisa y Belén me abrazaron. Las había preocupado con mis lloros, en vez de ser sincera y decirles la verdad. Me separé y, sorbiéndome los mocos, asentí.

—Sí, estoy embarazada, pero, por favor, no le digáis nada a Rubén. No

quiero que lo sepa, no quiero que el embarazo sea un motivo para que venga a buscarme —pedí entre lágrimas.

—¿Es de Rubén? —preguntó y yo asentí—. Lara, él tiene que saberlo. No puedes negarle a su hijo —respondió Luisa.

—¡No! —grité sin darme cuenta.

Estaba sintiendo demasiada presión, y ahora ellas lo sabían. Tenía miedo de que Rubén se enterara, no quería que viniera a buscarme y tener que decirle, de nuevo, que no lo perdonaba. Todavía no olvidaba sus ojos tristes y llenos de lágrimas del día que había venido a la estación. Ese día fue uno de los peores de toda mi vida; ver a la persona que amas suplicando por tu perdón y tú no poder hacerlo era muy duro de procesar.

—Lo siento, no quise gritarte —me disculpé y me miró cabreada—. No puede saberlo. No quiero que lo sepa, no quiero que deje su vida para estar conmigo por obligación. Además, aún no lo he perdonado.

—Lara, hay algo que debes saber —dijo Belén. Ella se había mantenido callada en todo momento.

—No puedes decirle nada, Belén. Lo prometimos —habló Luisa mirando a Belén y yo fruncí el ceño. ¿Qué pasaba?, ¿qué no podían decirme?

—Tiene que saberlo, Luisa. No podemos dejar que ella siga sin poder perdonarlo.

Las dos comenzaron una conversación un poco extraña, y yo me estaba sintiendo en tercer plano, aunque atenta a todo lo que decía, pues el protagonista de la discusión era Rubén y quería saberlo. Necesitaba saber si le había pasado algo, si estaba bien. No podía hacer como si no me importara, como si él y yo no nos hubiéramos amado.

—¡Queréis callaros de una vez y contarme qué coño está pasando! —interrumpí alzando la voz.

Geno nos miraba atenta; ella sabía todo sobre mi historia con Rubén, historia corta pero intensa, muy intensa. Luisa y Belén me miraron y ninguna decía nada. Ya me estaba hartando y, si no se comportaban de una vez, no iría

a ninguna parte con ellas. Toda la situación estaba llegando a mi límite y las iba a mandar a la mierda de un momento a otro. Geno, al darse cuenta de que no hablaría con ella delante, se levantó diciendo que iba a por más bebida, y así nos dejaba solas para poder hablar mejor. Yo asentí y se lo agradecí.

—Joder, Lara, esto no teníamos que decírtelo, se lo prometimos a Rubén.

—¿Qué pasó con él? ¿Está bien? —Mi voz sonó angustiada. ¿Y cómo no estarlo?, si me decían las cosas a cuentagotas.

—Rubén no está en Madrid. Él se fue, Lara, se fue muy lejos, y no sabemos si le pasó algo, pues no contesta a las llamadas ni a los mensajes.

Me asusté mucho y le exigí a las dos que me dijeran algo más, que me lo dijeran todo como había pasado, y así lo hicieron. Rubén, después de que yo me hube ido, había discutido con su familia y les había dicho a todos que no quería saber nada más de ninguno. Una semana después, se había ido, no estaba, y todos fueron a preguntarle a Cristian si sabía dónde estaba, y este sí que lo sabía. Rubén se había metido, meses antes, en el grupo reservista de las fuerzas armadas, y lo habían llamado días antes de nuestra pelea, días antes de la fiesta. En ese momento se había negado, pero al irme decidió que irse era lo mejor, así podía ocupar su mente en otra cosa que no fuera pensar en mí. Mi hermano y Cristian habían estado en contacto con él durante una semana, pero después de eso todo cambió; no supieron nada de él.

## Capítulo 29

La tarde se me hizo eterna. No dejaba de darle vuelta a la cabeza, no podía parar de pensar en si Rubén estaba bien, en si estaba vivo o muerto. Cuando me contaron que no lograban localizarlo, llamé a Cristian para que me explicara todo. En un principio, se enfadó con mis amigas por habérmelo dicho, pues Rubén se había negado en rotundo a que me lo dijera, pero luego, al explicarle, al suplicarle que me contara todo, se relajó y me dijo todo lo que sabía y, la verdad, no era mucho más de lo que mis amigas me habían dicho. Solo que llevaban más de un mes buscándolo, pues parecía ser que él estaba en Honduras. No supo decirme nada más. Estaban muy preocupados, pues en Honduras había habido un terremoto bastante grave.

Después de que Cristian me contara todo, me fui a mi casa y me acosté. No quería saber nada, no quería escuchar nada ni mucho menos tenía ganas de fiesta. Estaba a oscuras en mi habitación, aunque despierta. La puerta se abrió muy despacio y la voz de Belén me llamaba bajito. No le respondí y pensé que, al no hacerlo, se iría y me dejaría descansar, pero no: mi amiga no era así. Se acercó a la cama y se sentó a orillas de la misma; cogió mi mano que reposaba en la almohada, y fingí estar dormida.

—Sé que estás despierta, Lara —susurró.

—Si sabes que estoy despierta, ¿por qué susurras?

—Para pillarte. —Se rio, luego suspiró y yo la seguí—. Tienes que levantarte y cenar, por favor. No quiero que te enfermes; llevas sin comer

desde el mediodía y ni siquiera has merendado.

—No tengo hambre.

—Sé por lo que estás pasando, pero tienes que pensar en tu bebé, en mi sobrino. No puedes abandonarte, porque lo sufre. —En eso tenía razón. Me incorporé y hundí mi cabeza entre mis piernas.

Mis lágrimas salían a borbotones y me sentía mal. Belén me abrazó y consoló como pudo hasta que dejé de llorar. Minutos después, consiguió que me levantara para comer algo. Mi nona, al verme, sonrió complacida, pues ella era la primera que sufría cuando yo no quería comer. Me puso un caldo delante y me lo tomé despacio. La verdad que no tenía apetito, pero lo hacía por él, por el bebé que venía en camino.

—¿Dónde están mi madre y Luisa? —pregunté extrañada por no verlas.

—Hemos pensado que pasaremos la despedida de soltera aquí y han ido a buscar a Geno y a comprar bebida y comida, pues la fiesta se ha desplazado —explicó sonriendo.

—No hagáis eso, tenéis que iros. Es tu despedida de soltera y te la he fastidiado.

—No digas tonterías, Lara. No me has fastidiado y la fiesta no es donde vayamos, es donde estemos juntas. La fiesta somos nosotras, no lo olvides.

Soltamos una carcajada en el mismo momento en que la puerta se abría y entraban, por ella, mi madre, Geno, Luisa y ¿Misa? Era Misa, mi amiga. Me levanté y fui a abrazarla pues, desde el día que la había visto en el centro de salud, no había vuelto a verla y no porque no la buscara, sino porque nadie sabía dónde encontrarla. Ahora ya estábamos al completo para hacer una buena fiesta de despedida para mi chica favorita. Pasamos una noche muy divertida y, por un momento, solo por un momento, me olvidé de todo e, incluso, me sentí mal por hacerlo.

Después de esa noche, las chicas se habían quedado dos días más y ya tenían que regresar a Madrid, pues solo faltaban dos meses para la boda y tenían que terminar de arreglar todo. Belén me dijo que volviera con ellas,

pero no sabía qué hacer. Quería ir, quería buscarlo, pero estaba segura de que, estando allí, no iba a lograr más que sufrir más de lo que ya sufría, así que decidí quedarme y prometerles que volvería después de un mes. Estaría un mes antes en Madrid, para poder ayudarlas y, sobre todo, para ir a la *boutique* para que arreglaran mi vestido, pues la barriga, aunque pequeña, complicaría que el vestido de dama me quedara como un guante.

—Ven con nosotras, Lara. No te quedes aquí sufriendo, te ayudaremos con todo —dijo Belén, y no lo dudaba. Pero no podía irme, no aún.

—Te prometo que, el mes que viene, me tienes allí, de verdad, pero ahora mismo no puedo. No puedo ir a mi apartamento y estar tranquila mientras él sigue sin aparecer.

—Está bien pero, por favor, vuelve, ¿sí? Te estaremos esperando —dijo esta vez Luisa. Asentí y me acerqué a las dos para abrazarlas—. Mejor dicho: os estaremos esperando. Cuídate y cuida a nuestro sobrino, cielo.

Después de la triste despedida, se fueron y yo me volví a la casa, de donde sabía que no iba a salir en muchos días.

\*\*\*

Dos semanas habían pasado desde que se habían ido, y aún nadie me llamaba para decirme que había aparecido. David había estado toda la semana viniendo para estar conmigo, al igual que Geno y Misa. Esta última, por fin, podía hacer su vida, pues había estado casada con un desalmado que no la dejaba salir y le pegaba. Pero un día se cansó y se fue de casa con su hijo, y se fueron a vivir con sus padres. Yo estuve llamando a Cristian, pero la respuesta siempre era la misma aunque, la última vez que me había respondido, su voz había sonado diferente; no tenía esa voz tan abatida, como los días anteriores, y me daba mucho que pensar, así que llamé a Belén y esta tampoco estaba bien ¿Qué estaba pasando? Estaba muy preocupada. Incluso llamé a mi hermano y a Luisa, pero mi hermano estaba muy raro y Luisa... Ella era la misma de

siempre, pero sabía que algo me ocultaba. Como nadie me decía nada, decidí que ya era hora de volver.

Ese día me levanté casi a las dos de la tarde y, la noche anterior, había dejado las maletas preparadas, pero no le había dicho a nadie que pensaba volver. Bueno, sí, a David fue al único que le había dicho, pues le había pedido el favor de que me llevara a la estación. Me vestí y salí al salón, donde mi madre y mi nona me esperaban para desayunar. Al verme con las maletas, mi madre se puso de pie y se acercó a mí.

—¿A dónde vas con esa maleta?

—Vuelvo a Madrid, mamá. No puedo estar aquí mientras él siga sin dar señales de vida. Me estoy muriendo por dentro y creo que lo mejor es que vuelva. —Mi madre asintió y me abrazó con cariño.

En todo este tiempo, se había ganado mi confianza y mi cariño. La quería mucho y se lo tenía que decir.

—Mamá, quiero que sepas que ya te he perdonado y tengo que darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y por tu nieto. Te quiero mucho — declaré con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero, cariño mío, y las gracias tengo que dártelas yo a ti por existir y por darme una segunda oportunidad y, sobre todo, por darme un nieto, mi primer nieto.

—Por fin mis dos chicas vuelven a quererse —dijo mi nona mientras nos abrazaba.

—Todo gracias a ti, nona. Te quiero.

Cuando me despedí de ellas, me fui. David me esperaba en la calle, dentro de su coche. Me monté y me llevó a la estación. Había sido un buen amigo y, aunque había querido ser algo más, no había podido corresponderle, pues mi corazón estaba ocupado y tenía dueño. Media hora después, ya estaba sentada en el autobús a la espera de que arrancara para llevarme de nuevo a mi hogar, de donde no debí haberme marchado jamás, de donde sé que estaban pasando cosas y nadie me informaba.

Decidí llamar a Cristian, pues solo a él le pediría el favor de que me recogiera, ya que quería darle una sorpresa a mi familia y, sobre todo, a las chicas. Cogí el teléfono y marqué el número de mi amigo, pero no me lo cogía, así que decidí llamarlo más tarde, pues aún me quedaban cuatro horas de viaje.

Durante el trayecto, lo llamé más veces. Intentar localizarlo se me estaba haciendo una tarea difícil, y ya no sabía si seguir llamándolo o si llamar directamente a mi hermano. Pero cuando ya llevaba tres horas intentándolo, me cogió el teléfono.

—¡Por fin! —dije gritando.

—Me vas a dejar sordo, Lara. ¿Qué ocurre?, ¿por qué me llamas tanto?

—Necesito que me hagas un favor pequeñito —dije y lo hice reír.

Menos mal que estaba de buen humor; por lo menos, ya no era silencio cuando intentaba hablar con él.

—¿Qué quieres, canija?

—En una hora estoy en Madrid; ¿podrías recogerme? Es que se lo pediría a mi hermano o a alguna de las chicas, pero quiero darles una sorpresa.

—Claro y a mí no me sorprendes, ¿no?

—Deberías estar feliz: serás el primero en verme. Y créeme; cuando me veas, te caerás para atrás.

—Vaya, me has convencido. Está bien, en una hora te recojo. Un beso, canija.

Me despedí de él y guardé el teléfono en el bolso. Le dije eso porque él aun no sabía que estaba embarazada. Bueno, ni él, ni mi hermano, ni mi padre, así que todos se van a sorprender. Una hora después, me bajé del autobús y, con las maletas en mano, caminé hasta la salida, en donde un Cristian más guaperas que nunca me esperaba con una sonrisa, sonrisa que se le borró cuando estuve mucho más cerca de él y miró mi vientre abultado. No estaba de mucho tiempo, solo de casi tres meses pero, al ser yo delgada, se me notaba un poco. Además, mi cara había cambiado, ya que había ganado un poco de peso.

—¿Estás... estás embarazada?

—Te dije que te caerías para atrás —afirmé con una sonrisa.

Me abrazó fuerte, más de la cuenta, y me extrañó, pues él era efusivo, pero no tanto.

—Ya no eres canija. Estás preciosa.

Le sonreí y cogió mis maletas para llevarlas al coche. Caminamos en silencio y había algo que me tenía pensando, pues Cristian no actuaba como siempre. Nos montamos en el coche, y el camino hasta mi apartamento fue en un completo silencio. Quise preguntarle qué le pasaba, pero no me atrevía, pero al final me decidí a hablar. Tanto silencio me estaba poniendo de los nervios.

—Cristian, ¿ocurre algo? Pareces distraído, como si te pasara algo —pregunté y ni siquiera me miró.

—Nada, no me pasa nada. Es solo que estoy sorprendido con lo de tu embarazo. ¿Es de Rubén?

—Pues claro que es de Rubén. Hablando de él, ¿se sabe algo? No puedo con esta angustia, necesito saber que está bien, necesito verlo —respondí y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Dime que sabes algo, por favor.

—Yo... yo no sé nada, Lara.

—Pues yo creo que mientes pero, si no me lo quieres decir, será por algo.

Minutos después de esa conversación, que me hizo pensar en la posibilidad de que algo había ocurrido con Rubén y de que Cristian estaba al tanto de todo, llegamos a mi edificio y me bajé. Cristian quiso ayudarme, pero no lo dejé. Estaba cabreada con él, porque sabía lo que estaba sufriendo y, aun así, no me decía lo que pasaba. ¿Por qué quería ocultarlo? ¿Acaso Rubén había aparecido? Podía ser que ni siquiera quisiera saber nada de mí y por eso no me decía nada.

Al llegar a mi apartamento, dejé las maletas en mi habitación y volví a marcharme; tenía que verlos a todos. Bajé y cogí un taxi que me llevó al bar del padre de Luisa. Minutos después llegué, le pagué al taxista y me bajé del

coche. Algo me decía que las cosas no iban bien y que, a lo mejor, no había sido buena idea volver, pero ya estaba en Madrid, ya había vuelto y no me iba a marchar de nuevo. Entré en el bar y busqué con la mirada a Luisa. La encontré en la barra, concentrada, tanto que ni siquiera se había percatado de mi presencia.

—¿Me pone un café? —dije y levantó la mirada.

—¡Lara! —gritó y corrió a mi encuentro.

La abracé y comenzó a llorar. ¡Joder!, sí que me he perdido cosas; estaba más perdida que el barco del arroz. Me separé y la miré.

—¿Qué pasa? Desde luego que me voy un par de meses y os morís. Si no llego a volver, me quedo sin familia. —Conseguí hacerla reír.

Nos sentamos y comenzó a contarme. Martín y Belén no estaban pasando por su mejor momento; no sabía qué les pasaba, solo que no paraban de discutir en todo momento y que mi hermano estaba muy raro desde que ellas hubieron vuelto de Almería. Ya casi ni se veían, pues Belén no salía del apartamento y Luisa se encargaba de todo: de la compra, de la limpieza de la casa. Todo lo hacía ella, ya que Belén no tenía ganas de nada y Martín tampoco estaba por la labor de hablar con ella.

—¿Y qué pasa con la boda? —pregunté confundida.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que la adelantaron a junio, así que podrás imaginarte cómo está Belén, pues la idea de adelantar la boda fue de tu hermano, y solo falta un mes, y no lo tienen todo preparado.

—¿Por qué mi hermano quiso adelantar la boda? ¿Y cuándo pensabais decírmelo?

—No sé, Lara. De verdad que todo eso te lo responderá Belén porque yo no tengo ni puta idea de nada.

Estuvimos dos horas en el bar, sin parar de hablar del tema, hasta que me aburrí de escuchar tantas cosas sin saber la respuesta de nada, así que me fui a buscar a mi hermano. Solo él podría darme todas las explicaciones. Cogí un taxi y fui hasta el apartamento de mi hermano. Al llegar, toqué el timbre y,

minutos después, me abrió. Sus ojos se abrieron tanto que se le saldrían de las órbitas, pero rápidamente me abrazó y se dio cuenta de mi barriga.

—¿Estás embarazada? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Y tú cuándo pensabas decirme que habéis adelantado la boda? O mejor: ¿cuándo me ibas a decir que tú y Belén estáis pasando por una mala racha?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo, hermanito.

Pasé al interior del apartamento y yo ya sabía que la conversación con mi hermano iba a ser muy larga. Como ya era casi de noche, preparamos algo para cenar y me preguntó cómo estaba con lo de Rubén. A él no podía mentirle y mi respuesta fue la siguiente: «Muerta en vida, pero nuestro hijo es quien me ayuda a seguir luchando». Afirmarle que el bebé era de Rubén hizo que me abrazara, pues la situación era muy complicada porque, aunque no quería pensar en ello, había una posibilidad de que no volviéramos a verlo, pues podía ser que estuviera muerto. Era pensar en esa palabra que mi corazón se me encogiera, así que lo mejor era centrarme en otra cosa.

## Capítulo 30

La noche anterior la habíamos pasado hablando y, quitando que mi hermano se sentía agobiado con la boda, no me había dicho nada más. Entonces, le aconsejé que fuera a buscar a mi cuñada y le dijera todo lo que me había dicho a mí: que la quería demasiado y que tenía miedo de que el matrimonio los separase y los convirtiera en una pareja distanciada. Me hizo caso y, de madrugada, salió y se fue hasta el apartamento de las chicas.

Cuando me levanté sobre las diez de la mañana y vi que no estaba, supuse que habían hecho las paces y que se había quedado a dormir con ella, así que yo aproveché para ir a ver a mi padre. Luego, por la tarde, tenía que ir a la *boutique* para que me arreglaran el vestido. Iría con las chicas, así también veía a Belén.

Cuando llegué a casa de mi padre y me vio, se puso a llorar, después de regañarme por no haberle dicho que iba a ser abuelo. Yo me reí y después me abrazó fuerte, tanto que casi me parte en dos. Me sentía en casa, me sentía en mi hogar. Pasé parte de la tarde con él y pude ver que estaba muy recuperado, aunque también me di cuenta de que su enfermera y él se llevaban más bien de la cuenta. Entonces, me confesó que tenían una relación y que estaba muy a gusto con ella. Marta —así se llamaba— era muy buena mujer y cuidaba a mi padre; por lo menos, no estaría solo.

—Papá, ¿sigues comprando un millón de comida? —pregunté y lo hice reír.

—Sí, pero nunca os he dicho para qué era esa comida —respondió y frunció

el ceño—. Era para una asociación de mujeres maltratadas y sin hogar.

Me sorprendí al oír el porqué de sus compras mensuales y me enorgullecí al saber lo buena persona que era mi padre. Algunas lágrimas se me escaparon y nos reímos al responderle que las hormonas me estaban matando. Cuando me quise dar cuenta, ya eran las cinco de la tarde, y había quedado con las chicas en la *boutique*. Bueno, había quedado con Luisa porque Belén aún no sabía que había llegado.

Llegué aproximadamente después de quince minutos, pues le había dicho al taxista que iba tarde. Todo el día cogiendo taxis... No podía seguir así, necesitaba un coche. En Madrid, no puedes estar para arriba y para abajo sin coche porque te arruinas. Me bajé del taxi y vi a las chicas en la puerta. Al llegar hasta ellas, Belén me miró y, abrazándose a mí, lloró como una niña pequeña.

—¡Estás aquí! ¿Por qué no me has dicho que venías?

—Entonces, no hubiera sido una sorpresa.

—Estás loca, cielo. ¿Cuándo llegaste?

—Anoche. ¿Quién crees que le aconsejó a mi hermano que te buscara y te dijera todo lo que sentía por ti?

Las tres soltamos una carcajada y entramos en la *boutique* para que me cogieran medidas, pues faltaba muy poco para la boda, prácticamente menos de un mes. La dependienta cogió mis nuevas medidas y me dijo que el vestido estaría listo en tres semanas, justo a tiempo para la boda. Después fuimos al restaurante donde se haría la celebración, y Belén le pagó el adelanto que con tanta insistencia pedía el dueño. Así que, después de todo el día de un lado a otro, ya estaba todo preparado. Luisa y Belén me dejaron, sobre las diez de la noche, en mi edificio y entré en este. Caminé hasta el ascensor, le di al número para subir a mi piso y, antes de que la puerta se cerrara, alguien entró corriendo. Alcé la vista y él bajó la suya: nuestros ojos se encontraron. Sentí cómo mis piernas flaqueaban y caí al suelo desmayada.

Me desperté desorientada y sentí una punzada en la cabeza. Me levanté

quejándome y Rubén se sentó a mi lado. Nuestros ojos se encontraron y me abalancé sobre él con lágrimas en los ojos. Estaba vivo, estaba conmigo.

—Estás vivo, estás vivo —decía una y otra vez.

—Sí, vida. Estoy vivo, más que nunca —respondió y me besó.

Entre nosotros no hacían falta las palabras, pues nuestros actos hablaban por sí solos. Por fin estaba conmigo, después de tanta agonía, y no podía estar más feliz, pues al fin me sentía completa. Me faltaba la mitad de mi vida sin él y, con nuestro hijo, solo se había recompuesto una parte, pero seguía faltándome él, el hombre al que yo amaba, el hombre del cual estaba profundamente enamorada. Al separarnos, miró hacia mi barriga y, con lágrimas en los ojos, tocó mi pequeño vientre.

—¿Nuestro? —preguntó y yo asentí.

—Nuestro. Te quiero —respondí y besé sus labios de nuevo.

Al separarnos, los dos estábamos muy emocionados, pues era tal la felicidad de estar juntos de nuevo que era difícil de explicar. Rubén lo había pasado muy mal, había estado perdido, pues había habido un terremoto y estaba en el interior de un edificio. Este había caído sobre su cuerpo y habían tardado bastante en rescatarlo. Cuando lo hubieron logrado, lo llevaron al hospital en muy malas condiciones, tanto que habían temido por su vida.

—Tuvo que haber sido horrible. Cuando Cristian me lo contó, fue como si me clavarán un puñal en el corazón. Pasé las peores semanas de toda mi vida y llamaba a Cristian todos los días.

—Lo sé. Cristian me lo contó cuando lo llamé para decirle que estaba bien y, cuando supe que tú estabas sufriendo, le dije al médico que me atendía que me trasladaran aquí, pero no era posible, no hasta que mi pierna estuviera mejor —dijo mientras me abrazaba atrayéndome hasta su pecho. Escuchar los latidos de su corazón era gratificante y, si los mezclabas con los míos, era hermoso.

—Siento todo lo que pasó —hablé temerosa de sacar el tema del día que me había ido.

—No digas nada. Soy yo quien te pide perdón por todo lo que te hice pasar y no hay un día que no me culpe por todo —respondió con la voz entrecortada—. Lara, yo... te amo demasiado, y este amor que siento por ti es lo que me ayudó para luchar por mi vida, pero también fue el motivo por el que me fui.

Al decir eso me levanté llorando, pues esas palabras eran preciosas a la vez de dolorosas. Rubén se levantó y me abrazó por detrás; tocó mi vientre y besó mi cuello. Mis lágrimas no dejaban de salir, y parecía que se iba a acabar todo. Me di la vuelta y, agarrando mis mejillas, me besó dulcemente pero, poco a poco, lo que había comenzado como un dulce beso terminó encendiendo cada parte de mi ser, y deseaba que me hiciera suya. Rubén, con sus manos en mi cintura, sacó mi camisa de dentro del pantalón, mientras que yo desabotonaba la suya, y nos despojamos de nuestra ropa. Una caricia suya podía hacer que mi cuerpo ardiera y me quemara por dentro, y anhelaba su cuerpo desnudo, pegado al mío. Nuestra ropa desapareció, por lo que nos quedamos completamente desnudos. Rubén me cogió en brazos y enroscó mis piernas en su cintura; así, en esa posición, entró en mí y me llenó por completa. Mi cuerpo, pegado a la pared, y él, lamiendo desde mi cuello hasta mis pechos, mientras se movía frenéticamente. Su miembro, duro como una piedra, entrando y saliendo de mi interior, volviéndome completamente loca, frenética, deseosa de más, a punto de explotar.

—Te amo, Lara... más que a mi propia vida. No me dejes nunca, por favor —susurró en mi oído mientras seguía haciéndome el amor.

Nuestras miradas se encontraron y vi cómo sus ojos se cristalizaban. Con un beso atrapé unas lágrimas que hizo de las suyas y salió de sus perfectos ojos, esos ojos que hacían que me perdiera en ellos, en esa oscuridad tan atrayente que hizo que me enamorara de él como nunca en mi vida.

—Yo también te amo, Rubén, más de lo que nunca pensé, más de lo que nunca sentí por nadie.

Con esa declaración y besándonos con pasión, llegamos al clímax juntos, como tenía que ser, como siempre sería. Fuimos hasta su habitación y nos

acostamos. Rubén me abrazó por detrás y posó sus manos en el vientre.

—¿Ya sabes el sexo?

—Sí.

—¿No me lo dirás? —preguntó mientras me hacía cosquillas en la cintura.

—No lo sé. ¡Para, Rubén! —Mi intención era hacerlo rabiarse y él comenzó a hacerme cosquillas.

—No hasta que me digas si será niña o niño.

—¡Un niño! Es un niño —respondí y dejó de hacerme cosquillas, pero lo cambió por caricias en mi vientre.

Bajó hasta la pequeña barriga y posó su oreja en él. Era muy tierno verlo hacer eso, pues nunca me había imaginado a Rubén en esa tesitura.

—Gracias, mi Ángel. Por existir, papá te quiere.

—¿Ángel?

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta. Ángel, nuestro Ángel.

Besó el vientre y después posó sus ojos en lo míos; así, con esa mirada, fue bajando besando mi piel hasta que llegó a mi intimidad. Ahí, entre mis piernas, comenzó una tortura que me llevó al cielo y al infierno al mismo tiempo. Rubén lamía mi clítoris como si fuera un manjar.

—Rubén... Dios. —Gemí despacio casi en un susurro.

Siguió torturándome hasta que me hizo llegar al orgasmo. Luego subió, se puso entre mis piernas y me penetró despacio. Me hizo el amor como él sabía hacerlo, me hizo ver las estrellas. Sus besos, sus lamidas, sus pequeños mordiscos. Con todo eso, me volvió loca e hicimos el amor con locura, con pasión, con deseo. Después de una noche perfecta, nos quedamos dormidos, abrazados.

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de un móvil. No era el mío, así que pensé que sería el de Rubén. Me di la vuelta y no lo vi; me levanté para buscarlo y decirle que su móvil estaba sonando, pero escuché la ducha. Se estaba duchando. Me acerqué al móvil y lo cogí; era un mensaje. No

sabía si leerlo o no, pero al final lo abrí.

Cariño, sé que has vuelto. ¿Cuándo vendrás a verme? Te necesito, mi amor.

Era de Lucía, otra vez esa mujer. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pues otra vez me sentía engañada, traicionada y ya no lo aguantaría más. Solté el móvil en la cama, como si me quemara, y comencé a vestirme. Tenía que irme. Cuando estaba a punto de salir de su casa, escuché los gritos de Rubén llamándome. Abrí la puerta para irme y lo vi acercándose a mí; llevaba puesto solo un pantalón, pues aún no se había vestido.

—No voy a dejar que me vuelvas a engañar. Adiós —dije y salí corriendo.

Entré en el ascensor lo más rápido que pude; Rubén corría tras de mí. Lo sabía y por eso tenía que irme; no volvería a verlo, no quería saber nada más de él. Cuando llegué abajo, salí a la calle y comencé a correr hacia la derecha para llegar hasta una parada de taxis. El cielo estaba oscuro, tanto que parecía que iba a llover. Entonces, los gritos de Rubén hicieron que me diera la vuelta. Venía corriendo, descalzo y sin camiseta. Mi cuerpo se quedó anclado en el suelo cuando las primeras gotas comenzaron a caer por mis mejillas. Sonreí al recordar las veces que yo había ido tras él, al recordar todos esos besos bajo la lluvia. Llegó hasta mí casi sin aire, y mis lágrimas no se distinguían con el agua que caía desde el cielo, se llevaba todos mis malos momentos y sanaba mi corazón llenándolo de amor por completo y, sobre todo, de olvido. Me acerqué a él y le pegué un guantazo que hizo que doblara la cabeza hacia el lado derecho. Pensé que se iba a cabrear pero, en vez de mostrar enfado, mostró la mayor de las sonrisas.

—Esa es mi Lara —dijo y soltamos una carcajada—. Creo que te debo algo.

—¿El qué?

—Esto... —Se acercó a mí y me besó.

Después me explicó todo lo relacionado con Lucía. Ella sabía que estaba en

Madrid por su padre, con el que no se hablaba desde que me había ido a Almería; ellos seguían insistiendo en hacer que se casaran y Rubén les había dejado claro de que no sería así. Volvimos al apartamento para cambiarnos, pues otra vez nos había llovido. Iríamos al bar, en donde Rubén había quedado con todos para verlos y así poder decirles que estábamos juntos de nuevo y que ya nadie nos iba a separar nunca más.

Media hora después, salimos del apartamento y, en el coche de Rubén fuimos hasta el bar en donde, al entrar, pude ver la gran pelea que mi hermano y Belén estaban teniendo ¿Qué les pasaba? Entonces, antes de acercarnos, Belén le tiró un puñado de fotos, le pegó un guantazo y le dijo:

—Esto se ha acabado. No vuelvas a buscarme en tu puta vida.

Dicho eso, salió corriendo del bar y mi hermano cayó de rodillas al suelo. Fui hasta él y me agaché para abrazarlo, pero vi las fotos que había desparramadas. En ellas salía Martín en la cama, con Yolanda. Se había acostado con ella, pero ¿cuándo?

—Martín, ¿qué hiciste?

—No sé, no sé. Lo siento. Necesito irme, necesito a Belén.

Se levantó y salió en su busca. Nosotros fuimos los únicos, junto con Luisa, que habíamos visto la pelea, pues Cristian aún no había llegado y el bar no estaba abierto, así que no había clientes. Nos sentamos a esperar, pues no quedaba más que hacer. La boda, cancelada. Sus vidas, acabadas. El amor entre Martín y Belén, tirado a la basura, y a saber si podrían recomponer los pedazos rotos de sus corazones. ¿Podría la lluvia ayudarlos a ellos?

## Epílogo

### *Meses después*

Estaba llegando la recta final del embarazo, casi los nueve meses, y estaba loca por que mi Ángel naciera para ver su carita y para achucharlo entre mis brazos. Durante todos esos meses, Rubén y yo habíamos decidido vivir juntos e, incluso, nos habíamos casado sin que nadie lo supiera. Un día habíamos ido a una capilla, habíamos hablado con el cura y nos había dado cita para un día cualquiera de la semana. Así lo habíamos decidido y así lo habíamos hecho. Nos habían pasado tantas cosas que no queríamos que se truncaran más y, desde que hubimos hecho las paces, solo pensábamos en nosotros y en la familia que estábamos a punto de crear. No importaba nada más, no importaba nadie más.

Sus padres habían intentado ponerse en contacto con él e, incluso, habían querido hacer las paces conmigo y tratarme mejor, pero Rubén se hubo negado en rotundo alegando que todos sus esfuerzos siempre llevarían al mismo lugar, y no quería que eso pasara. Su familia me odiaba; realmente no me importaba, pues teniéndolo a él me era más que suficiente.

La relación entre mi hermano y Belén se había acabado y, aunque me dolía en el alma, era lo mejor, pues lo que le había hecho mi hermano no tenía perdón. Yo había pasado por eso y entendía por lo que estaba pasando Belén. Yo a ella la quería demasiado, como a una auténtica hermana, y hablaba a menudo con ella, pero no la veía desde aquel día, pues había cogido sus cosas

y se había marchado a casa de sus padres, en Barcelona.

Me desperté con unos dolores incesantes en mi vientre. Me di la vuelta y Rubén no estaba en la cama pero, al oírme gritar, vino corriendo hasta mí, saliendo del baño, mojado aún por la ducha. Me ayudó a levantarme y me incorporé como pude.

—¿Qué ocurre, vida? —preguntó y un grito ahogado salió de mi garganta.

—Creo que ya viene el bebé —respondí en el mismo instante en el que sentía caer un líquido por mis piernas.

Agaché la mirada para saber qué era y, al verlo, sentí desfallecer, pues era sangre. Mi cuerpo tembló y Rubén se dio cuenta al ver mi cara de pánico. Se puso, corriendo, un pantalón, una camiseta y las deportivas, sin calcetines, pues todo lo hizo a la velocidad de la luz. Me cogió en brazos y me llevó hasta el coche. Mi cuerpo se estremecía con cada contracción y la sangre no paraba de salir, lo que hacía que cada vez tuviera menos fuerzas. Me metió en el coche, luego entró él, y arrancó. A toda prisa salió del aparcamiento. Condujo por la calle principal de Madrid, sorteando los coches e, incluso, ganándose insultos de algunos de los conductores, pero le dio igual; él solo quería llegar lo antes posible para que me asistieran, pues yo ya no estaba consciente.

—¡Lara, vida mía! No te duermas, por favor. —Escuché sus gritos en la lejanía.

La oscuridad me había invadido y no sabía cómo salir, pues me atraía de una forma inexplicable; tanto que no sabía si mis ojos verían la luz en algún momento. De un momento a otro, mis ojos se abrieron despacio, y ya estaba recostada en una camilla, con una máscara de oxígeno en mi cara. La mano de Rubén cogía la mía con fuerza, como si no quisiera dejarme escapar; yo tampoco quería que me soltara, pero lo hizo, pues entramos en una sala con luces muy resplandecientes, y desde fuera escuchaba la voz de Rubén gritar mi nombre y pelear con un enfermero. Quería entrar, pero no lo dejaban. Comencé a ponerme nerviosa y volví a sentir los dolores tan fuertes que creí que me partiría en dos.

—Tranquila, Sra. Márquez. Todo está bajo control —dijo un médico con la boca tapada por una mascarilla de color verde.

Entonces, me di cuenta de que me habían metido en quirófano; aún estaba un poco desorientada. No paraban de mandarme oxígeno, pues me costaba respirar sin él. Sentí un pequeño pinchazo en mi mano, supuse que era el suero. Poco tiempo después, sentí mis párpados pesados, que se cerraron y me llevaron de nuevo a la oscuridad.

*(Rubén)*

No me habían dejado entrar con ella y estaba desesperado. Cuando vi cómo se retorció de dolor, quise cambiarme por ella y sentirlo yo. Salí corriendo al ver cómo caía sangre de entre sus piernas. La vida de mi hijo y la de ella estaban en peligro, y sentí cómo mi mundo se partía en dos. Me senté en la sala de espera y cogí mi móvil para llamarlos a todos; necesitaba que vinieran, pues yo solo no podía enfrentarme a esto. No podía, no quería pensar que perdería a Lara o a mi Ángel o, incluso, a ambos. Me moriría de dolor si eso pasaba. Marqué el número de Cristian y este me lo cogió enseguida.

—Cristian, estamos en el hospital. Lara se puso mal.

—Salgo para allá en este momento, pero ¿cómo estás?

—Mal, tío. No sé qué puede pasar y yo... yo me muero si algo le pasa.

Sentía cómo mis ojos se llenaban de lágrimas. No podía concebir una vida sin ella; sin mi locura; sin la mujer que había vuelto mi mundo del revés con su sarcasmo; sin sus besos, su amor profundo e, incluso, sin sus guantazos cuando se enfadaba.

—Tranquilo, verás que la canija sale de esta. Creo que es la mujer con más cojones que he conocido jamás.

Sonreí por un momento, pues Cristian tenía razón. Lara, mi Lara, mi vida, ella era especial, era la mujer más especial y diferente que la vida pudo haberme puesto en el camino. El día que me la había cruzado en aquella

carretera fue el más feliz de mi vida, y me sentí mucho más dichoso al saber cómo era. Ponerle aquella multa había sido la hazaña mejor planificada de mi existencia, pues gracias a ella estaba conmigo. Terminé de hablar con Cristian y después llamé a Martín; le dije que él se encargara de hablar con sus padres y con Luisa. Después le mandé un mensaje a Belén para que también lo supiera, aunque sabía que ella no vendría en el momento, pero estaría al pendiente.

Rubén:

Belén, estoy con Lara en el hospital. Se puso de parto.

Belén:

Salgo enseguida para Madrid. Muchas gracias por avisar, Rubén.

Mientras esperaba, eché la cabeza en el respaldar del asiento de la sala de espera. El nombre le venía como anillo al dedo. En ese momento Cristian aparecía, en mi campo de visión, junto con Luisa. No me extrañó verlos juntos pues, en alguna que otra ocasión, salían solos, aunque sabía que mi amigo no era de relaciones largas y Luisa tenía el temperamento de mi Lara; incluso diría que un poco más duro, pues Lara era tan dulce como borde. La mezcla perfecta.

Las horas pasaban y ya estábamos todos en aquella sala. Únicamente faltaban la madre de Lara, Belén y su nona. Seguramente llegarían al siguiente día. Me levanté bufando exasperado, no aguantaba tanta espera. Me acerqué a la ventana del hospital y el día estaba nublado. Los días lluviosos eran mis favoritos pues, si en cada lluvia conseguía el mejor beso de ella, por mí podía llover todos los días.

En ese momento, salía de quirófano el doctor que hubo asistido el parto de Lara. Me buscó con la mirada y me acerqué a él con paso ligero.

—Enhorabuena. Tiene usted un hijo precioso y sano —dijo de pronto y mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque no sabía si en algún momento había dejado de llorar.

—¿Y ella? ¿Cómo está mi mujer?

—Está estable. Ha perdido mucha sangre y, aunque casi la perdemos, podemos decir que un Ángel la ayudó. La fuerza que su mujer tiene es increíble.

—Nuestro hijo la ayudó. Él es nuestro Ángel.

El doctor me dijo que podría verla en unos minutos, pues estaba en la sala de recuperación. Todos vinieron hasta mí y me felicitaron por el nuevo miembro de la familia. Me acerqué a mi suegro y le di un abrazo, pues era mi primer hijo, pero también su primer nieto, y eso era motivo de alegría. Esperé por unos diez minutos hasta que el doctor me dejó entrar. Me acerqué a la puerta y mi corazón latía frenético, pues me moría de ganas por besarla hasta el cansancio.

*(Lara)*

Estaba en la habitación, esperando a que Rubén entrara en ella, y de pronto la puerta se abrió y me dejó ver al hombre que amaba. Corrió a mi encuentro y me besó sin ni siquiera dejarme pestañear. Sus labios, pegados a los míos, formaban el mejor puzle. Se separó y hundió su cabeza en mi cuello; lloraba cual niño abandonado.

—Cariño, no llores. Estoy aquí, estoy bien, estamos bien —intenté consolarlo con todo el amor que mi corazón me dejaba.

—Creí que os perdía, creí que me quedaría solo, sin ti, sin vosotros. La angustia me estaba matando. Ahora sé lo que sentiste cuando pensaste que yo había muerto.

Toqué su mejilla, sequé sus lágrimas, acerqué mis labios a los suyos y sellé nuestro amor con un beso. En ese momento una enfermera entró en la habitación. La miramos y esta arrastraba la cuna de nuestro pequeño tesoro. Rubén se separó de mí y, con mucho mimo y cuidado, cogió en brazos a nuestro Ángel.

—Es el niño más hermoso que he visto jamás y es nuestro —habló mientras se acercaba a mí. La enfermera se fue y nos dejó solos.

Rubén puso al niño entre mis brazos y vi su carita perfectamente perfilada —las mismas facciones que su padre—. Rubén tenía razón: era el niño más hermoso que había visto en mi vida. Le di un beso en su cabecita y me quedé segundos o, incluso, minutos ahí, oliendo su aroma. Cerré mis ojos y dos lagrimones cayeron por mis mejillas. Era feliz, era la mujer más feliz del mundo. Rubén se sentó a orillas de la cama y pasó su brazo derecho por mi espalda; dejó libre su otro brazo para poder abrazar a nuestro hijo. Nuestros ojos conectaron y ahí me di cuenta de que no podía amarlo más de lo que ya hacía. Era imposible, pues el amor que sentía era mucho más grande y fuerte que todo el universo entero.

—Te amo, ¿lo sabías? —preguntó.

—Sí, pero no más que yo a ti.

En ese momento, el cielo se oscureció por las nubes, las cuales comenzaron a mojar toda la ciudad con su incesante lluvia. Rubén y yo nos miramos y sonreímos, pues sería la primera lluvia que no nos mojaría mientras nos besábamos.

—Te dije que nos quedaban muchos besos bajo la lluvia, y ahí está la prueba. Te amo, mi vida.

—Yo te amo más.

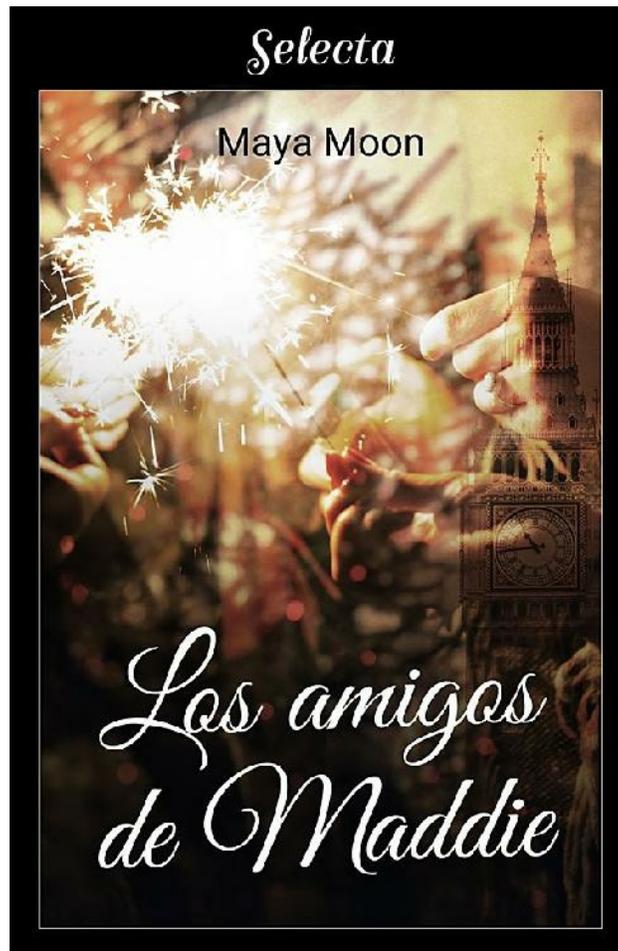
Si te ha gustado

*Un beso bajo la lluvia*

te recomendamos comenzar a leer

*Los amigos de Maddie*

de *Maya Moon*



## Andrew y Maddie

La fachada del edificio era un poco diferente al resto de las que abundaban en la zona, más de tipo mediterráneo, pintada de blanco y con balcones de forja negra, y lo mejor de todo era que estaba flanqueada por un restaurante persa a la izquierda y un italiano a la derecha. «Siempre es bueno vivir cerca de donde puedes tomarte una buena copa de vino», pensó mientras colocaba en la cerradura la llave, algo antigua, la verdad, y un poco grande, lo que le facilitaría enormemente encontrarla en el fondo de aquel infierno que llamaba bolso, donde parecía existir un agujero negro que se tragaba casi todo lo que metía dentro. Una vez en el interior del edificio, comenzó a subir las escaleras cubiertas por moqueta no sin antes fijarse en el enorme espejo que cubría la pared justo enfrente de los buzones. «Así tendré dónde darme un último repaso antes de salir a la calle», se dijo sonriendo al reflejo de su imagen. Su ascensión hasta la tercera planta fue la peor parte de lo que había visto hasta ese momento, pues no había ascensor. «No importa, mejor, así haré algo de ejercicio cada vez que entre y salga del bloque». Hasta entonces su nueva vivienda estaba recibiendo un seis o siete en su escala de uno a diez de valoración de las cosas. Estaba en una calle céntrica justo frente a una de las entradas de Hyde Park, rodeada de restaurantes, cafeterías, tiendas de souvenirs y hasta con un pequeño centro comercial y un Boots un poco más abajo, por lo poco que había podido ver. Personas de todas las edades, etnias y ocupaciones paseaban arriba y abajo y llenaban los negocios. Vida, en definitiva. Y la estrella de todo aquello, o mejor, las estrellas: dos enormes estaciones de metro, Queensway y Bayswater, una en el extremo superior y otra en el inferior de la amplia calle —la segunda recibía el nombre por el distrito londinense en el que el barrio estaba situado—, que la comunicaban con toda la ciudad en cuestión de minutos. Esa vez Andrew se había lucido, no

había duda. «Queensway, creo que vamos a estar juntos mucho tiempo».

El estrecho rellano al que finalmente había logrado llegar casi sin respiración constaba de dos puertas. La suya era la A. Metió la llave en la cerradura –esa vez una normal, afortunadamente– y descubrió que no se abría. Un nuevo intento, unos zarandeos, unos empujones. «¡Fantástico! Ahora tampoco puedo sacarla». Un chasquido detrás de ella le advirtió de que alguien había abierto la puerta de enfrente y se dio la vuelta.

Un chico de algo más de treinta años, con el pelo hecho un desastre –y a juzgar por eso debía haber acabado de levantarse– y que llevaba el pijama de Spiderman más hortera que ella había visto en su vida, asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Has venido a robar? —preguntó en inglés con un fuerte acento ruso, o algo parecido, y con los ojos medio cerrados.

—¡Nooo! Vivo aquí.

—Ahí no vive nadie —contestó el chico bostezando y rascándose la coronilla.

—Sí, yo. Acabo de mudarme y no puedo abrir la puerta.

—¡Ah, vale! ¡Suerte! —dijo volviendo a meterse en el apartamento y cerrando la puerta.

Si ese elemento, que parecía haber sido sacado borracho de un *after*, era su nuevo vecino, ya había encontrado la primera piedra en el camino. ¿Quién demonios lleva un pijama de Spiderman a esa edad? ¿Y cómo se puede ser tan maleducado de no ayudarla a abrir la puerta?

—Gracias por la ayuda —dijo ella con la esperanza de que pudiera oírla.

Volvió a su forcejeo con la puerta y por fin escuchó el glorioso chasquido que anunciaba que había conseguido abrirla. Andrew le había dicho que vendría a la hora del almuerzo con las maletas, así que lo mejor que podía hacer era echar un vistazo mientras tanto.

Al abrir la puerta lo primero con lo que se encontró fue con el cuarto de baño, sencillo pero amplio y bien equipado, aunque quedaría mucho mejor

cuando el blanco absoluto de sanitarios, pared y suelo se viera adornado con unas cuantas cosas como velas, alguna planta y sus tarros de sales de baño perfumadas. A la derecha, la cocina. No era que fuera muy grande, pero estaba muy bien equipada con una lavadora-secadora, por la que aplaudió en cuanto la descubrió. «Con lo que llueve en Londres, tú eres lo mejor que hay aquí». Incluso había sitio para una pequeña mesa con cuatro sillas. Se acercó a la ventana y observó los edificios cuyos patios traseros daban con el suyo. Una imagen tan típica de esa ciudad como la del Big Ben. Luego salió de la cocina y fue a echar un vistazo al otro lado del pasillo, donde un pequeño salón con un sofá, un sillón y una mesa de café fue lo primero que vio, y detrás una mesa y unas cuantas sillas. Algo desangelado, pero había que tener en cuenta que el piso no había estado ocupado en un tiempo. Un arco daba paso a un bonito dormitorio con lo básico: la cama, las mesillas de noche y el armario. Una preciosa ventana que daba a la calle como cabecero de la cama principal la hizo aplaudir. No le gustaba dormir en total oscuridad y por aquella ventana debía entrar la luz de las farolas y los negocios de la calle, lo que la tranquilizó enormemente.

Se sentó un momento en la cama pensando que lo mejor que podría hacer mientras su novio venía con el resto de sus cosas sería bajar a la calle, ahora que había dejado de llover, y hacer un poco de compra. Darle a esa casa un aspecto familiar no sería difícil con los objetos adecuados. Pero antes se echaría un rato en la desnuda cama para hacerse una idea de la decoración. Cerró los ojos y sintió cómo se relajaba. Casi un absoluto silencio la rodeaba cuando un alarido masculino la hizo levantarse de un salto. Había sonado como si alguien hubiera sido atacado justo en el piso de enfrente y la extraña imagen del tío con el pijama de Spiderman vino a su mente. «Seguro que es un psicópata», pensó. Se levantó y se acercó a la puerta, donde pegó la oreja. En el otro apartamento un hombre soltaba todas las maldiciones en inglés que ella conocía. Parecía muy enfadado, y se oía también otra voz más suave que intentaba calmarlo al tiempo que de vez en cuando soltaba una carcajada. Le

pareció que esa era la voz del tío extraño que había visto en el rellano. Ya no se oía nada más. Maddie cogió de nuevo su bolso de la cocina y salió del piso dispuesta a bajar al Tesco que había visto junto a la estación del metro para hacerse con unas cuantas cosas.

A la vuelta saludó con la mano a Andrew, que estaba asomado a la ventana del apartamento. Había tardado menos de lo que ella había imaginado. Mejor, así tendría más tiempo para colocar las cosas e instalarse. Para cuando llegara la noche seguro que el piso tenía un aspecto mucho más acogedor.

Cuando Andrew abrió, lo primero que hicieron fue besarse como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Estaban muy felices de haberse decidido por fin a vivir juntos y convencidos de que era lo mejor para los dos. No había sido una decisión fácil, sobre todo para él, que había conocido a Maddie cuando aún mantenía una relación con otra mujer. Mientras llevaban dentro las bolsas con la compra, un joven salió del apartamento de enfrente. Un chico de pelo castaño oscuro y enormes ojos verdes, que no pasaron desapercibidos cuando los clavó en la pareja que lo miraba fijamente desde el otro lado del pasillo. Andrew inmediatamente lo saludó, a lo que el joven contestó con un simple movimiento de cabeza y una leve sonrisa. Llevaba varias fundas de plástico redondas debajo de los brazos y en las manos, lo que le dificultó enormemente abrir la puerta del rellano. Finalmente lo consiguió y salió de allí mientras ellos llevaban dentro la última bolsa y cerraban la puerta tras de sí. «Este no es el del pijama de Spiderman», pensó Maddie, sin darle mayor importancia. Era mucho más guapo. Al parecer, sus nuevos vecinos eran una pareja de gays.

—¿Estás seguro de que hemos hecho bien? —preguntó a Andrew mientras colocaban la compra en los armarios y el frigorífico.

—¿No te parece un poco tarde para esa pregunta, nena? —contestó él y, tomándola por la cintura, la besó apasionadamente.

—Bueno, no puedo evitar sentirme culpable... —comenzó a decir y él volvió a besarla para que no siguiera hablando.

—Maddie... ya hemos hablado de esto muchas veces. Mi relación con Sarah hacía meses que no funcionaba. Cuando tú apareciste en mi vida fuiste el soplo de aire fresco que necesitaba para tener el valor de marcharme. Por favor, no hablemos de eso, hoy no. Hoy comienza nuestra andadura juntos por la vida. Vamos a disfrutar de nuestro nuevo comienzo.

Para cuando volvió a besarla ella ya no estaba pensando en nada. Se había perdido en sus inmensos ojos grises y cuando eso sucedía desaparecía su facultad de pensar, de hablar y casi hasta de respirar. Se besaron larga y dulcemente antes de volver a lo que los ocupaba.

—Vamos a adecentar esto un poco —le dijo él mientras la soltaba.

La primera noche en su nuevo departamento fue un poco extraña. Ninguno de los dos se encontró lo bastante cómodo allí como para actuar como cualquier otro día y acabaron durmiendo espalda con espalda sobre su nueva cama antes de lo que esperaban. Eso sí, aquello ya se estaba pareciendo a un hogar gracias a la ropa de cama y otros enseres y adornos que habían distribuido estratégicamente por la casa.

Cuando abrió los ojos por la mañana, Andrew ya se había marchado a su trabajo como jefe de recursos humanos de una multinacional. Era un gran psicólogo y eso le había servido para llegar muy alto en muy poco tiempo. Maddie se estiró y bostezó antes de levantarse para ir a la cocina a prepararse su café matutino, y el sonido de alguien que hablaba en español más alto de lo que ella consideraba normal la hizo detenerse a escuchar. Quienquiera que fuera estaba muy enfadado con alguien, de eso no había duda, y las voces parecían provenir del apartamento de enfrente. Eran dos voces masculinas, así que la cosa cada vez cuadraba más. Se sentó en la cocina mientras salía el café y en el repentino silencio que se había creado le pareció escuchar el sonido de agua que corría por alguna tubería con demasiada fuerza. Parecía venir del cuarto de baño. Se levantó y vio cómo el agua empezaba a salir por la rendija de debajo de la puerta.

—¡Mierda, mierda! —exclamó y, abriendo inmediatamente la puerta, se

agachó delante de la llave de paso. Apretó y apretó y, en lugar de cortar el fino hilo que hasta ese momento se estaba derramando, la llave se rompió y dio paso a un chorro enorme que ella intentó tapar con una toalla de baño. Empapada y nerviosa, salió al rellano y llamó a la puerta de enfrente con toda la fuerza que pudo.

—¡Ya va! —dijo alguien desde dentro con tono de pocos amigos.

Quien abrió fue el gay guapo, tal y como ella lo había bautizado en su cabeza. Tenía los ojos de un color verde profundo, el pelo castaño oscuro y unos labios... «¡Madre mía, lo que se va a perder el mundo femenino!». Si no hubiera estado tan agobiada por el agua que se derramaba en su cuarto de baño, le hubiera gustado hablar algo con él, al menos disculparse por molestarlo, sin embargo, lo agarró de la mano y lo llevó dentro de su piso para enseñarle lo que estaba sucediendo. El joven volvió rápidamente a su apartamento y cogió una caja con herramientas que empezó a usar para cortar el chorro del agua, algo que consiguió relativamente pronto, aunque sin poder evitar mojarse. Maddie suspiró y soltó en un español perfecto y aliviado:

—¡Menos mal! ¡Menos mal! ¡Gracias! —dijo mirándolo y observando que se había empapado la camiseta y parte del pantalón.

Él contestó en español también y bastante más relajado:

—De nada. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Y se pasó los dedos por el pelo mojado luciendo una preciosa y blanca dentadura al sonreír. Maddie sonrió también antes de preguntar.

—¿En serio? ¿Eres español?

—Sí. De Madrid nada menos —contestó él orgulloso—. ¿Y tú?

—De muy cerquita de allí, de Ciudad Real.

El chico se levantó del suelo y se pasó las manos por la ropa como si quisiera sacudir el exceso de agua. «Es bastante más alto de lo que recuerdo —pensó Maddie—, y no veas cómo se curran esos cuerpos».

Él le tendió la mano:

—Álvaro —dijo mientras ella la estrechaba.

—Maddie —contestó la chica sonriendo.

—¿Maddie? ¿De Ciudad Real? —preguntó con ironía.

La joven se echó a reír.

—En realidad me llamo Magda, pero no sé por qué todo el mundo aquí empezó a llamarme Maddie, y ya ves... —dijo encogiéndose de hombros.

El joven se dispuso a guardar las herramientas que había utilizado para arreglar la llave rota y salió del baño dispuesto a volver a su casa.

—No, por favor —dijo ella indicándole que entrara en la cocina—. Lo menos que puedo hacer es invitarte a un café.

—Vaya, gracias —contestó él—. Pero no es necesario, de verdad.

—Ya lo sé.

El joven se colocó de espaldas a la encimera de la cocina mientras daba un sorbo al café recién hecho.

—Mmmmm... está buenísimo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Maddie en tono misterioso.

—Solo si estás dispuesta a que te pregunte algo yo a ti.

Por un momento, Maddie pensó que el chico estaba flirteando con ella. Su sonrisa pícaro y su mirada infantil apoyaban su teoría. Pero sentía demasiada curiosidad como para dejar escapar la ocasión y él tenía demasiado aspecto de «chico de al lado».

—Tú y el otro chico sois pareja, ¿verdad?

Un chorro de café salió despedido de la boca de Álvaro entre risas y disculpas.

—Lo siento, lo siento —dijo mientras pasaba el trapo por encima de la mesa—. ¿Pareja? ¡Qué dices! —exclamó divertido—. Es mi compañero de piso.

—Es un poco peculiar, ¿no? —preguntó ella curiosa.

—Eso es quedarse muy corto, créeme. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, me abrió con un extraño pijama de Spiderman... y, en lugar de ayudarme a abrir la puerta, me dejó colgada y volvió dentro.

—Sí, señora, ese es Sasha —dijo él divertido—. Y su pijama de los jueves.

—¿Sasha?

—Sí, es ruso, aunque lleva aquí ya unos cuantos años.

Ella recordó su acento y todo le cuadró perfectamente.

—¿Y cómo lleváis la convivencia?

—Si te digo la verdad, contestar a eso requeriría mucho más que compartir una taza de café.

Maddie no quiso preguntar nada más. Aún no tenía la confianza suficiente como para preguntarle por los gritos que había oído.

—En fin —dijo Álvaro colocando la taza en la mesa—, muchas gracias por el café. La próxima vez, en mi casa, ¿vale?

Ella sonrió y asintiendo lo acompañó a la puerta.

—Andrew y yo sí somos pareja —dijo mientras Álvaro abría la puerta de su piso.

El chico se giró y sonrió, lo que la hizo sentirse la más estúpida de las mujeres de esa ciudad en ese momento. ¿Por qué había dicho eso? ¿A quién le importaba si Andrew y ella eran pareja o no? ¡Él no lo había preguntado! ¿Qué la había empujado a creer que tenía que soltar esa información? Mirando su espalda ancha acentuada por la camiseta mojada, suspiró.

—Es bueno saberlo —dijo él girándose y guiñándole un ojo.

## **Cuando la vida te golpea, pero también te concede una segunda oportunidad, ¿hay que proteger un corazón herido o arriesgarse a que lo sane un nuevo amor?**



Lara creía que vivía un sueño, pues estaba convencida de que su marido era el hombre perfecto.

Estaba tan enamorada y ciega de amor que no era capaz de ver el engaño tras sus palabras de amor. Ahora lamenta el amor y la amistad con él y los años que ha tirado a la basura.

Sin embargo, cuando menos lo espera llega él, un policía de ojos marrones, un soplo de aire fresco en su vida que va a volver su mundo del revés.

Pero Lara ya no es la mujer que fue antaño. Y él no es un hombre fácil de tratar.

Dos caracteres diferentes y una fina línea que separa la desconfianza del amor. ¿Serán capaces de cruzarla?

**Priscila Serrano** nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora. Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Priscila Serrano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-11-7

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Un beso bajo la lluvia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Priscila Serrano

Créditos